

**SALVOS  
SIN LUGAR  
A DUDAS**

COMO ESTAR  
SEGURO DE TU  
SALVACIÓN

**JOHN MacARTHUR, JR.**

4/895

RECONOCIMIENTOS

# SALVOS SIN LUGAR A DUDAS

Cómo estar seguro  
de tu salvación

Si bien este libro ha sido hecho para el individuo y para el personal del lazar, también está pensado para un grupo de estudio. En el final del libro encontrarás una guía para el estudio personal y de grupo.

## RECONOCIMIENTOS

---

*Gracias al equipo de  
«Grace to You»,  
que pusieron los expertos de su editorial  
a nuestra disposición.  
Mi especial agradecimiento a Allacin Morimizu,  
quien arregló y editó este libro  
de las transcripciones de los mensajes.*

Si bien este libro ha sido hecho para el provecho y gozo personal del lector, también está pensado para un grupo de estudio. En el final del libro se halla una guía para el estudio personal y de grupo.

JOHN Mac ARTHUR, JR.

# SALVOS SIN LUGAR A DUDAS

Cómo estar seguro  
de tu salvación

Calidad en Literatura Evangélica  
  
editorial clie

JOHN MACARTHUR, JR.  
RECONOCIMIENTOS

Editorial CLIE  
Galvani, 113  
08224 TERRASSA (Barcelona)

**SALVOS SIN LUGAR A DUDAS**

Originally published in English under the title *SAVED WITHOUT DOUBT*,  
© 1992 by John F. MacArthur, Jr  
© 1994 por CLIE para la versión española.  
Versión española: Nancy S. Fernández

Depósito Legal: B. 20.935-1995  
ISBN 84-7465-787-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,  
E.R. nº 2.910 SE -Polígono Industrial Can Trias,  
c/Ramón Llull, s/n- 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

*Printed in Spain*

Clasifíquese: 0018 TEOLOGÍA -Soteriología  
C.T.C. 01-01-0018-08  
Referencia: 22.38.70

**C O N T E N I D O**

Introducción .....7

*PRIMERA PARTE:*

*¿ES UN ASUNTO YA HECHO?*

Lo que la Biblia enseña sobre la naturaleza  
eterna de la salvación

Capítulo 1. Un trabajo colectivo .....	17
Capítulo 2. Esos versículos problemáticos .....	25
Capítulo 3. Los lazos que atan .....	43
Capítulo 4. La gloria inevitable .....	57

*SEGUNDA PARTE:*

*¿ES REAL?*

¿Cómo puede asegurar usted que es  
un verdadero cristiano?

Capítulo 5. Once pruebas de un experto apostólico .....	71
---	----

*TERCERA PARTE:*

*¿ES ALGO QUE PUEDO SENTIR?*

¿Cómo puede experimentar la seguridad  
de una salvación segura?

Capítulo 6. Tratando con la duda.....	103
Capítulo 7. Añadiendo virtud sobre virtud .....	121
Capítulo 8. Ganando la victoria .....	147
Capítulo 9. Perseverando aen todo .....	159

Guía para el estudio personal y de grupo .....	173
--	-----

## INTRODUCCIÓN

---

Como pastor me resulta difícil pensar que tantos cristianos carezcan de la seguridad de su salvación. Les falta la confianza de que sus pecados han sido verdaderamente perdonados y que su lugar en los cielos está eternamente seguro. El dolor que siento a causa de este problema se ha visto aumentado al leer la siguiente carta:

He estado asistiendo a Grace Church durante muchos años. Al oír su predicación y ver mi falta de poder para resistir las tentaciones que se levantan dentro de mí y me hacen sucumbir, mis crecientes dudas me han llevado a creer que no soy salvo.

¡Qué triste me resulta, John, no ser capaz de participar plenamente en la salvación, a causa del pecado que se pega a mi ser y del cual deseo verme libre! ¡Qué extraña es esta situación, para alguien que ha avanzado en el estudio de la Biblia y que enseña en la Escuela Dominical con una gran convicción de corazón! Muchas veces he decidido en mi corazón arrepentirme, quitarme los deseos de pecar y dejarlo todo por amor al Señor Jesús. Lamentablemente, me he encontrado cometiendo nuevamente el pecado que no quería cometer y me he dado cuenta de que no había hecho el bien que hubiera querido hacer.

Después de que mi novia y yo rompíéramos nuestra relación, memoricé la Epístola a los Efesios como parte de un supremo esfuerzo de mi voluntad contra el pecado, sólo para encontrarme más débil, más apercebido de mi pecaminosidad, más predisposto a pecar que antes, y aferrándome a emociones banales para alejar de mí el dolor del amor perdido. Esto ocurre mayormente en el corazón, John, pero es allí donde tiene importancia, y donde en realidad vivimos. Yo peco porque soy un pecador. Soy como un

soldado sin armadura, corriendo a través del campo de batalla mientras soy atravesado por los fieros dardos del enemigo.

No hubiera podido dejar la iglesia aunque lo quisiera. Amo a la gente, y estoy cautivado por el Evangelio del hermoso Mesías. Pero soy un montón de estiércol sobre el suelo de mármol blanco de Cristo, un perro callejero que anda a hurtadillas por la puerta del banquete del Rey para lamer las migajas del suelo, y para estar cerca de los cristianos que son ricos en las bendiciones de Cristo, así puedo tomar algo de lo que a ellos les sobra. Por favor, ore por mí como mejor le parezca.

Recibí un verdadero impacto al ver la forma tan expresiva y conmovedora en que el autor de esta carta expresaba sus sentimientos, los cuales yo sabía que eran comunes en muchos cristianos sinceros.

Hace dos años, comencé a predicar unos mensajes basados en la Segunda Epístola de Pedro. Fue un estudio dividido en ocho partes, sobre el tema de la seguridad de la salvación. Invariablemente después de cada reunión, la gente venía a mí y me decía: «Hasta esta noche nunca había experimentado la seguridad de mi salvación.»

Esta experiencia me hizo ver la necesidad que hay de un claro entendimiento sobre lo que dice la Biblia en cuanto a la seguridad eterna del creyente —especialmente sobre cómo se relaciona este tema con nuestras emociones—. Me pregunto cómo una persona puede tomar ese gran paso que es la conversión, que cambia totalmente la vida, sin asegurarse de sus resultados. Mi seguridad juega un papel esencial en la forma en que respondo a la vida como cristiano.

No puedo imaginarme lo que sería vivir sin ella. Todo cristiano debería disfrutar de la realidad de su salvación. No tener esa seguridad equivale a vivir en la duda, el temor, y en la depresión y miseria espiritual.

## Una seguridad inmerecida

Ahora bien, hay personas que gozan de una seguridad a la cual no tienen derecho. Un viejo refrán lo dice de esta forma sencilla y directa: «No todo el mundo que habla sobre el cielo, irá allí.» Algunos piensan que todo está bien entre ellos y Dios, cuando en realidad no es así. No entienden la verdad sobre la salvación y su propia condición espiritual.

Muchas personas me preguntan por qué hablo y escribo tan frecuentemente sobre la salvación y el autoexamen espiritual. A menudo temen que mis argumentos debiliten la seguridad de los verdaderos cristianos. Por supuesto que no tengo ningún deseo de hacer eso, sino por el contrario, de mantener una perspectiva equilibrada sobre el asunto. Recuerdo lo que dijo el Señor Jesús, «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad.» (Mat. 7:21-23). Este pasaje me obsesiona. Como ningún otro, me hace ver que mucha gente está engañada acerca de su salvación. Estoy seguro de que el Apóstol Pablo se sentía de esa manera cuando le dijo a la iglesia de Corinto: «Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.» (2ª Co. 13:5).

¿Cómo adquiere la gente un falso sentido de seguridad? Recibiendo falsa información sobre la salvación. Mucho del evangelismo moderno que se predica en nuestros días, contribuye a ello por medio de lo que yo llamo «una seguridad silogística».

El silogismo tiene una premisa mayor y una menor que llevan a una conclusión. Consideremos Juan 1:12: «Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». La premisa mayor

soldado sin armadura, corriendo a través del campo de batalla mientras soy atravesado por los fieros dardos del enemigo.

No hubiera podido dejar la iglesia aunque lo quisiera. Amo a la gente, y estoy cautivado por el Evangelio del hermoso Mesías. Pero soy un montón de estiércol sobre el suelo de mármol blanco de Cristo, un perro callejero que anda a hurtadillas por la puerta del banquete del Rey para lamer las migajas del suelo, y para estar cerca de los cristianos que son ricos en las bendiciones de Cristo, así puedo tomar algo de lo que a ellos les sobra. Por favor, ore por mí como mejor le parezca.

Recibí un verdadero impacto al ver la forma tan expresiva y conmovedora en que el autor de esta carta expresaba sus sentimientos, los cuales yo sabía que eran comunes en muchos cristianos sinceros.

Hace dos años, comencé a predicar unos mensajes basados en la Segunda Epístola de Pedro. Fue un estudio dividido en ocho partes, sobre el tema de la seguridad de la salvación. Invariablemente después de cada reunión, la gente venía a mí y me decía: «Hasta esta noche nunca había experimentado la seguridad de mi salvación.»

Esta experiencia me hizo ver la necesidad que hay de un claro entendimiento sobre lo que dice la Biblia en cuanto a la seguridad eterna del creyente —especialmente sobre cómo se relaciona este tema con nuestras emociones—. Me pregunto cómo una persona puede tomar ese gran paso que es la conversión, que cambia totalmente la vida, sin asegurarse de sus resultados. Mi seguridad juega un papel esencial en la forma en que respondo a la vida como cristiano.

No puedo imaginarme lo que sería vivir sin ella. Todo cristiano debería disfrutar de la realidad de su salvación. No tener esa seguridad equivale a vivir en la duda, el temor, y en la depresión y miseria espiritual.

## Una seguridad inmerecida

Ahora bien, hay personas que gozan de una seguridad a la cual no tienen derecho. Un viejo refrán lo dice de esta forma sencilla y directa: «No todo el mundo que habla sobre el cielo, irá allí.» Algunos piensan que todo está bien entre ellos y Dios, cuando en realidad no es así. No entienden la verdad sobre la salvación y su propia condición espiritual.

Muchas personas me preguntan por qué hablo y escribo tan frecuentemente sobre la salvación y el autoexamen espiritual. A menudo temen que mis argumentos debiliten la seguridad de los verdaderos cristianos. Por supuesto que no tengo ningún deseo de hacer eso, sino por el contrario, de mantener una perspectiva equilibrada sobre el asunto. Recuerdo lo que dijo el Señor Jesús, «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad.» (Mat. 7:21-23). Este pasaje me obsesiona. Como ningún otro, me hace ver que mucha gente está engañada acerca de su salvación. Estoy seguro de que el Apóstol Pablo se sentía de esa manera cuando le dijo a la iglesia de Corinto: «Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.» (2ª Co. 13:5).

¿Cómo adquiere la gente un falso sentido de seguridad? Recibiendo falsa información sobre la salvación. Mucho del evangelismo moderno que se predica en nuestros días, contribuye a ello por medio de lo que yo llamo «una seguridad silogística».

El silogismo tiene una premisa mayor y una menor que llevan a una conclusión. Consideremos Juan 1:12: «Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». La premisa mayor

es: La persona a la cual se acaba de testificar ha recibido a Cristo. Conclusión: La persona debe ahora ser un hijo de Dios. Esto parece lógico, pero el problema es que usted no sabe si la premisa menor es real —o sea, si la persona verdaderamente ha recibido a Cristo—. Tengamos cuidado de asegurarle a la gente que su salvación está basada en una profesión que no ha sido probada. La verdadera seguridad es la recompensa de una fe probada (Stg. 1:2-4; 1ª P. 1:6-9). El Espíritu Santo es quien nos da la seguridad real (Ro. 8:16). El consejero humano debe guardarse contra cualquier tendencia de usurpar ese papel.

### Una seguridad que no se debilita

Algunas personas creen que nadie puede tener una verdadera seguridad —ni siquiera un verdadero cristiano—. Rechazan la soberanía de Dios en la salvación, destruyendo por lo tanto las bases teológicas de la seguridad y confianza eternas. Este es el punto de vista arminiano (denominado de esta manera a causa de un teólogo holandés). El mismo asegura que si un cristiano piensa que está seguro para siempre, estará predispuesto a ser negligente con su vida espiritual.

Esta creencia es también la enseñanza oficial de la Iglesia católica Romana. El concilio de Trento declaró que es anatema decir «que un hombre que es nacido de nuevo y justificado, está atado (en cuanto a la fe) a creer que forma parte del número de los predestinados» (canon 15 sobre la justificación). La enseñanza católica moderna, como la del Concilio Vaticano II, sostiene dicha posición.

La obra de G. C. Berkhouwer, *El conflicto con Roma*, explica que la negativa de Roma sobre la seguridad de la salvación, es consistente con su concepción sobre la naturaleza de la salvación (Philadelphia: Presbyterian and Reformed, 1957, pp. 118-19). Puesto que concibe la salvación como un esfuerzo conjunto de Dios y el hombre, algo que está sostenido por medio de las buenas obras, concluye que el creyente nunca

puede estar absolutamente seguro de su salvación. ¿Por qué? Porque si mi salvación depende de Dios y de mí, yo puedo fallar.

Una teología que involucre el esfuerzo humano para la obtención o conservación de la salvación, no puede infundir seguridad ni confianza, porque el ser humano es falible. Sin embargo, la teología histórica bíblica, declara que la salvación es enteramente una obra de Dios, lo cual nos lleva a creer en las doctrinas concomitantes de la confianza y la seguridad eterna.

El Apóstol Juan dijo, «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que *sepáis* que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios» (1ª Jn. 5:13). El profeta Isafías escribió, «Y el resultado de la justicia será la paz; y el producto de la rectitud, tranquilidad y seguridad para siempre» (Is. 32:17). Donde Dios garantiza la justicia, también añade la paz que proviene de la seguridad.

### Seguridad completa

Es muy cierto que alguien puede ser salvo y dudar de ello. Uno puede ir al cielo en una bruma, sin saber con seguridad que está yendo, pero esta no es la forma adecuada de disfrutar del viaje.

Dios desea que usted disfrute de este viaje. Primero, considere lo que la Biblia enseña acerca de la naturaleza duradera de la salvación. Si la Escritura dijera que es posible perder la salvación, no habría bases válidas para estar seguro de ella. Vamos a examinar los textos bíblicos clásicos que afirman la calidad eterna de la salvación, pero no dejaremos de lado aquellos pasajes problemáticos que parecen indicar lo contrario. Luego exploraremos dos pasajes que ilustran magníficamente la seguridad de la salvación como un regalo de Dios, en línea con Sus propósitos irrevocables. Todo esto

constituye el *fundamento objetivo para la seguridad*. Hemos de estar seguros de nuestra salvación, primero y principalmente porque la Escritura *promete* la vida eterna a aquellos que creen en Cristo (Jn. 20:31). La Palabra de Dios y la garantía de esa vida a los creyentes, es pues, el fundamento de toda seguridad.

En segundo lugar, una vez que hemos dejado bien claro que la Biblia afirma de forma consistente que la salvación es para siempre, necesitaremos trabajar de forma personal. La naturaleza eterna de la salvación no significará nada para usted, a menos que sea un creyente genuino. ¿Cómo puede afirmar si es realmente un cristiano? ¿Cómo puede saber si su fe es real? El Apóstol Juan escribió su primera carta para responder estas preguntas y nos da una serie de pruebas para medirnos a nosotros mismos. Estas pruebas ahondan dentro del *terreno subjetivo de la seguridad*. Su enfoque es el fruto de la justicia en la vida del creyente y el testimonio interno del Espíritu Santo. Notad que estos dos factores subjetivos tienen significado *únicamente* si están en primer lugar arraigados por la fe en la verdad objetiva de la Palabra de Dios. Sin embargo, son vitales para nuestra discusión, y haré énfasis en ellos porque la mayoría de las discusiones contemporáneas sobre la seguridad de la salvación, se enfocan casi exclusivamente sobre las bases objetivas de la seguridad, minimizando o eliminando las bases subjetivas. Así se nos priva a muchos creyentes de una valiosa fuente de seguridad, y lo que es aún peor, se perpetúa el fenómeno trágico de la falsa seguridad.

En tercer lugar, al mirar más de cerca estas bases subjetivas, veremos lo que dice la Palabra de Dios sobre los creyentes que luchan emocionalmente con el tema de la seguridad —a pesar de conocer las promesas de la Escritura—. Tal vez sea usted uno de ellos: cree en la seguridad de la salvación, y su fe en Cristo es genuina, pero está plagada de sentimientos de inseguridad por no saber con certeza si irá al cielo. Para algunos de vosotros, esas ocasiones no son sino momentos fugaces, para otros, duran un período de tiempo más largo, y hay para

quienes se convierten en una forma de vida. ¿Hay alguna manera de vencer esas dudas? ¿Cómo puede hacer que sus sentimientos estén de acuerdo con su fe? ¿Cómo puede experimentar la seguridad de su salvación?

Para empezar, diré que es de gran ayuda conocer las diferentes razones que pueden llevarnos a dudar de la salvación. Es así como comencé mi serie de mensajes sobre este tema, basados en 2ª Pedro 1. Es un examen honesto de aquellos puntos de vista donde la mayoría de nosotros estamos luchando. No queremos asumir que por conocer los hechos, podemos experimentar la realidad. La seguridad de la salvación eterna, será cada vez más real al entender y aplicar las virtudes que Pedro describe. Después de examinarlas en detalle, concluiremos nuestro estudio analizando la victoria que tenemos en el Espíritu y la promesa de Dios para ayudarnos a perseverar.

Para proveernos de algunos «ganchos» de los cuales podamos colgar nuestros pensamientos, he decidido presentar tres preguntas para recordar la dirección que lleva nuestro estudio:

- ¿Es un asunto ya hecho?
- ¿Es algo real?
- ¿Es algo que podemos sentir? —¿cómo podemos experimentar la certeza de una salvación segura?

Ruego al Señor, que después de considerar cuidadosamente cada uno de estos puntos, derrame Su gracia y Su paz en abundancia sobre todos mis lectores (1ª P. 1:2). No siga viviendo con dudas acerca de su salvación eterna. Antes bien, ¡viva con la bendita seguridad que Dios desea para todos Sus hijos!

# PRIMERA PARTE:

## ¿ES UN ASUNTO YA HECHO?

Lo que la Biblia enseña  
sobre la naturaleza eterna  
de la salvación

PRIMERA PARTE:  
¿ES UN ASUNTO YA HECHO?

Lo que la Biblia enseña  
sobre la naturaleza eterna  
de la salvación

# 1

## Un trabajo colectivo

Con un brazo enganchado al otro, una profunda concentración, unidos en un propósito y cayendo a tierra a casi 150 kilómetros por hora, la formación de acróbatas del aire experimenta la emocionante recompensa no de la suerte, sino de la faena dura, la preparación y el trabajo de equipo. Los peligros inherentes a la formación de la acrobacia aérea requieren que cada uno de los miembros trabajen en armonía con los demás. Cada individuo debe mirar por el bien del grupo y no meramente por su propio bienestar. Esta clase de dedicación capacita al equipo para alcanzar una unidad armoniosa.

No hay mejor ilustración de un trabajo de equipo en el terreno espiritual, que la obra de la Santísima Trinidad en asegurar nuestra salvación. Creo que la Escritura deja este asunto completamente claro. La Palabra de Dios pone de manifiesto nada menos que una obra colectiva del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a nuestro favor.

## El decreto soberano del Padre

«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Jn. 5:24). Esta es posiblemente la declaración más monumental que pueda encontrarse en la Biblia en lo referente a la seguridad de la salvación. El creyente ha recibido la vida eterna, y no estará expuesto a juicio o condenación.

El Señor Jesús también explicó por qué el Padre había enviado al Hijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. ... «El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado» (Jn. 3:16, 18). De una manera positiva, el Señor Jesús nos dice que tenemos vida eterna, y usando una forma de lenguaje negativo, afirma que nunca vendremos a juicio.

En adición a ello el Señor Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera.» (Jn. 6:37). Todo aquel a quien Dios escoge en Su soberanía, vendrá a Cristo. Sin embargo, lo que la Biblia enseña con respecto a la elección, no debería restringir a nadie de venir a Cristo, pues nuestro Señor continuó diciendo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera.» (v. 37).

Entonces el Señor Jesús dijo, «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el último día» (vs. 38, 39). Todos los que han sido escogidos para salvación —todos los que vienen al Señor Jesucristo— serán resucitados en la gran resurrección que precede a Su regreso a la tierra. Ninguno de ellos se perderá.

En el versículo 40, las enseñanzas del Señor Jesús sobre el plan divino de salvación se resumen de esta manera: «Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve

al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día.» Todo aquel que cree en Cristo, será resucitado a la plenitud de la vida eterna. Esta es la voluntad del Padre y la promesa de la Palabra de Dios.

Más adelante en el Evangelio de Juan, el Señor Jesús dijo: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Jn. 10:27-29). Este versículo describe al creyente descansando seguramente en las manos de Cristo, las cuales a su vez están cerradas apretadamente por las manos del Padre. Ahora bien, ¡ésta sí que es una posición segura! Sin embargo, algunos sugieren que mientras Dios nos sostiene en Sus manos, tal vez nosotros podamos saltar o caer de ese asidero celestial. No es así. Dios hizo un juramento con respecto a este fin.

En Hebreos 6:13 y 16-18, leemos que puesto que Dios «no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo...» Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el juramento interpuesto para confirmación pone punto final a toda disputa. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su designio, interpuso juramento; para que por medio de dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fuerte consuelo los que nos hemos refugiado para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.

En los tiempos del Nuevo Testamento, era común que una persona hiciera un juramento sobre algo o alguien más grande que él mismo. Un hombre judío podía jurar por el altar del templo, el sumo sacerdote, o aun por Dios. Una vez que dicho juramento era hecho, la discusión se acababa. Se asumía que si alguien quería hacer un juramento, estaba totalmente decidido a mantenerlo.

Dios, por supuesto, no necesita hacer tal juramento. Su palabra es lo suficientemente veraz sin que medie ningún juramento —así como debería ser la nuestra (ver Mt. 5:33-37).

Sin embargo, para acomodarse a la fe débil de los hombres, Dios hizo un juramento de Su promesa para proveer a Sus hijos de una esperanza futura. Puesto que no hay nada ni nadie más grande que Dios, él juró por Sí Mismo (He. 6:13). Este juramento no hizo que la promesa de Dios fuera más segura; la sola Palabra de Dios es suficiente garantía, pero Dios hizo ese juramento por Su amable consideración hacia nosotros, para afirmar que Él en realidad quería decir lo que había dicho.

Su intención fue la de proveernos de un «fuerte consuelo» (v. 18). La frase traducida del griego se refiere a una gran fuente de consolación y confianza. «Los que nos hemos refugiado para asirnos de la esperanza...» hace alusión a las ciudades de las que se habla en el Antiguo Testamento, que Dios había provisto para la gente que buscaba protección de sus vengadores por una muerte accidental (ver Nm. 35; Dt. 19; Jos. 20). La palabra griega que se traduce por «refugio» es la misma que se usa en la Septuaginta (la versión griega del Antiguo Testamento) en aquellos pasajes. Nunca sabremos cuánto puede Dios sostenernos, hasta que corremos a Él desesperados necesitando un refugio.

De una manera práctica, ¿cómo podemos correr a Él? Asiéndonos de la esperanza puesta delante de nosotros (v. 18). ¿Cuál es esa esperanza? Cristo mismo (1ª Ti. 1:1), y el Evangelio que Él trajo (Col. 1:5) Si ha de tener una fuerte confianza y una firme esperanza, debe buscar refugio en Dios y abrazar al Señor Jesucristo, quien es su única esperanza de salvación.

### **La labor de Cristo como Sumo Sacerdote**

El pasaje de Hebreos 6:19-20, concluye con una descripción de nuestra esperanza en Cristo: «La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec».

Como nuestro Sumo Sacerdote, el Señor Jesús es como el

ancla de nuestras almas, quien nos guarda para siempre de perdernos y separarnos de Dios. Como creyente, su relación con Cristo le ancla con Dios. Usted puede estar confiado porque está «dentro del velo» (v.19). El lugar más sagrado en el templo judío era el Lugar Santísimo, el cual estaba velado del resto del templo. Dentro de este lugar, estaba el arca del pacto, que simbolizaba la gloria de Dios. Sólo una vez al año, en el Día de la Expiación, el sacerdote de Israel podía entrar detrás del velo y hacer expiación por los pecados de su pueblo. Sin embargo, bajo el Nuevo Pacto, Cristo hizo el sacrificio supremo una vez y para siempre y por todos los hombres, por medio de Su obra en la cruz. El alma del creyente está, en la mente de Dios, segura dentro del velo –Su santuario eterno.

Cuando el Señor Jesús entró al Lugar Santísimo, no se fue de allí, como los antiguos sacerdotes judíos, sino que «se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (1:3). Allí estará el Señor Jesús para siempre como el Guardián de nuestras almas. Una seguridad absoluta como ésta, es casi incomprensible. No sólo están nuestras almas ancladas dentro del impenetrable e inviolable santuario celestial, sino que, además nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, ¡las guarda personalmente!

¿Cómo puede describirse la seguridad del creyente de otra manera que no sea eterna? Verdaderamente podemos confiar nuestras almas a Dios y al Salvador que Él ha provisto.

Mientras el Señor Jesús estaba en la tierra, anticipando su obra sacerdotal que habría de efectuar en los cielos, oró por Sus discípulos, diciendo: «Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (Jn. 17:11). El Señor Jesús extendió esa oración de protección, más allá de Sus apóstoles hasta llegar a nosotros, quienes creeríamos en Cristo a través de las enseñanzas de los apóstoles (v. 20). Puesto que nuestro Salvador siempre ora en perfecta armonía con la voluntad del Padre, podemos estar bien seguros de que Dios desea que nuestra salvación sea conservada intacta por toda la eternidad.

Estamos asegurados por el soberano propósito de Dios y la intercesión continua de nuestro Gran Sumo Sacerdote —el Señor Jesucristo—. Judas alaba al Señor porque puede guardarnos de caída, y presentarnos sin mancha en Su presencia en gloria con gran alegría (Jud. 24).

### El sello del Espíritu

La palabra de Dios acerca de nuestra seguridad debería ser más que suficiente para todos nosotros, pero en Su gracia y misericordia Él hace que Sus promesas sean aún más seguras —si ello fuera posible— dándonos Su propio conjunto de garantías. En Efesios 1:13-14, Pablo nos dice que fuimos sellados en Cristo: «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados también en él con el Espíritu Santo de la promesa, el cual es las arras de nuestra herencia con miras a la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria». El Señor está garantizando Sus promesas con Su sello y las arras de nuestra herencia. Esto nos recuerda el pasaje que hemos examinado recientemente en Hebreos 6, en el cual Dios nos da Su promesa de bendición y luego la confirma con un juramento a todos aquellos que esperamos en Cristo.

Como no recibimos directa e inmediatamente todo lo que contienen las promesas de Dios después de creer —puesto que está «reservada en los cielos»— para nosotros, de acuerdo a lo que dice 1ª Pedro 1:4 —eso lleva a algunos a dudar de su salvación, y a preguntarse dónde están las bendiciones definitivas que se supone deben acompañarla. La obra de la salvación en nuestras vidas permanece incompleta— aún esperamos la redención de nuestros cuerpos (Ro. 8:23), la cual tendrá lugar cuando Cristo regrese para buscarnos. Puesto que todavía no hemos recibido la total posesión de nuestra herencia, podríamos cuestionar su realidad o, al menos, su grandiosidad.

Con el propósito de garantizarnos Sus promesas, Dios nos sella con la presencia de la Tercera Persona de la Trinidad. Recibimos el Espíritu Santo en el momento de nuestra salvación, pues «porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar un solo cuerpo» —el cuerpo o iglesia de Cristo (1ª Co. 12:13)—. En efecto, «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él» (Ro. 8:9). Efectivamente, el cuerpo de cada verdadero cristiano es actualmente «santuario del Espíritu Santo» (1ª Co. 6:19).

Cuando una persona se convierte en un cristiano, el Espíritu Santo hace morada en su vida, y permanece allí para llenarle de poder, capacitarle para el ministerio y obrar adecuadamente a través de los dones que le ha dado. El Espíritu Santo es nuestro Ayudador y Abogado. Él nos protege y nos anima, y también nos asegura nuestra herencia en Cristo Jesús: «El Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» (Ro. 8:16-17). El Espíritu Santo es nuestra seguridad, nuestra especial garantía de parte de Dios.

Él nos ha sido dado como las «arras de nuestra herencia» (Ef. 1:14). La palabra arras, es en griego *arrabōn*, y se refiere originalmente a una paga y señal o garantía, dada para asegurar una compra. Más tarde pasó a representar cualquier clase de garantía. Una forma de esa palabra ha llegado a ser usada para referirse al anillo de compromiso.

Como creyentes, tenemos el Espíritu Santo como las arras divinas de nuestra herencia, la primera garantía por parte de Dios que nos dice que un día serán cumplidas en nosotros la totalidad y plenitud de Sus promesas. Se nos asegura esto con una absoluta certeza, la cual solamente Dios puede proveer. El Espíritu Santo es las arras irrevocables de la Iglesia, su compromiso divino, que significa que como la novia de Cristo, nunca será abandonada u olvidada.

El decreto soberano del Padre, el ministerio intercesor del Hijo, y el sello del Espíritu –todos obran junta y magníficamente para proveernos una salvación segura–. Agustín dijo que estar seguros de nuestra salvación no es una arrogante presunción, sino una fe pura y una sólida confianza en las promesas de Dios.

## 2

### Esos versículos problemáticos

Ningún creyente puede negar que las promesas que figuran en Efesios, Juan y Hebreos, con relación a la seguridad de nuestra salvación, que está en las manos de nuestro Trino Dios, son realmente alentadoras. Sin embargo, tal vez usted se haya visto perturbado por otras porciones de la Escritura que parecen socavar estas promesas. Por ejemplo, ¿qué hay acerca de la declaración que hace Pablo a los gálatas, que dice que algunos han caído de la gracia?, ¿y del pasaje en Hebreos que habla de aquellos que una vez fueron iluminados, y no pueden ser renovados para el arrepentimiento? ¿Qué pensamos acerca de la tremenda afirmación del Señor Jesús en Juan 15, que afirma que aquellos que no permanecen en Él serán tirados como ramas secas, que se juntan y arden? ¿Y de su más terrible declaración en Mateo 12, donde el Señor Jesús dice que hay tal cosa como un pecado imperdonable? Examinemos cada uno de estos pasajes en su contexto, para determinar lo que en realidad están diciendo, y cómo se relacionan con la seguridad de nuestra salvación.

## Gálatas 5 y caer de la gracia

Nuestro texto empieza así:

«Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. Mirad, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se haya circuncidado, que está obligado a practicar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos a base de la fe la esperanza de la justicia» (Gá. 5:1-5).

¿A quién se dirige esta carta, y en qué sentido habían caído esos creyentes de la gracia?

Todas las personas a quienes Pablo estaba escribiendo habían hecho una profesión de fe en Cristo como Salvador y Señor, o de otro modo no habrían sido parte de las iglesias de Galacia. Muchos de ellos venían de un origen judío, y enfatizaban el esfuerzo propio legalista para agradar a Dios. Algunos eran incapaces de apartarse de su origen, aunque en un primer momento respondían positivamente al mensaje del Evangelio de justificación ante Dios, a través de la fe en Cristo.

Algunas de estas personas, conocidas como judaizantes, creaban problemas dentro de las iglesias, afirmando que la fe en Jesucristo, aunque importante, no era suficiente para completar la salvación. Además enseñaban que aquello que Moisés había comenzado bajo el Antiguo Pacto y Cristo había añadido en el Nuevo Pacto, tenía que ser terminado y perfeccionado por los esfuerzos propios (de los cuales la circuncisión era la pieza central, como símbolo de un mérito espiritual).

Pablo combatió esa herejía, señalando cuatro de sus trágicas consecuencias. En Gálatas 5, declara que si a pesar de pertenecer a una iglesia, esta persona por medio de su vida o palabras, rechaza la suficiencia total de la fe en Cristo, está

falsificando la obra de Cristo a su favor, colocándose bajo la obligación de mantener toda la Ley Mosaica, cayendo así de la gracia de Dios, y excluyéndose a sí mismo de la justicia de Dios.

Nosotros como cristianos, creemos que la salvación es por gracia y por medio de la fe. En un primer momento, los judaizantes parecían reconocer este concepto, pero luego se apartaron de él, enfatizando la Ley de Moisés como el medio para llegar a obtener la salvación. Esto es lo que significa caer de la gracia. Intentar ser justificado por la ley, significa rechazar el camino de la gracia.

En Gálatas 5:4, Pablo no se está refiriendo a la seguridad del creyente, sino a las formas de contraste de la gracia y la ley, y la fe y las obras, como medios de salvación. El apóstol no está enseñando que una persona que una vez ha sido justificada pueda perder su posición de justicia ante Dios, e ir a la condenación por ser legalista. La Biblia no dice nada de convertirse en un «injustificado».

Aplicado a un incrédulo, el principio de caer de la gracia, habla de estar expuesto a la verdad llena de gracia del Evangelio y luego volverle la espalda a Cristo. La persona que sigue una conducta así, es un apóstata.

Durante el tiempo de la Iglesia primitiva, muchos incrédulos –tanto judíos como gentiles– no sólo habían oído el Evangelio, sino que también habían testificado de la milagrosa confirmación de las señales realizadas por los apóstoles. A menudo no podían evitar ser atraídos hacia Cristo y hacer alguna profesión de fe en Él. Muchos asistían a una iglesia local y experimentaban las bendiciones del amor y la comunión en Cristo. Estaban expuestos a cada verdad y bendición del Evangelio de la gracia, pero llegaba un momento en que se apartaban. De acuerdo a un pasaje que pronto examinaremos, habían sido «iluminados», habían gustado del «don celestial», y se les había hecho «partícipes del Espíritu Santo» (He. 6:4). Sin embargo, rehusaron confiar solamente en Cristo, y así cayeron, perdiendo toda perspectiva de arrepentimiento y por

lo tanto de salvación, puesto que «en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hch. 4:12). Habiendo llegado a las mismas puertas de la gracia, se apartaron de vuelta a su religión orientada hacia las obras.

### Hebreos 6 y los que una vez fueron iluminados

Es posible que algunas personas vayan a la iglesia durante años, oigan el Evangelio una y otra vez, y aun sean fieles a la membresía de su iglesia, pero nunca hayan dedicado sus vidas al Señor Jesucristo. Esta clase de gente es la que encontramos en Hebreos 6. El autor de esta Epístola estaba hablando específicamente a judíos, similares a los gálatas legalistas, si bien la advertencia se aplica a cualquiera.

No obstante, muchos cristianos sinceros llevan esta advertencia demasiado lejos, como Hannah Hurnard, quien la ilustra vivamente en una de sus alegorías. Misericordia consuela a su quebrantada amiga Resentida y comienza a hablarle acerca del Señor:

«Resentida, te estás olvidando de algo importante. Hay una solución bastante diferente para tu problema. Tú sabes cuál es. Debes decir al Pastor lo que me has dicho a mí y preguntarle lo qué debes hacer. Luego, haz lo que Él te diga.

¡El Pastor! —dijo Resentida con una voz desolada—. El Pastor nunca volverá a hablarme. Le he vuelto la espalda y he desobedecido Su voz. Él no querrá ayudarme ahora, Mercy, pues me había advertido lo que sucedería, y yo endurecí mi corazón y no le escuché. He despreciado al Espíritu de Gracia y me he vuelto atrás, hundiéndome. Él me dirá que es imposible hacer nada por mí, pues me he acarreado todo este mal por mi desobediencia. ¡Oh, si tan sólo le hubiese escuchado! ¡Si sólo pudiera volver atrás al momento antes de haber pecado!»

«Él no dirá nada de eso», exclamó Mercy. «Debes saber que eso que dices acerca de Él, no es cierto. El Pastor está esperando con amor y paciencia que tú vuelvas a Él, a escucharle y a buscar Su ayuda.»

«Entonces, ¿cuál es el significado de ese terrible pasaje de las Escrituras?» preguntó Resentida desesperadamente, «el cual dice: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que haya hollado al Hijo de Dios, y haya tenido por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, y haya ultrajado al Espíritu de gracia?” ... “Porque si continuamos pecando voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y un fuego airado, que está a punto de consumir a los adversarios”. “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo degustaron la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la pública ignominia”» (He. 10:29, 26, 27; 6:4-6).

«Querida Resentida», le dijo Misericordia con vehemencia, «¿no te das cuenta de que esos versículos no pueden aplicarse a ti, pues tú estás dispuesta a arrepentirte? Tú no me necesitas a mí ni a nadie para tratar de persuadirte o forzarte al arrepentimiento. La evidencia segura de que uno ha despreciado al Espíritu de Gracia, es que ha perdido todo poder para desear el arrepentimiento y la restauración. Ciertamente, dicha persona desea continuar crucificando al Hijo de Dios y rechazando al Espíritu Santo. ¡Pero tú no tienes esa actitud! Más allá de lo que las palabras puedan expresar, deseas ser restaurada y estar nuevamente en comunión con el Salvador, y no puedes encontrar descanso ni paz hasta que lo logres. Esta es una señal de que Su Espíritu está obrando en ti y ha comenzado a restaurarte.»

«Pero», dijo Resentida, aún en un tono de desesperación, «¿y qué de aquel versículo que dice que Esaú, cuando quería arrepentirse, no pudo hacerlo? “Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, pues no halló oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (He. 12:7). “Como ves, para él era demasiado tarde para ser perdonado, aun cuando deseaba arrepentirse”.»

«No dice nada de eso», le respondió Misericordia firme y gozosamente. «Lo has interpretado todo mal, Resentida. Lo que dice, es que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas y que después, cuando lamentaba lo que había hecho, y quería heredar la bendición de la primogenitura, ésta ya le pertenecía a Jacob. Aunque se arrepintió con lágrimas por haber despreciado la bendición de la primogenitura del hijo mayor, ya era demasiado tarde para recobrarla.»

«Eso es algo bastante diferente a decir que aunque ahora sientes haber desobedecido al Pastor, Él no va a perdonarte. ¿No ves, querida Resentida, el significado real del versículo? Como Esaú, estás despreciando la oferta del Pastor para que escojas los lugares altos, porque has preferido casarte con Resentimiento, y eso no lo puedes cambiar. Lo que ha sido hecho no puede ser deshecho, aunque tu corazón llore y se arrepienta de la elección errónea, efectuada en un momento de amargura y desesperación. Tú estás casada con Resentimiento, y eres la nuera de la pobre Señora Insoportable, y por más que lo lamentes, no puedes echar todo atrás. En ese sentido, lo que ha sido hecho no puede deshacerse a pesar de tu arrepentimiento, pero eso no quiere decir que el Pastor ya no te ama más y que tú no le perteneces, o que Él rehusará ayudarte. Significa que en estas terribles y difíciles circunstancias en que te has metido, le necesitas más que nunca.»

«Oh, mi querida Resentida, ¿no te darás cuenta de estas cosas e irás a buscar Su ayuda sin perder un momento? Tú

sabes bien que Él puede cambiarlo todo por completo y sacar una victoria de la derrota, que es lo que a Él más le gusta hacer» (De *Mountains of Spices*, pp. 155-159, por Hannah Hurnard, 1977 Tyndale House Publishers, Inc. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.)

Es alentador saber lo que Dios puede hacer con un corazón arrepentido, pero se nos ponen los pelos de punta cuando vemos lo que hace con los pecadores no arrepentidos. Hay personas que conocen la verdad de la gracia salvadora de Dios en Jesucristo, que pueden haber hecho profesión de fe en Él, y que han visto el cambio que se ha producido en las vidas de muchos de sus amigos y familiares. Sin embargo, aun así se apartan y se alejan. A ellos se les dirige la más severa de las advertencias. El rechazo persistente de Cristo hace que estos individuos pasen el límite donde ya no hay un retorno espiritual y pierden para siempre la oportunidad de ser salvos. Esto es lo que le ocurre al individuo indeciso. Eventualmente sigue los dictados de su malvado corazón de incredulidad y le vuelve la espalda para siempre al Dios viviente.

A diferencia de un cuchillo, la verdad se vuelve cada vez más aguda con el uso, y ésta debe ser aceptada y obedecida. Una verdad que se escucha pero no se acepta ni se obedece, se convierte en algo insípido y carente de significado. Cuanto más la dejamos de lado, más inmunes a ella nos volvemos. Aquellos a los que se refiere la Epístola a los Hebreos, que no aceptaron el Evangelio cuando todavía eran «buenas nuevas», habían empezado a comportarse de forma indiferente, convirtiéndose al final en personas desidiosas, perezosas y de corazón duro. A causa del desuso y el abandono de su conocimiento del Evangelio, no podían hacer una decisión correcta. Por la presión y la persecución que padecían, estaban en peligro de efectuar una decisión errónea, y volverse por completo al judaísmo.

Los individuos a los que se refiere aquí, tenían cinco grandes ventajas a causa de su asociación con la iglesia: Habían

sido iluminados, habían gustado del don celestial, habían sido hechos partícipes del Espíritu Santo, y habían gustado de los poderes milagrosos de la era venidera (vs. 4-5). No se hace referencia en absoluto a la salvación. En efecto, ningún término de los que se usan aquí, figura en otra parte del Nuevo Testamento en referencia a la salvación, y ninguno debería tomarse para hacer referencia a él en este pasaje.

La iluminación de la que se habla en esta porción, tiene que ver con la percepción intelectual de la verdad, y significa estar mentalmente apercebido de algo y ser instruido e informado. No lleva en sí ninguna connotación o respuesta —de aceptación o rechazo, de fe o incredulidad—. El hecho de gustar o participar implica algo similar: una muestra de la verdad. En este caso, esta verdad no había sido abrazada, recibida o vivida, sino sólo examinada.

Estos individuos habían sido maravillosamente bendecidos por la iluminación de Dios, por la asociación con Su Espíritu, y por gustar Sus dones celestiales, Su Palabra y Su poder. Pero aun así no creían. Por lo tanto, se les hace la advertencia que todos conocemos: que es imposible que aquellos que habían experimentado todas estas cosas y «recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la pública ignominia» (He. 6:6).

Por creer que esta advertencia iba dirigida a los cristianos, algunos intérpretes piensan que Hebreos 6 enseña que la salvación puede perderse. Sin embargo, si esa interpretación fuera verdad, una vez perdida, la salvación nunca podría ser recuperada, y la persona estaría condenada para siempre. No podría irse hacia adelante y hacia atrás, dentro y fuera de la gracia, como parece asumir mucha gente que cree que la salvación puede perderse. Sin embargo, este pasaje no va dirigido a los creyentes auténticos, y la que puede perderse es la oportunidad para recibir la salvación, y no la salvación en sí misma.

Los incrédulos son los que están en peligro de perder la

salvación —en el sentido de perder la oportunidad de recibirla— una vez que oyen y ven la verdad del Evangelio, sólo tienen dos opciones: ir hacia el pleno conocimiento de Dios por medio de la fe en Cristo, o volverse de espaldas a Él y perderse para siempre. El terrible final de este peligro no debe ser minimizado.

Una vacuna inmuniza, porque se inyecta una forma muy debilitada del agente causante de la enfermedad. Las personas que están expuestas al Evangelio, pueden asimilar una dosis suficiente como para inmunizarles contra la verdad. Cuanto más continúan resistiéndolo, ya sea pacífica o violentamente, más inmunes serán a él. Su sistema espiritual se vuelve más insensible e imposibilitado de responder. Su única esperanza es rechazar todo aquello que estén poniendo en lugar de Cristo, y recibirle sin ninguna demora —a menos que ya se hayan vuelto tan duros (frecuentemente sin saberlo), que su oportunidad esté perdida para siempre—. Cuando se rechaza a Cristo en el punto culminante del conocimiento y la convicción, no puede aceptársele a un nivel menor. Así, la salvación queda ya fuera de su alcance.

Nuestro pasaje de Hebreos se cierra con una viva ilustración: «Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces viene sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de parte de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es desechada, está próxima a ser maldecida, y termina por ser quemada» (He. 6:7-8). Todos aquellos que oyen el Evangelio son como la tierra. Al igual que la lluvia, el mensaje del Evangelio cae sobre los oídos. Después de que la semilla del Evangelio está plantada, hay nutrición y crecimiento. Algunas semillas crecen correctamente y resultan buenas y productivas, pero otras son falsas, espúreas e improductivas. Mientras que el crecimiento se produce en las mismas semillas y éstas son nutridas por la misma tierra y agua, algunas se convierten en plantas espinosas, destructivas e inútiles. Rechazan la vida que les es ofrecida y sólo sirven para ser quemadas.

## Juan 15 y los pámpanos que se queman

Quemar el crecimiento inútil es una analogía evocativa que se usa frecuentemente en la Escritura para describir la apostasía. Podemos encontrarla en los pasajes de las parábolas del Señor Jesús, como por ejemplo, Mateo 13:24-30, 36-43; 18:23-35; 22:1-14; Lucas 3:7-9. El uso que nuestro Señor hizo de esta analogía en Juan 15, ha turbado a muchos creyentes:

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo limpia, para que lleve más fruto.» ... «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.» ... «El que en mí no permanece, es echado fuera como el pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.» (Jn. 15:1-2; 4, 6).

En la Palestina del primer siglo, era común evitar que una viña diera fruto durante tres años después de plantada. En el cuarto año ya estaba lo suficientemente fuerte como para dar fruto. Su capacidad para llevar fruto había sido aumentada por medio de una cuidadosa poda. Las ramas maduras eran podadas anualmente a partir del mes de diciembre hasta enero, de modo que continuaran dando fruto bueno y abundante.

La esencia de la vida cristiana es llevar fruto. En Efesios 2:10 Pablo dice, «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas».

El fruto de la salvación son las buenas obras. En Santiago 2:17, vemos que la fe que no tiene obras es muerta. Si la fe salvadora está presente, no puede hacer otra cosa que producir fruto. Las buenas obras no salvan a una persona, pero muestran que su fe es genuina.

En Juan 15, el Señor Jesús comparó a Sus seguidores con

las ramas que llevan fruto, pero necesitan ser podadas de tanto en tanto. No hay tal cosa como un cristiano sin fruto. Todos llevan algún fruto. Tal vez para encontrar en alguien aunque sea una pequeña uva, tenga que fijarse muy detenidamente, pero seguro que acabará encontrando algo.

Puesto que todos los cristianos llevan fruto, está claro que las ramas sin fruto a las que se refiere Juan 15, no pueden hablar de ellos. En efecto, las ramas sin fruto tenían que ser eliminadas y arrojadas al fuego. Ahora bien, aun así el Señor Jesús se refirió a las ramas sin fruto como aquellas que estaban en Él (v. 2). ¿No implica entonces esto, que tenían que ser creyentes genuinos?

No necesariamente. Por fuera podían estar apegados a Cristo, pero la vida eterna no fluía a través de ellos. Otros pasajes de la Escritura señalan que es posible ser un parásito de la viña, aparentando formar parte de ella, pero sin llegar a serlo. En Romanos 9:6, Pablo dice: «No es que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas». Era posible que una persona formara parte de la nación de Israel, sin ser un verdadero israelita. De igual manera, se puede ser una rama o un pámpano, sin permanecer en la verdadera viña. Una metáfora similar en la Epístola a los Romanos, representa a Israel como el olivo del cual Dios quitó ciertas ramas (11:17-24). Dichas ramas fueron cortadas a causa de la incredulidad.

Algunos parecen ser parte del pueblo de Dios. En Lucas 8:18, el Señor Jesús dice: «Dejad crecer juntas las dos cosas hasta la siega; y al tiempo de la siega, les diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero el trigo recogedlo en mi granero.» ... «El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del Maligno.» (Mt. 13:30, 38).

La Escritura nos dirige una severa advertencia para que revisemos nuestras propias vidas y estemos seguros de que nuestra salvación es genuina. Las consecuencias son serias: Una rama que no lleva fruto es quitada y quemada.

Sin embargo, para el creyente, el hecho de permanecer en la vid verdadera le provee de una profunda seguridad. En Romanos 8:1, Pablo dice, «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús». Aquellos que están en Él no pueden ser quitados, no serán cortados, y no tienen necesidad de temer al juicio. No hay aquí ninguna sugerencia que nos haga pensar que aquellos que ahora permanecen en Él, puedan más tarde dejar de hacerlo.

Por otra parte, aquellos que no permanecen en Él, serán juzgados. El Señor Jesús dijo, «El que en mí no permanece, es echado fuera como el pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden» (Jn. 15:6). Puesto que estas personas no tienen una conexión viva con el Señor Jesucristo, son echadas fuera.

En contraste a ello, el verdadero creyente nunca puede ser echado fuera. Como hemos visto previamente en Juan 6:37, el Señor Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera». Juan más tarde escribió: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (1ª Jn. 2:19). Si una persona abandona la comunión con el pueblo de Dios y no vuelve más, es porque en realidad nunca fue un verdadero creyente.

William Pope fue miembro de la Iglesia Metodista de Inglaterra, durante la mayor parte de su vida. Simuló conocer a Cristo y sirvió en varias áreas de su iglesia.

Sin embargo, un día empezó a apartarse de Cristo. Tenía algunos compañeros que creían en la redención de los demonios. Pope comenzó a ir con ellos a una casa de prostitución. Con el tiempo se convirtió en un borracho.

Pope admiraba mucho al escéptico Thomas Paine, y los domingos, él y sus amigos se reunían para confirmarse los unos a los otros en su infidelidad. Se divertían arrojando la Biblia al suelo y pateándola por toda la habitación.

Un día Pope contrajo tuberculosis. Alguien le visitó y le habló acerca del gran Redentor, diciéndole que podía ser salvo del castigo por sus pecados.

Sin embargo, Pope le contestó: «No tengo ninguna contrición; no puedo arrepentirme. ¡Dios me condenará! Sé que el día de la gracia está perdido. Dios les ha dicho a los que proceden como yo, “Me reiré de tu calamidad, y me burlaré de ti cuando tengas miedo”. Yo le he negado, y ahora mi corazón está endurecido».

Entonces exclamó: «¡Oh, el infierno, el dolor que siento! He escogido mi camino. Me he acarreado la condenación, he crucificado nuevamente al Hijo de Dios, y he tenido como inmunda la sangre del pacto! ¡Oh, aquel pecado tan horrible de blasfemar contra el Espíritu Santo, el cual sé que he cometido; no quiero nada sino el infierno! ¡Ven, oh diablo y llévame!» (tomado de *Voices from the Edge of Eternity*, John Myers, ed., Old Tappan, N. J.: Spire, 1972, pp. 147-49).

Pope pasó la mayor parte de su vida en la iglesia, pero su fin fue infinitamente peor que su comienzo. Cada hombre y cada mujer tiene la misma elección. Usted puede permanecer en la vid y recibir todas las bendiciones de Dios, o bien ser quemado.

No parece ser una elección muy difícil, ¿no es cierto? Aun así, millones de personas resisten el don de Dios de la salvación, y prefieren más la relación superficial del falso pámpano.

Nosotros los que permanecemos en Cristo, hemos de permitir que las advertencias de la Escritura nos motiven para decir a tales personas, «He aquí ahora el tiempo favorable; he aquí ahora el día de salvación» (2ª Co. 6:2; Is. 49:2). Ahora bien, no permitáis que la salvación que proclamáis sea nada menos de lo que es: una salvación segura, gloriosa y en total contraste con el estado inestable de aquella persona que se encuentra «flirteando» al borde de la fe.

## Mateo 12 y el pecado imperdonable

Avancemos un poco más en nuestro estudio, analizando un caso real —un hombre que oye el llamado a la salvación y responde positivamente. Un buen día empieza a leer libros cristianos. Su mente, excitable por naturaleza e indisciplinada para el estudio, comienza a sentir temores confusos. Se preocupa por las actividades religiosas, pasando desordenadamente el tiempo en las mismas, y sintiéndose obligado a renunciar a todo goce terrenal. Empieza a buscar milagros que confirmen su fe.

Las cosas cada vez se tornan más oscuras. Ahora se ha convencido de que ha cometido el pecado imperdonable mencionado por el Señor Jesús. Este pensamiento le lleva a envidiar a las bestias del campo, a los pájaros que surcan el cielo, a las piedras de la calle y las tejas del techo, puesto que todos ellos son incapaces de cometer la blasfemia de la cual ahora les está acusando su conciencia. Su estado emocional destruye su poder de asimilación. Su dolor es tal que espera tener el fin de Judas, a quien ha estado contemplando como su prototipo.

Por fin las nubes se abren. El hombre seguro de estar destinado al mismo fin que el más grande de los traidores, llega a disfrutar de paz y seguridad dentro de la misericordia de Dios. Mis lectores pueden leer esta historia en una autobiografía, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Gracia abundante). El nombre de su autor es John Bunyan, autor de *El progreso del Peregrino*, uno de los libros más populares de todos los tiempos.

Bunyan no ha sido el único creyente que temió haber cometido el pecado imperdonable. Muchos cristianos han experimentado este tormento. Parte de la responsabilidad recae sobre algunos pastores y autores de comentarios muy respetados, quienes dicen que los creyentes pueden cometer el pecado del cual tan solemnemente habló el Señor Jesús, asociándolo con el pecado que es para muerte, mencionado en

1ª Juan 5:16, y la negligencia de aquellos que fueron iluminados que acabamos de examinar en Hebreos 6:4-6.

No estoy de acuerdo con esta interpretación, pues no contempla el contexto de la declaración que había hecho antes el Señor Jesús.

El pasaje se encuentra en Mateo 12:22-31. El Señor Jesús había sanado a un hombre poseído por el demonio, pero cuando los líderes religiosos lo oyeron, dijeron: «Éste no echa fuera los demonios sino en virtud de Beelzebú, príncipe de los demonios.» (v. 24). Beelzebú, el señor de las moscas, era una deidad filisteá. Se creía que era el príncipe de los malos espíritus, y su nombre era sinónimo de Satanás. Aquellos líderes religiosos ciegos, estaban afirmando que el Señor Jesús sacaba Su poder de Satanás.

Ahora bien, el ministerio público del Señor Jesús había estado desarrollándose durante un período de dos años. Durante este tiempo, Él había hecho numerosos milagros que probaban a todo el pueblo de Israel que Él era Dios. Sin embargo, los líderes religiosos llegaron a una conclusión opuesta.

El Señor Jesús recibió el poder del Espíritu Santo en Su bautismo (Mt. 3:16) y a partir de ese momento empezó a probar quién era realmente. Además, el Señor Jesús siempre atribuyó Su poder al Espíritu de Dios. Como predijo Isaías, el Espíritu vino sobre Él y predicó e hizo milagros (Is. 61:1-2). Aun así, los líderes religiosos afirmaban que Su poder era satánico.

El Señor Jesucristo dio a dicha afirmación una respuesta contundente: «Y si Satanás echa fuera a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, pues, quedará en pie su reino?» (v. 26). Obviamente, el diablo estaría destruyendo así su propio reino, lo cual no tendría sentido en absoluto. El odio y los celos de los líderes religiosos, les llevaron a una lógica absurda y retorcida. En lugar de ser racionales, estaban siendo ridículos.

Por lo tanto, el Señor Jesús les dijo, «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia

contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en esta época ni en la venidera» (vs. 31-32).

Concluir que las obras milagrosas de Cristo —efectuadas por el Espíritu Santo para probar la deidad de Cristo— eran realmente hechas por Satanás, era estar en un estado de rechazo a la verdad sin ninguna esperanza. Puesto que los líderes religiosos habían oído y visto todas las cosas que el Señor Jesús había dicho y hecho, y aún estaban convencidos de que todo era satánico, su estado espiritual era ya desahuciado. A pesar de la revelación completa que tenían, habían llegado a la conclusión opuesta de la verdad.

¿Qué nos dice esto a nosotros? ¿Qué aplicación podemos darle para nuestros días? En primer lugar, este fue un acontecimiento histórico único, que ocurrió cuando Cristo estaba físicamente en esta tierra. Puesto que Él ya no lo está, no podemos hacer una aplicación primaria. Tal vez pueda hacerse en la dispensación que ha de venir (el reino milenial), cuando Cristo esté de nuevo físicamente entre nosotros.

¿Hay entonces una aplicación secundaria? Sí, las personas no regeneradas pueden ser perdonadas de cualquier cosa, si desean arrepentirse y venir a Cristo. Ahora bien, la blasfemia continua contra la obra convincente del Espíritu Santo, definida como la atribución al diablo del poder del Señor Jesús, a pesar de tener un conocimiento total de Su persona y Su obra, no puede ser perdonada.

De acuerdo a Juan 16, el Espíritu Santo, por medio del Señor Jesucristo, convence a los impíos de pecado, de justicia y de juicio (vs. 7-11). Antes vimos que Juan escribió que todos necesitan «nacer de nuevo» del Espíritu (3:1-8). Puesto que el Espíritu Santo es el agente regenerador de la Trinidad, cualquiera que sea salvo, debe responder eventualmente a Su guía. Si una persona está determinada a rechazar y burlarse de la obra convincente del Espíritu, no hay ninguna forma en que pueda convertirse en un cristiano.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en medio de una noche excepcionalmente oscura, una fuerza naval americana en el Atlántico Norte, estaba comprometida en una fiera batalla con los barcos y los submarinos enemigos. Seis aviones despegaron de un portaaviones para salir al encuentro de sus blancos, pero mientras estaban en el aire, se ordenó un apagón para protegerles de un ataque. Sin ninguna luz sobre la cubierta del portaaviones, los seis aparatos no podían aterrizar. Los pilotos pidieron por radio, que las luces fueran encendidas el tiempo suficiente para que pudieran bajar. Sin embargo, como el portaaviones junto con su numerosa tripulación, los otros aviones y su equipo, corría igualmente peligro, no se permitió encender ninguna luz. Cuando a los seis aviones se les terminó el combustible, se estrellaron en las aguas heladas, pereciendo todos sus tripulantes.

Llega un tiempo cuando las luces se van, y ya no hay más oportunidad para salvarse. Es posible que una persona que rechaza la luz, ya no tenga una próxima oportunidad de perdón. Este terror sobrecogedor debe estar en el corazón de todos aquellos que ahora rechazan a Cristo, pero no en el de las personas que le han aceptado como su Señor y Salvador.

# 3

## Los lazos que atan

**H**ace algún tiempo mi hija menor me contó que tuvo una discusión con un compañero de colegio. «Papá», me dijo, «¿qué versículo puedes darme para probar que la salvación es segura?» ¡Me vinieron docenas de ellos a la mente! Ya habíamos mirado algunos, pero el pasaje que hizo un impacto más fuerte en mi mente, fue uno que muy raramente se oye mencionar en un debate sobre la seguridad eterna: Romanos 5:1-11, y es una pena, porque representa algunos de los pensamientos más profundos del Apóstol Pablo sobre este tópico.

Para ver dicho pasaje a la luz de lo que en realidad es, necesitamos prestar atención a la manera como encaja dentro del libro de los Romanos. En los tres primeros capítulos, Pablo afirma que todo el mundo es culpable ante Dios, y que para adquirir una posición correcta ante Él, debemos ser «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Ro. 3:24). Siendo éste el caso, Pablo

supone que sus lectores tendrían en mente la siguiente pregunta: *¿Bajo qué condiciones entonces, puede preservarse la salvación? ¿Por nuestras buenas obras?*

Pensad en ello. Si la conservación de la salvación dependiera de lo que los creyentes podamos o no hacer, nuestra salvación sería tan segura como nuestra fidelidad, lo cual no nos garantiza seguridad alguna. De acuerdo a este punto de vista, los creyentes debemos proteger por medio de nuestro propio poder humano, la obra que Cristo comenzó con Su divino poder.

Para contraatacar dicha presunción y su consecuente desesperanza, Pablo dirige a la iglesia de los efesios estas reconfortantes palabras: «... haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de su fuerza, la cual ejercitó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales» (Ef. 1:18-20). La oración de Pablo era que nosotros como creyentes, pudiéramos darnos cuenta de la seguridad que tenemos ahora y para siempre en Cristo —una seguridad que no depende de nuestros propios y débiles esfuerzos, sino de «la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos»—. Esta verdad es la base para sentirnos seguros.

Nuestra esperanza no está en nosotros mismos, sino en nuestro gran Dios, que es fiel. Isafas describe la fidelidad de Dios como «cinturón de sus lomos» (Is. 11:5). David declara que «hasta los cielos llega tu misericordia» (Sal. 36:5), y Jeremías le alaba, exclamando: «grande es tu fidelidad» (Lm. 3:23). El autor de la Epístola a los Hebreos dice: «Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió» (He. 10:23). Si bien es

necesario continuar en la fe, nuestra habilidad para sostenernos está basada en la fidelidad del Señor, y no en la nuestra.

Al desarrollar su argumento en contra de la noción destructiva, que dice que los creyentes deben vivir en incertidumbre acerca de su salvación, Pablo presenta seis vínculos o eslabones en la cadena de la verdad, que enlaza eternamente a todos los verdaderos creyentes, uniéndoles a su Salvador y Señor. Estos son: la paz con Dios (Ro. 5:1), la permanencia en la gracia (v. 2), la esperanza de la gloria (vs. 2-5, la posesión del amor divino (vs. 5-8), la certeza de la liberación, (vs. 9-10), y el gozo en el Señor (v. 11).

### **No más guerra**

En Romanos 5, Pablo comienza diciendo, «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». La primera palabra conecta el argumento presente de Pablo con lo que ya ha dicho anteriormente, sobre todo en los capítulos 3 y 4, en los cuales establece que como creyentes, hemos sido justificados por la fe en Cristo. La paz con Dios es uno de los muchos grandes resultados obtenidos.

La paz de la cual se habla aquí no es subjetiva, sino objetiva. No se trata de un sentimiento, sino de un hecho. Aparte de la salvación por medio del Señor Jesucristo, cada ser humano está espiritualmente en pie de guerra con Dios —sin importar cuál o cuáles sean sus sentimientos acerca de Dios—. De igual forma, la persona que es justificada por la fe en Cristo, está en paz con Dios, sin importar cómo pueda sentirse acerca de ello en un momento específico. Por medio de la confianza en el Señor Jesucristo, la guerra de un pecador con Dios se acaba para toda la eternidad.

La mayoría de las personas no creyentes, no piensan que son enemigos de Dios. Como no tienen sentimientos conscientes de odio hacia Él y no se oponen activamente a Su obra, ni contradicen Su Palabra, se consideran a sí mismos —en el

peor de los casos— en una posición neutral con respecto a Dios. Sin embargo, esa neutralidad no es posible. La mente de cada persona que no es salva está en paz sólo con las cosas de la carne, y por lo tanto, según la definición bíblica, está en «enemistad contra Dios» (Ro. 8:7). No puede ser de otra manera.

Después de que el misionero David Livingstone hubo pasado varios años entre los aborígenes zulúes de Sudáfrica, fue con su esposa e hijo a ministrar al interior del continente. Cuando volvió, descubrió que una tribu enemiga había atacado a los zulúes, matando muchas personas y tomando como prisionero al hijo de su jefe. El jefe zulú no deseaba hacer guerra con la otra tribu, pero le preguntó conmovido al Dr. Livingstone: «¿Cómo puedo estar en paz con ellos mientras tienen a mi hijo prisionero?»

Haciendo un comentario sobre dicha historia, Donald Grey Barnhouse escribió, «Si esta actitud es auténtica en el corazón de un jefe salvaje, ¿cuánto más lo será en Dios el Padre hacia aquellos que pisotean a Su Hijo, que tienen como inmunda la sangre del pacto, y que desprecian al Espíritu de gracia (He. 10:29)?» (*God's River: Romans 5:1-11*, Grand Rapids: Eerdmans, 1959), p. 26).

No sólo los incrédulos son enemigos de Dios, sino que también Dios es enemigo de todos los incrédulos —hasta el grado de que está cada día airado con ellos (Sal. 7:11), y les condena al infierno eterno—. Dios es el enemigo del pecador, y esa enemistad no puede acabar hasta que el pecador deposite su confianza en el Señor Jesucristo. Para aquellos que piensan que Dios es demasiado amante para enviar a alguien al infierno, Pablo declara: «Nadie os engañe con palabras vanas, porque a causa de estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia» (Ef. 5:6). Al decir «estas cosas», se está refiriendo a la lista de pecados que aparece en Efesios 5:5.

Un entrenador profesional de fútbol dijo cierta vez durante un servicio devocional que yo dirigí, previo al partido, «No sé si hay un Dios, pero me gusta tener estos devocionales, porque

si lo hubiera, querría que estuviese de mi lado». Los incrédulos expresan frecuentemente sentimientos similares a éste. Piensan que ofreciéndole un ligero servicio de labios para afuera, el Creador y Sustentador del universo puede ser persuadido a conformarse con lo que uno piensa que está bien. Dios nunca puede estar del lado de los incrédulos. Es su enemigo, y Su ira contra ellos sólo puede ser aplacada por la confianza en la obra expiatoria de Su Hijo, el Señor Jesucristo.

En la cruz del Calvario, Cristo tomó sobre Sí mismo toda la furia de la ira de Dios que la humanidad pecadora merecía. Todos aquellos que confían en Cristo, ya no son más enemigos de Dios y no permanecen bajo Su ira, sino que están en paz con Él.

La consecuencia más inmediata de la justificación es la reconciliación, que es el tema de Romanos 5. La reconciliación nos trae la paz con Dios. Esta paz es permanente e irrevocable, porque el Señor Jesucristo, de quien recibimos la reconciliación, vive para siempre para interceder por nosotros (He. 7:25). «Porque seré propicio a sus injusticias», dice el Señor a todos los que le pertenecen, «y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.» (He. 8:12, 10:17). Si alguien tuviera que ser castigado en el futuro por los pecados de los creyentes, tendría que ser Aquel que tomó los pecados sobre Sí mismo —el Señor Jesucristo—, pero eso es imposible, pues Él ya ha pagado por completo la pena del pecado.

Cuando una persona recibe a Jesucristo con fe y arrepentimiento, Él mismo establece la paz eterna entre esa persona y Dios el Padre. En efecto, Cristo no sólo trae paz al creyente, sino que Él mismo es nuestra paz (Ef. 2:14). Esta paz nos señala cuán crucial es darse cuenta de la naturaleza y el grado de la extensión de la obra expiatoria de Cristo, como la base de nuestra seguridad.

Si bien la paz de Dios que se menciona en Romanos 5, es la paz objetiva que nos habla de ser reconciliados con Dios, la conciencia de esa verdad da también al creyente una maravillosa paz subjetiva. Saberse hijo de Dios y hermano o

hermana de Jesucristo trae una extraordinaria paz y quietud al alma. Cuando sabemos que estamos en paz eternamente con Dios, podemos prepararnos adecuadamente para enfrentarnos con la guerra espiritual y estar del lado de Cristo y Su poder. Al vestirse para la batalla, el soldado romano usaba botas con clavos en la suela para tener una pisada firme. Si usted es cristiano, está calzado con el Evangelio de la paz (Ef. 6:15). De este modo, sabe que Dios está de su lado, que puede tener la confianza de estar firme, sin el adormecimiento espiritual y el desliz emocional que acarrea la incertidumbre acerca de la salvación.

### Una posición segura

En Romanos 5:2, Pablo nos dice que, por medio del Señor Jesucristo «hemos obtenido también entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes». Nuestra posición en la gracia de Dios es un segundo eslabón en la cadena irrompible que nos une eternamente a Cristo.

Para el pueblo judío, la idea de tener un acceso directo a Dios era inconcebible. Ver a Dios cara a cara equivalía a morir. Después de que fue construido el Tabernáculo y más tarde el Templo, se establecieron límites muy estrictos. Los gentiles podían acercarse solamente a los confines exteriores. Las mujeres judías podían ir un poco más allá del límite gentil, pero no mucho más. Lo mismo ocurría con los hombres y los sacerdotes habituales. Sólo el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo, donde Dios manifestaba Su divina presencia –pero únicamente una vez al año y de forma muy breve–. Aun éste podía perder su vida si entraba de una forma indigna. En las vestimentas especiales que se usaban en el día de la Expiación, se colocaban unas campanitas. Mientras éstas sonaban, el pueblo era consciente de que el sumo sacerdote estaba ministrando, pero si había silencio, la gente sabía que éste había sido alcanzado por el juicio de Dios (Éx. 28:35).

Ahora bien, la muerte de Cristo acabó con todo ese ceremonial. Por medio de Su sacrificio expiatorio, Él hizo que Dios el Padre estuviese accesible a cualquier persona, judía o gentil, que confiara en ese sacrificio. Por eso el libro de los Hebreos nos exhorta a acercarnos con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (He. 4:16).

Para demostrar esta verdad gráficamente, cuando el Señor Jesús fue crucificado, el velo del templo se rasgó en dos desde arriba hacia abajo por el poder de Dios (Mt. 27:51). Su muerte quitó para siempre la barrera que existía para acceder a la santa presencia de Dios.

El autor de Hebreos, comentando esta asombrosa verdad, dice lo siguiente: «Así que, hermanos, teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él abrió para nosotros a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con un corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo los corazones purificados de mala conciencia, y los cuerpos lavados con agua pura» (He. 10:19-22).

Sobre la base de nuestra fe en Él, el Señor Jesucristo nos introduce en esta gracia en la cual estamos firmes. La palabra griega que se traduce por «estar firme» en Romanos 5:2 (*histeni*) lleva consigo la idea de permanencia –de una posición firme e inamovible–. Aunque la fe es algo necesario para la salvación, es la gracia de Dios –y no la fe del creyente– la que tiene el poder de salvarle y mantenerle salvo. No somos salvos por la gracia divina para luego perecer por el esfuerzo humano. Esto sería una burla de la gracia de Dios, dando a entender que aquello que Dios comienza en nosotros, no está dispuesto a preservarlo y completarlo o bien es incapaz de llevarlo a cabo. Pablo declaró inequívocamente a los creyentes de Filipos, «estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6). Enfatizando esta misma verdad sublime, Judas habló de

Cristo como «aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Jud. 24). No comenzamos en el Espíritu para ser luego perfeccionados por medio de la carne (Gá. 3:3).

Los creyentes a menudo caen en el pecado, pero su pecado no es más poderoso que la gracia de Dios, pues el Señor Jesús pagó la pena por ellos. Si ningún pecado que el creyente cometió antes de su salvación, fue demasiado grande para ser cubierto, ningún pecado que cometa después, será demasiado grande para ser perdonado. Pablo razona de esta manera: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida» (Ro. 5:10). Si un salvador agonizante pudo traernos a la gracia de Dios, seguramente un Salvador viviente puede mantenernos en Su gracia.

A Timoteo, su amado hijo en la fe, Pablo le dice con toda confianza: «Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª Ti. 1:12). Con igual certeza escribió: «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Ro. 8:31-34).

Puesto que Dios declara soberanamente que aquellos que creemos en Su Hijo seremos justos para siempre, ¿quién puede cambiar este veredicto? ¿Qué corte puede dictaminar sentencia sobre esta absolución divina?

Ahora bien, el hecho de que Dios ha asegurado tan firmemente Su salvación, no da a los creyentes la libre licencia para pecar. Pablo también recuerda a los romanos: «y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Ro. 6:18). La Escritura menciona repetidamente los detalles de la

pecaminosidad, fragilidad y debilidad de los hombres, incluyendo a los creyentes, y la gente sensible y honesta puede ver estas verdades evidentes por sí misma. Sólo el autoengaño lleva a los cristianos a creer que pueden preservar el gran don de la vida espiritual, en su propia debilidad e imperfección.

Cuando los creyentes dudan de su seguridad, están cuestionando la integridad y el poder de Dios, y añadiendo el mérito de las obras humanas a la obra inmerecida y llena de gracia del Señor. Además, esta actitud equivale a añadir la fe en nosotros mismos a la confianza en nuestro Señor, pues si la salvación pudiera perderse por cualquier cosa que podamos o no hacer, nuestra máxima confianza debería estar depositada en nosotros antes que en Él.

### Esperanza para el futuro

Hay un tercer eslabón en la cadena inquebrantable que nos une a Cristo, y es el siguiente: «por medio del cual hemos obtenido también entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado» (Ro. 5:2-5).

Puesto que cada aspecto de la salvación se debe únicamente a la obra de Dios, es imposible que la misma pueda perderse. El fin de esta maravillosa obra, es la glorificación final de cada creyente en Jesucristo, pues «... a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser modelados conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Ro. 8:29-30).

Como Pablo nos dice, la salvación está *anclada en el pasado*, porque Dios da a cada uno de Sus hijos la promesa inmutable de que un día serán vestidos con la gloria de Su propio Hijo. (Estudiaremos esta promesa con más detalle en el próximo capítulo.)

El Señor Jesucristo garantiza la esperanza del creyente, porque Él mismo es nuestra esperanza (1ª Ti. 1:1). En su hermosa oración sacerdotal, el Señor Jesucristo le dice al Padre, «Y yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno» (Jn. 17:22). Como creyentes no nos «ganamos» nuestra gloria futura en los cielos, sino que la recibimos de la mano llena de gracia de Dios, así como también la redención y la santificación.

Además del gozo de nuestra esperanza de la gloria de Dios, tenemos razón de gozarnos en nuestras tribulaciones, porque contribuyen a la bendición presente y a la gloria final. La palabra *thlipsis* («tribulaciones»), tiene el significado implícito de estar bajo presión, y se usaba para describir el proceso de apretar o exprimir las olivas para extraerles el aceite o hacer lo mismo con las uvas para obtener el vino.

La tribulación trae consigo la perseverancia; ésta, el carácter probado, y este último, la esperanza; y la esperanza no nos avergonzará ni nos desengañará. Nuestras aflicciones por amor a Cristo producen niveles crecientes de madurez, de modo que sepamos manejar adecuadamente los problemas de la vida. No tendría pues que extrañarnos que mientras vivamos en esta tierra, los hijos de Dios estemos destinados a experimentar la aflicción (1ª Ts. 3:3).

Nuestro Padre Celestial aumenta y fortalece nuestra «esperanza de la gloria de Dios» (Ro. 5:2). Por medio del proceso de la tribulación, la perseverancia y el carácter probado, se obtiene el producto final, que es la esperanza que no avergüenza. En un sentido, la esperanza santa engendra aún más esperanza santa. Cuanta más santidad adquieran los creyentes, como fruto de la esperanza para el resultado final deseado por Dios, más serán víctimas de la persecución y la

tribulación. Sin embargo, a medida que se vean sostenidos en todo por la gracia poderosa de Dios, su esperanza se acrecentará.

### Recibiendo una única clase de amor

Un cuarto eslabón en la cadena irrompible que nos une por la eternidad a Cristo, es nuestra posesión del amor de Dios, el cual «... ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Pues apenas morirá alguien por un justo; con todo, pudiera ser que alguno se atreviera a morir por un hombre de bien. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro. 5:5-8). Cuando una persona recibe la salvación a través del Señor Jesucristo, entra en una relación de amor espiritual con Dios, que dura por toda la eternidad.

En el versículo 8, Pablo deja bien claro que la expresión el «amor de Dios», no se refiere aquí a nuestro amor hacia Dios, sino a Su amor hacia nosotros. La sobrecogedora verdad del Evangelio, es que Dios amó de tal manera a la humanidad pecadora, caída y rebelde, «que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Y luego en Romanos 5:9, el apóstol afirma que puesto que Dios nos amó con un amor tan grande antes de que fuésemos salvos —cuando aún éramos Sus enemigos— ¡cuánto más nos amará ahora que somos Sus queridos hijos!

Tomando la verdad de la seguridad eterna fuera del área objetiva de la mente, Pablo revela que en Cristo, también tenemos la evidencia subjetiva de la salvación permanente. Esta evidencia es la que Dios mismo implanta dentro de lo más profundo de nuestro ser: Le amamos porque Él nos amó primero (1ª Jn. 4:7-10; 1ª Co. 16:22).

La palabra «derramado» que se usa en Romanos 5:5, se refiere a un derramamiento generoso, que hace rebosar nuestra copa. Nuestro Padre celestial no nos da Su amor medido en gotas, sino en inmensurables torrentes. El Espíritu Santo que mora en los creyentes, es un maravilloso don, un testimonio de Su amor hacia nosotros, pues Él nunca moraría en aquellos a quienes no ama. Nosotros, Sus hijos, le amamos a Él por el Espíritu Santo que nos fue dado. Hablándoles a Sus discípulos acerca del Espíritu Santo, el Señor Jesús les dijo, «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que iban a recibir los que creyesen en él; pues aún no había sido dado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn. 7:38-39). Aquellos ríos de bendición que fluyen de nuestro interior proceden de Dios, incluyendo la bendición del amor divino, que Él ha derramado en nosotros.

Sabiendo que los lectores de sus escritos, querríamos saber más acerca de la calidad y el carácter del amor divino que llena nuestro ser, Pablo nos recuerda la mayor manifestación del amor de Dios de toda la historia, y tal vez en toda la eternidad: Cuando éramos indignos pecadores, absolutamente incapaces para acercarnos a Dios, Él envió a Su Hijo Unigénito, el Señor Jesucristo, para morir en nuestro lugar. Siendo impotentes para escapar de nuestro pecado, de la muerte, de Satanás, y no pudiendo agradar a Dios de ninguna manera, Cristo murió por nosotros para reconciliarnos con el Padre.

El amor humano natural, está casi invariablemente basado en la atracción que ofrece el objeto de ese amor. Por lo tanto, estamos inclinados a amar a aquellos que nos aman. Consecuentemente, tenemos la tendencia de atribuir esa misma clase de amor a Dios. Pensamos que Su amor por nosotros depende de cuán buenos somos o de cuánto le amamos.

Sin embargo, Dios demuestra Su amor supremo en el sacrificio de Cristo por los impíos —una humanidad totalmente injusta, inmerecedora e indigna de Su amor—. Es muy extraño que una persona sacrifique su propia vida para salvar la de otra

que tenga un carácter más elevado. Menos son aún los que dan sus vidas para salvar a alguien malvado. Pero Dios nos amó, siendo nosotros pecadores perversos. En ese hecho radica nuestra seguridad y confianza. Una vez salvos, nunca podremos volver a ser tan impíos y retorcidos como antes de nuestra conversión —y aun en aquella etapa de nuestra vida, Él nos amó hasta lo sumo.

### Liberación cierta

En Romanos 5:9-10, Pablo dice: «Así que, mucho más, habiendo sido ya justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por medio de él. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida.» Si los primeros cuatro eslabones de la cadena invisible que se proyecta a la eternidad, no fueran suficientes para darnos la más completa seguridad en cuanto a nuestra salvación, hay un quinto eslabón que nos une a Cristo: nuestra certeza de la liberación del juicio divino.

Puesto que Dios tuvo el poder y la voluntad de redimirnos, ¿cómo no va a tener ahora «mucho más» el poder y la voluntad para mantenernos redimidos? Nuestro Salvador no sólo nos libra del pecado y de su juicio, sino que también nos emancipa de la incertidumbre y la duda relacionadas con dicha liberación. Puesto que Dios ya nos ha asegurado nuestro rescate del pecado, de la muerte y del juicio futuro, ¿cómo puede alguien pensar que nuestra vida espiritual presente corre peligro? ¿Cómo es posible que un cristiano, cuya salvación pasada y futura está asegurada por Dios, corra el riesgo de perderla en el tiempo presente? Si el pecado no constituyó una barrera para el comienzo de nuestra redención, entonces, ¿cómo puede serlo para la consumación de la misma? Puesto que el pecado en su máxima gravedad, no pudo impedir que fuésemos reconciliados, ¿cómo podrá en un grado mucho menor (es

decir, en los creyentes redimidos), impedir que permanezcamos en dicho estado? Si la gracia de Dios cubre incluso los pecados de Sus enemigos, ¡cuánto más podrá cubrir los pecados de Sus hijos!

Pablo usa un razonamiento que va de lo mayor hasta lo menor. La obra de Dios de traer a los pecadores a Su gracia, es aún más grande que la de llevar a Sus santos a la gloria. Esto es así, porque el pecado está más lejos de la gracia, que ésta de la gloria. Por lo tanto, descansad en la promesa de Su gloria.

### **Gozo inefable**

«Y no sólo esto», dice Pablo, «sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación» (v. 11). El sexto y último eslabón en la cadena irrompible que nos une a los creyentes con Cristo, es nuestro gozo o exultación en Dios. Puede que no sea la evidencia más importante o profunda de nuestra seguridad en Cristo, pero sí la más tierna, y aunque este gozo divino es algo subjetivo, no por eso deja de ser real.

Tal vez en ningún lugar fuera de las Escrituras, ha sido expresado de forma más hermosa este profundo gozo cristiano, que en estas estrofas del himno de Charles Wesley «O for a Thousand Tongues to Sing» (¡Oh, si tuviera lenguas mil!):

*¡Oh si tuviera lenguas mil,  
para al Redentor cantar,  
las glorias de mi Dios y Rey  
los triunfos de Su amor!*

Estos eslabones o vínculos que unen al creyente con el Señor, le aseguran una salvación verdadera y eterna, y todas las razones posibles para tener una completa seguridad en ella.

# 4

## La gloria inevitable

Uno de los eslabones de la cadena espiritual de seguridad que vimos en el capítulo anterior, es el gozo del creyente en «la esperanza de la gloria de Dios» (Ro. 5:2). Pablo desarrolló nuevamente este tema, en una sencilla presentación de la doctrina sobre la seguridad, en Romanos 8. Como ya hemos visto, hay varios textos en la Biblia que tratan de la seguridad del creyente, pero ninguno de ellos de forma tan directa como el pasaje de Romanos 8:28-30. En estos versículos, vemos que todo aquel que ha sido redimido por el Señor Jesucristo –sin ninguna excepción– será glorificado.

La frase clave en esta trilogía de versículos, está al final del versículo 28: «... llamados conforme a su propósito». Como creyentes estamos seguros para siempre, porque este es el propósito de Dios. En los versículos 29 y 30, Pablo explica cuidadosamente cuál es el propósito de Dios: «Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser modelados conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito

entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.»

Dios hace que todas las cosas obren para el bien de los creyentes, «conforme a Su propósito». No hay otra forma de explicar por qué Él lo hace así. Dios es completamente soberano: Él es libre para ejecutar cualquier decisión Suya, y ha escogido soberanamente que todas las cosas obren para el bien y para la gloria de aquellos a quien Él redime. Nada puede cambiar este hecho.

### **Su salvación fue un acto soberano de Dios**

Usted es un cristiano, no por algo que haya hecho, sino por lo que Dios decidió. En sus comienzos, el Libro a los Efesios dice lo siguiente: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que ... según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él» (Ef. 1:3-4). Dios nos ha escogido para Sí y nos hará santos. Al fin, todo pecado será sometido. Es otra forma de decir que todas las cosas obran juntamente para el bien de los creyentes. El versículo 5 dice: «...habiéndonos predestinado para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad». Dios predeterminó hacernos Sus hijos y planeó que nuestra salvación nos llevara a la glorificación. Somos salvos por medio del plan de salvación que Dios ha trazado, y al mismo tiempo somos preservados para la gloria futura. Por lo tanto, nuestra seguridad no depende de la habilidad que tengamos para conservarnos salvos, sino de la competencia y el poder de Dios para mantener Su promesa (He. 6:17-18).

En Efesios 1:9, Pablo dice que Dios nos ha dado «a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo». Dios se propuso un plan y juró por Sí mismo, y como hemos visto en el capítulo 1, no hay

nada ni nadie más grande que Él por quien pueda jurar (He. 6:13). Él es absolutamente perfecto, y nunca violará Su Palabra. Por lo tanto, en lo que se refiere a nuestra seguridad eterna, bien podemos estar seguros y confiados.

El versículo 11 dice así, «en quien también hemos tenido suerte, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que efectúa todas las cosas según el designio de su voluntad». El término «efectúa», es en griego *energeō*. Dios ordena o «energiza» todas las cosas de acuerdo a Su voluntad, la cual incluye nuestra salvación. El apóstol Juan añade, «Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no han sido engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Jn. 1:12-13). Es verdad que para nacer de nuevo, debemos responder al mensaje del Evangelio. Hemos de recibir a Cristo y creer en Él (Hch. 4:12). Sin embargo, somos regenerados por la voluntad de Dios. Nuestra respuesta es secundaria a la decisión de Dios.

Mucho del evangelismo contemporáneo, deja a la gente pensando que la salvación que se predica está basada en su decisión por Cristo, pero realmente se basa en la decisión de Dios con respecto a ellos.

Este es el énfasis que hace la Escritura. ¿Cómo es posible que una persona pueda hacer una decisión en lugar de Dios? Después de todo, «el hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se han de discernir espiritualmente» (1ª Co. 2:14). También «el dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2ª Co. 4:4).

Todos éramos ignorantes, estábamos en tinieblas y muertos en delitos y pecados (Ef. 2:1). No hay manera alguna en la que podamos hacer algo para volvernos atrás de nuestra posición de pecadores y aceptar a Cristo. Dios hace el primer movimiento, en línea con Su propósito eterno.

## El magnífico propósito de Dios

¿Cuál es el gran fin hacia el cual Dios está obrando? Que los creyentes sean «moldeados conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Ro. 8:29). Específicamente, Dios ha planeado que usted sea salvo en la eternidad pasada, para ser hecho como Cristo. Si ha de perder su salvación, es imposible que una persona sea salva y hecha a la semejanza de Cristo.

Dios nos prometió la glorificación; este es Su propósito eterno. El cielo, el perdón de los pecados, y los dones de amor, gozo, paz y sabiduría, son sólo una parte de la realidad de la salvación. La razón principal por la que Dios nos salvó, es la de conformarnos a la imagen de Su Hijo. Dios está redimiendo a una comunidad de gente eternamente santa, glorificada y semejante a Cristo. Cuando usted se convierte en un cristiano, comienza el proceso de ser hecho conforme a la imagen de Cristo. Este proceso ha de cumplirse, porque es el santo propósito de Dios.

En Romanos 8:17, Pablo dice que si somos hijos de Dios, también somos «herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados». Hemos sido hechos hijos de Dios para que podamos ser herederos. Nuestra herencia es ser como Cristo y recibir todo lo que le pertenece a Él. Entretanto, debemos sufrir como Él sufrió. La enseñanza que afirma que el creyente puede perder su salvación, es contraria al propósito de Dios de conformarnos a la imagen de Cristo por medio del sufrimiento.

El verbo griego que se usa en la expresión «ser hechos conforme» en el versículo 29, significa «hacer de la misma forma que». Seremos hechos de la misma forma que Cristo, física y espiritualmente.

En Filipenses 3:21, Pablo dice que el Señor «transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya». Nuestros cuerpos glorificados serán

como el de Cristo, pero no creo que eso signifique que todos tendremos exactamente la misma apariencia. Cada ser humano es diferente, pero todos tenemos básicamente la misma fisiología: nuestros cuerpos funcionan de la misma manera, en el mismo medio ambiente, y por los mismos principios. Así también, cuando vayamos a la gloria, recibiremos cuerpos glorificados que funcionen en el mismo ambiente y por los mismos principios, como el cuerpo resucitado y glorificado de nuestro Señor Jesucristo.

También hemos de ser como Cristo en el sentido espiritual. Todos seremos perfectos no sólo externamente, sino también interiormente. Residiendo en nosotros estará la misma santidad del Señor Jesucristo. La naturaleza divina e incorruptible que nos fue dada en la redención, será liberada de todo lo que la está sujetando en este mundo caído.

Fuimos predestinados a ser hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios (Ro. 8:29). La palabra griega que se traduce como «imagen» (*eikōn*), se refiere a una estatua hecha con el propósito de lucir como algo o alguien. No es una semejanza accidental, sino calculada, una verdadera réplica. No acabaremos teniendo la imagen de Cristo de forma accidental, sino que seremos una réplica de la misma. Esto es lo que Juan tenía en mente cuando dijo: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1ª Jn. 3:2).

Uno de mis versículos favoritos es 2ª Corintios 3:18: «Y todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen, como por la acción del Señor, del Espíritu.»

Cuando nos convertimos en cristianos, nuestros ojos espirituales fueron abiertos y empezamos a ver la gloria de Dios. A partir de ese momento, vamos siendo llevados progresivamente de un nivel de gloria hasta el próximo, transformándonos más y más a la imagen de Cristo, hasta el

día en que verdaderamente le veamos y seamos como Él. ¡Ciertamente Dios está formándole a usted y a mí a la misma imagen de Su Hijo!

He aquí la gran escena: Dios nos creó para que fuésemos un pueblo que le diera la gloria que Él merece. En el Jardín del Edén comenzó la rebelión, pero aun así Dios decidió redimir al hombre. En Su soberana voluntad, Él llamó a la humanidad para ubicarla en el lugar donde le pudiese dar gloria –para crear una comunidad eternamente redimida de gente formada a la imagen de Cristo– y permitir que Su Hijo tenga la preeminencia, recibiendo la adoración y la alabanza para siempre.

¿Puede apreciar ahora más completamente el motivo por el cual hemos sido salvos –y por qué nuestra salvación está segura–? No es sólo para mantenernos fuera del infierno y hacernos felices. La razón suprema por la que Dios nos está conformando a la imagen de Cristo, es para que podamos darle la gloria a Aquel que la merece.

Cristo es «el primogénito entre muchos hermanos» (Ro. 8:29). Este es un hermoso pensamiento. Cristo mismo nos llama hermanos (He. 2:11). Él no tenía por qué hacerlo. Podía habernos hecho solamente Sus siervos. Tampoco tenía por qué traernos dentro de Su familia, pero así lo hizo. Aunque Dios desea que le glorifiquemos a Él y a Su Hijo, también quiere tener una íntima relación de Padre con nosotros.

Dios nos da gozo, paz y un futuro en el cielo. Todos ellos son elementos de Su gracia para los pecadores, pero la cúspide de Su divino propósito no es nuestra felicidad o nuestra santidad –sino glorificar a Su Hijo–. Nosotros no somos el punto central de la historia de la redención, sino el Señor Jesucristo. Por lo tanto, si Dios nos ha salvado, ciertamente nos glorificará para llevar a cabo Su propósito. Los planes de Dios no pueden ser modificados. Si así fuera, Él no sería Dios.

## El progreso seguro de la salvación

Hay cinco elementos en el maravilloso proceso de Dios para traernos a la gloria:

### *Presciencia*

Romanos 8:29 comienza así: «Porque a los que de antemano conoció». Es aquí donde comienza el plan de la redención –con la presciencia de Dios–. Algunas personas han sugerido que la presciencia es lo mismo que prever el futuro. Es como si vieran a Dios en los cielos, mirando hacia el futuro con unos binoculares sobrenaturales. Es decir, si Él ve que usted va a creer en el Evangelio, le escogerá, y si ve que no va a creer, entonces no le escogerá. Ahora bien, es verdad que Dios puede ver todo lo que ha de ocurrir en el futuro. Él conoce exactamente quiénes creerán y quiénes no lo harán, pero si usted afirma que la salvación está basada meramente en el conocimiento previo que Dios tiene de las decisiones de los individuos, está afirmando que la gente se asegura su propia salvación.

Limitar nuestro pensamiento a que Dios sabía de antemano quiénes serían los que recibirían a Cristo como Salvador y Señor, no explica cómo se origina la salvación en la presciencia de Dios. Nuestras mentes finitas tienen dificultad de entender por qué la gente se va al infierno. Tratamos de explicarlo, diciendo que no es la elección de Dios mandar a nadie a ese lugar, sino que Él sabe que algunos acabarán en ese sitio. Pero, si Él conoce cuáles son las personas que acabarán en el infierno, ¿por qué se ha molestado en crearlas? No es difícil darse cuenta de que el principal problema para aquellos que substituyen «presciencia» por «conocimiento previo», todavía queda sin resolver.

Además, si usted afirma que Dios meramente sabía lo que iba a ocurrir en el futuro, aún no ha explicado cómo se salvan los pecadores. ¿Cómo puede una persona que está muerta en delitos y pecados, cegada por Satanás, incapaz de entender las

cosas de Dios, y continuamente llena con todo lo malo, ejercer de pronto una fe salvadora? ¡Más fácil sería que un cadáver saliera de la tumba caminando!

Algunos han tratado de responder a esta objeción, diciendo que si bien cada persona comienza su vida con una naturaleza pecaminosa, Dios restaura a cada individuo, hasta el punto de que tenga la capacidad de creer. Se dice que el Espíritu Santo guía al pecador paso a paso hacia la salvación, si es que el pecador acepta y recibe la ayuda del Espíritu. Por lo tanto, la gente es dejada a merced de sus propios engaños, hasta que alguien logre reunir la suficiente obediencia para garantizar la obra continua del Espíritu en su vida. Esto no es bíblico. En Efesios 2:8-9, Pablo declara: «Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no proviene de vosotros, *pues es don de Dios*; no a base de obras, para que nadie se gloríe.» (Ver también Ro. 3:19-20; Tit. 3:5.) La fe tiene su origen en Dios, y no en el ser humano.

El Libro de los Hechos nos da una buena ilustración de esta verdad: «Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos cuantos estaban destinados a vida eterna» (Hch. 13:48). La salvación está ya fijada, lo cual significa que terminará en la vida eterna y la gloria. No existe una salvación en la cual una persona no sea transformada a la imagen de Cristo, con el propósito de exaltar a Aquel que es preeminente. En Hechos 13, vemos que los gentiles creyeron, porque estaban ordenados para hacerlo.

Por lo tanto, la presciencia de Dios no es una referencia a Su conocimiento previo omnisciente, sino a su previo llamamiento. Dios ciertamente puede ver de antemano quién va a ser creyente, pero la fe que Él ve, es la fe que Él mismo crea. No se trata solamente de que Él vea lo que ocurrirá en el futuro; sino que antes bien, Él lo determina. La Biblia enseña con toda claridad, que Dios escoge soberanamente a ciertas personas para que crean en Él. La primera Epístola de Pedro comienza así: «Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que viven como extranjeros, esparcidos por el Ponto, Galacia, Capado-

cia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre» (1ª P. 1:1-2). Nosotros también somos escogidos por la presciencia o la ordenación de Dios.

Además de la idea de esta ordenación previa, el término presciencia implica también una relación de amor determinada de antemano. Esto añade un tono íntimo a una doctrina bíblica que algunos encuentran fría y difícil de aceptar. En la declaración «Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió» (Gn. 4:17), se entretajan el conocimiento y la intimidad. La misma palabra se traduce como «conocer» en Amós 3:2, donde el Señor le dice a Israel: «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra». Dios «conocía» a Israel, en el único sentido de haber determinado de antemano que fuese su pueblo escogido. En el mismo sentido, Dios ha determinado amarnos desde la eternidad pasada hasta la eternidad sin fin.

### **Predestinación**

El término griego que se traduce por «predestinó» en Romanos 8, significa «señalar» o «marcar de antemano». También se utiliza en Hechos 4: «Porque verdaderamente se aliaron en esta ciudad contra tu santo Siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu designio habían predestinado que sucediera» (vs. 27-28).

La palabra *presciencia*, se usa también en referencia a la crucifixión de Cristo (Hch. 2:23). Esto significa que la presciencia y la predestinación significan mucho más que una simple visión hacia el futuro. De otra manera, el Libro de los Hechos estaría diciendo que Dios vio de antemano lo que el Señor Jesús —en Su propia prerrogativa— iba a hacer y reaccionó al respecto. Esta creencia es claramente hereje. Sin embargo, si pensamos que presciencia y predestinación, significan que Dios predeterminó la muerte de Cristo para redimir a la humanidad, entonces la consecuencia natural es que Él ha predeterminado redimirnos.

### **Llamamiento**

El pasaje de Romanos 8:30, dice que aquellos a quienes Dios predestinó, «a éstos también llamó». El llamamiento de Dios se hace presente donde Su plan eterno se cruza en nuestra vida. En la eternidad pasada, Él determinó de antemano amarnos. Él ha predestinado nuestra salvación. El llamamiento de Dios, comienza cuando Él interviene en nuestra vida terrenal, dentro de las ataduras del tiempo.

Además, Pablo dice: «Y sabemos que todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios, de los que son llamados conforme a su propósito» (Ro. 8:28). «Llamados», no se refiere a un llamamiento externo, sino a uno interno, y habla del cambio de corazón que efectúa Dios en una persona que de ser por ella, nunca se habría vuelto a Él, ni le hubiera conocido, ni entendido el Evangelio, ni tenido en consecuencia la más mínima esperanza. Por el contexto de Romanos 8:30, sabemos que se refiere a un llamado a la salvación: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.» El llamamiento que se hace aquí es un llamamiento efectivo. No es una invitación vaga dirigida a cualquiera, sino una convocatoria directa, que inevitablemente será recibida.

En 2ª Timoteo 1:9, Pablo dice que Dios «nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos». Esto une el llamamiento de Dios con la seguridad de nuestra salvación: Fuimos llamados para cumplir un propósito que estaba planeado antes de que Dios creara el mundo. Puesto que Dios ha planeado que nosotros sus hijos seamos transformados a la semejanza de Cristo, y le exaltemos por encima de todo, Él lo cumplirá. No podemos perder nuestra salvación; Dios gobierna continuamente todas las cosas para cumplir Su santo propósito, el cual involucra nuestra glorificación final.

El llamamiento de Dios nos alcanza a través del Evangelio (2ª Ts. 2:13-14), el cual por medio de Su gracia, nos da

convicción de pecado y nos acerca hacia el Salvador. En Efesios 1:6, Pablo dice que fuimos escogidos «para alabanza de la gloria de su gracia». Cualquiera que fuera la razón que haya tenido Dios para escogernos, no se debió a mérito alguno que pudiera hallar en nosotros. El llamamiento de Dios no es razón para que nos jactemos (Ef. 2:8-9).

### **Justificación**

Ser justificado equivale a ser hecho justo ante Dios. ¿Cómo sucede esto? El pecado que hay en su vida debe ser quitado. Específicamente, Dios ha cancelado «el documento de deuda en contra nuestra, que consistía en ordenanzas, y que nos era adverso, quitándolo de en medio y clavándolo en la cruz» (Col. 2:14). Querido lector, cuando Dios le llamó para Sí, sensibilizando su corazón para responder a Cristo por medio de la fe, Él aplicó a su favor el pago que Cristo hizo por el pecado. Este pago satisfizo los requisitos de la justicia de Dios, poniéndole en una correcta relación con Él. Algunas personas se preguntan cuánto tiempo ha de transcurrir entre el llamamiento de Dios y nuestra justificación. Realmente no lo sé. Es como preguntarse cuánto tiempo demora una bala en atravesar dos hojas de papel puestas juntas. La diferencia entre el llamamiento y la justificación es teológica; no es necesario que transcurra un lapso de tiempo. Usted es llamado para ser justificado. El llamamiento ocurre cuando Dios entra en acción para cambiar su corazón, y la justificación es el resultado.

### **Glorificación**

Puesto que Dios ha predeterminado amarle, redimirle y llamarle, separándole del pecado y haciéndole justo por medio de su fe en Cristo, el próximo paso es la glorificación. «...Y a los que justificó», concluye Pablo en Romanos 8:30, «a éstos también glorificó».

¿Han notado mis lectores que esta declaración está en tiempo pasado? Nuestra glorificación es tan cierta, que Dios habla de ella en el mismo tiempo verbal que usa para hablar



# 5

## Once pruebas de un experto apostólico

En 1746, aproximadamente seis años después del Gran Avivamiento, en el cual Jonathan Edwards fue el primer instrumento de Dios para predicar el Evangelio y dar lugar al avivamiento más grande que hubo hasta entonces en la historia americana, Edwards escribió *A Treatise Concerning the Religious Affections*. Su propósito fue el de tratar con un problema no muy diferente del que hoy día tenemos entre nosotros: el asunto relacionado con la evidencia de una verdadera conversión. Mucha gente desea las bendiciones de la salvación, especialmente la seguridad eterna, pero nada más.

En el Gran Avivamiento, parecía como si las conversiones estuviesen ocurriendo a montones. Sin embargo, no tuvo que pasar mucho tiempo para que se dieran cuenta de que algunas personas afirmaban haber experimentado conversiones que no eran reales. Si bien eran comunes algunos excesos y no faltaban

las encumbradas experiencias emocionales, muchas personas no demostraban en su vida, ninguna evidencia que pudiera verificar su afirmación de conocer y amar al Señor Jesucristo. Esta situación provocó varias críticas que atacaron al Gran Avivamiento, diciendo que el tal no era sino un gran «baño emocional» sin ninguna conversión verdadera.

Así, en parte por defender la verdadera conversión y también para sacar a luz las falsas conversiones, Jonathan Edwards tomó su pluma, y llegó a la siguiente conclusión: La prueba suprema de una verdadera conversión, la constituyen las «afecciones santas», que se manifiestan en un celo por las cosas santas y un ardiente deseo por Dios y la santidad personal. Edwards hizo una cuidadosa distinción entre la obra o manifestaciones del Espíritu Santo concernientes a la salvación y las operaciones comunes del mismo Espíritu. Las operaciones de salvación, obviamente producen salvación. Las operaciones comunes del Espíritu «pueden hacer sentar la cabeza, cautivar la atención y convencer a los hombres, y aun traerles a lo que a simple vista parece ser el arrepentimiento y la fe, pero aun así, estas influencias no llegan a producir una renovación interior para salvación» (Iain H. Murray, *Jonathan Edwards: A New Biography*, Carlisle, Pa.: The Banner of Truth Trust, 1987, p. 255).

¿Cómo puede decirse si el Espíritu Santo ha consumado una operación de salvación? La evidencia principal de la vida es el movimiento, escribió Edwards, así que la evidencia principal de la gracia salvadora es una práctica santa (pp. 262-63). Además, en su obra afirma que la auténtica salvación, siempre produce un cambio de naturaleza permanente en el verdadero convertido. Por lo tanto, si la santidad de vida no acompaña a la manifestación de conversión, debe entenderse que ese individuo no es un verdadero cristiano.

En el mismo año en que fue publicada la obra de Edwards, una enseñanza popular afirmaba que por el contrario, la única evidencia real de la verdadera salvación, era un sentimiento basado en la experiencia —normalmente en aquella que se

percibe en el momento de la conversión a la que se hacía alusión—. Esa enseñanza introdujo el concepto generalizado pero erróneo, de que el verdadero estado espiritual de una persona puede conocerse más por su experiencia pasada, que por una búsqueda presente de la santidad. Edwards contradujo esta noción de raíz: «La seguridad nunca puede disfrutarse sobre la base de una experiencia pasada. Para obtenerla es necesaria una obra presente y continua del Espíritu Santo...» (p. 265). Esto no constituye un debate esotérico teológico: La substancia de nuestra salvación está comprometida.

Algunos escritores del Nuevo Testamento, así como el mismo Señor Jesús, estaban muy preocupados acerca del asunto de la verdadera salvación. El Apóstol Juan dedicó su Primera Epístola a este tema, declarando hacia el final de la misma: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios» (1ª Jn. 5:13). A través de la carta se presentan una serie de pruebas para determinar si usted posee la vida eterna. Si no pasa estas pruebas, sabrá cuál es su posición, y lo que necesita hacer. Si las pasa, tendrá toda la razón para disfrutar de su salvación eterna con gran seguridad.

### **¿Ha disfrutado usted de la comunión con Cristo y con el Padre?**

Este es un elemento esencial en la verdadera salvación, y la primera prueba que presenta Juan en su Primera Epístola. Miremos en el capítulo 1, el cual comienza así: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos acerca del Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y nos fue manifestada); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos

también; para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (vs. 1-3). Obviamente, Juan iba más allá de la relación terrenal que había tenido con el Señor Jesús, porque no tenía una relación tal con el Padre. La comunión que disfrutaba en ese momento, era con el Dios viviente y el Señor Jesucristo.

Ahora bien, al principio alguien puede estar tentado a pensar, *Bueno, mejor para Juan*, pero esta no fue una experiencia aislada. En 1ª Juan 5:1, leemos lo siguiente, «*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él*». Esta es una característica de todo creyente; amar a Dios y al Señor Jesucristo; es una señal de los afectos santos de los que habla Jonathan Edwards. La salvación involucra una estrecha e íntima relación con Dios. Es lo que los creyentes han sido llamados a tener. «Fiel es Dios», dice Pablo, «por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1ª Co. 1:9).

Pablo describe lo que significaba esta comunión para él: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá. 2:20). Esta verdad es muy real —como creyentes tenemos la vida divina dentro de nosotros—. Este no es un hecho frío, sino toda una experiencia para disfrutar.

Esto era precisamente lo que el Señor Jesús quería decir con estas palabras: «... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn. 10:10). Si sólo hubiera dicho: «Yo he venido para que tengan vida», podríamos concluir que estaba hablando sobre Su provisión de vida eterna. Añadiendo que esa vida podía ser *abundante*, el Señor estaba moviéndose dentro de la dimensión de la experiencia. La vida cristiana es una vida rica. Fuimos llamados a experimentar gozo, paz, amor, y propósito. Cuando alguien que está a punto de ser bautizado, testimonia acerca de cómo conoció a Cristo, no

le oímos decir, «El hecho es que soy salvo, y estoy aquí para anunciaros eso». No, invariablemente la persona describe ante el auditorio, el sentimiento sobreabundante de perdón y propósito que hay en su vida.

He aquí algunos versículos que hablan de la vida abundante que encontramos en las Escrituras, en términos de nuestra comunión con el Señor. El «Dios de toda consolación» (2ª Co. 1:3); el «Dios de toda gracia» (1ª P. 5:10); el Dios que «proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4:19); el Dios que nos exhorta a hablar los unos a los otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando en nuestros corazones (Ef. 5:19); el Dios a quien clamamos «¡Abbá, Padre!» (Ro. 8:15), como niños pequeños al Padre que adoramos; el Dios al que podemos acercarnos en tiempos de dificultad (He. 4:16) —El mismo Dios, que tanto nos enriquece. Nuestra comunión con Él es la vida abundante que experimentamos como cristianos.

¿Ha experimentado usted la comunión con Dios y el Señor Jesucristo? ¿Ha sentido Su presencia? ¿Ama usted a Dios, con un amor que le atrae a Su presencia? ¿Ha experimentado la dulce comunión de la oración —el gozo incomparable de hablarle al Dios viviente—? ¿Ha notado el sentimiento renovador y sobreabundante de la gracia, al descubrir una nueva verdad en Su Palabra? Si es así, entonces ha experimentado la comunión de la salvación.

### ¿Es usted sensible al pecado?

Volvamos al capítulo 1 de la Primera Epístola de Juan, a la declaración del versículo 5: «Y éste es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.» Juan estaba diciendo que el mensaje que el Señor nos dio, habla acerca de Sí mismo y expresa con exactitud que Él es absolutamente sin pecado. El texto griego dice literalmente que no hay una sola pizca de tinieblas en Él.

Por lo tanto, «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (v. 6).

La luz y las tinieblas no pueden coexistir. La una quita a la otra de en medio. Juan continuó desarrollando dicho tema: «... pero si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.» (7-10).

Algunas personas hacen ciertas afirmaciones que aunque parecen bonitas, en el fondo son vacías. Aseguran tener comunión con Dios —ser cristianos (v. 6), no tener pecado (v. 8) y algunos hasta dicen no haber pecado nunca (v. 10). Los tales piensan que están andando en la luz, cuando realmente permanecen en las mismas tinieblas. Esta es una característica de los incrédulos, pues ellos están inconscientes de los pecados que hay en sus vidas. Los individuos que se mencionan en el versículo 8, no están procediendo de manera adecuada con sus pecados, porque creen que han alcanzado un estado en el cual ya no pecan más. Sin embargo, se están engañando a sí mismos. Las personas que se mencionan en el versículo 10, nunca han confesado o reconocido el pecado en sus vidas. Con una actitud así están denigrando a Dios, porque él dice que, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:23). Puesto que los incrédulos son tan insensibles a la realidad de su condición, la pecaminosidad humana es el punto de partida correcto para compartir con ellos el Evangelio.

Por otra parte, los creyentes andan en la luz, «como él está en la luz» (v. 7). Tenemos que andar de manera virtuosa, y lo que es más, confesando nuestros pecados (v. 9). Los verdaderos creyentes tienen un sentimiento correcto en cuanto al pecado. Saben que si desean tener comunión con Dios, han de ser

santos. Cuando ocasionalmente pecan, reconocen que deben confesar su pecado.

En el próximo capítulo, Juan sigue esta enseñanza y da un paso más. «Hijitos míos», dice en el versículo 1 del segundo capítulo, «os escribo estas cosas para que no pequéis; y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» Los verdaderos creyentes se dan cuenta de que no tienen por qué pecar, pero cuando lo hacen, saben a quién deben acudir —a Jesucristo, el abogado del creyente—. Como hemos visto anteriormente en el capítulo 1, la obra intercesora de Cristo es una de las grandes seguridades trinitarias de nuestra salvación. Es una realidad alentadora a la cual aferrarse, especialmente cuando tenemos que enfrentarnos con el pecado.

La persona que es verdaderamente salva, se muestra sensible a la realidad pecaminosa que hay en su vida. Este es el ejemplo que Pablo nos dejó, hablándonos del peso de la obra del pecado en su propia vida (Ro. 7:14-25). Consideren pues, mis lectores, cómo se aplica esta verdad a cada uno de ellos. ¿Está usted realmente apercebido de la batalla que ruge en su interior? ¿Se da cuenta de que para llevar una vida de comunión con Dios, debe procurar continuamente la santidad; que no puede andar en tinieblas y decir que tiene comunión con Él? Cuando es consciente de ello, ¿está dispuesto a confesar y abandonar cualquier pecado en su vida? ¿Se da cuenta de que puede decidirse por no pecar, y que no está luchando en una batalla en la que está obligado a perder?

Sin embargo, cuando peca, ¿acude a su Abogado divino? Al estar preocupado con la carga del pecado que hay en su carne, ¿clama a veces juntamente con Pablo, «¡Miserable hombre de mí!; ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?» (Ro. 7:24). Si es así, usted obviamente es un cristiano, y puesto que la salvación es segura, puede disfrutarla gozosa y tranquilamente.

### ¿Obedece usted la Palabra de Dios?

En 1ª Juan 2:3 lo dice claramente: «Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos.» Si usted desea saber si es un verdadero cristiano, pregúntese si obedece los mandamientos que hay en la Escritura. De esta forma, al dar la Gran Comisión, el Señor Jesús describió a un verdadero discípulo (Mt. 28:20). La obediencia a los mandamientos de Dios produce seguridad —la confianza de saber que hemos llegado a conocerle. La palabra griega que se usa para «guardar» en el versículo 3, habla de una obediencia cuidadosa y solícita, y además del acto de obediencia, involucra el espíritu de la misma— un cumplimiento habitual y voluntario de la Palabra, no sólo en la letra, sino también en el espíritu.

Esa idea es respaldada por la palabra traducida como «mandamientos», la cual se refiere específicamente a los preceptos de Cristo, más que a las leyes en general. La obediencia legal demanda la perfección o la pena, mientras que en 1ª Juan 2:3, hay un llamado a una obediencia en la gracia, porque la pena del pecado ya ha sido pagada por Cristo.

El versículo 4 presenta un contraste lógico: «El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él». Esa persona está haciendo una afirmación falsa, «... pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado» (v. 5). ¿Cómo puede usted determinar si es un verdadero cristiano? No por los sentimientos, sino por medio de la obediencia.

Si desea obedecer la Palabra de Dios con gratitud en su corazón, por todo lo que el Señor ha hecho por usted, y si ve que este deseo produce un patrón de obediencia total en su vida, entonces ha pasado una prueba importante que indica la presencia de una fe salvadora.

### ¿Rechaza usted a este mundo malo?

Llegamos ahora a la cuarta prueba que nos presenta Juan, la cual encierra en sí, una característica del verdadero cristiano: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1ª Jn. 2:15). Este amor habla de nuestras más acariciadas metas, de nuestras emociones más fuertes. Los cristianos no pueden tener esta clase de sentimientos hacia nada de este mundo, porque saben que hasta que Cristo vuelva, este mundo está dominado por el enemigo de Dios. Juan dijo: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero yace en poder del maligno» (1ª Jn. 5:19). Por ahora, Satanás es «el dios de este mundo» (2ª Co. 4:4).

El maligno ha concebido un sistema al que la Biblia llama sencillamente «el mundo». El término griego (*kosmos*), habla de un sistema que abarca la falsa religión, la filosofía errante, el delito, la inmoralidad, el materialismo y cosas por el estilo. Cuando nos convertimos en cristianos, estas cosas lejos de atraernos, verdaderamente nos repelen. A veces es posible que sea tentado y se sienta atraído hacia las cosas del mundo, pero eso no es lo que usted ama, sino en realidad, lo que odia. De esta forma se sentía Pablo cuando caía en el pecado (Ro. 7:15). Estas caídas ocasionales resultan sumamente frustrantes, pero nosotros los creyentes podemos estar agradecidos de que el pecado es algo que odiamos. Esto es así, porque la nueva vida en Cristo hace crecer en nuestro interior el amor hacia Dios y hacia las cosas espirituales. «Porque todo lo que hay en el mundo», dice Juan, «los deseos de la carne, la codicia de los ojos, y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1ª Jn. 2:16-17). El mundo y sus preocupaciones carnales no son sino realidades temporales. En contraste con ello, el verdadero creyente tiene la vida eterna y permanecerá para siempre.

El Señor Jesús dijo que aquellos que le siguieran no serían

del mundo, así como Él tampoco era del mundo. Aún nos movemos *en* el mundo para hacer Su voluntad en tanto que vivamos, pero no somos *del* mundo. Por eso el Señor Jesús oró específicamente al Padre, para que nos guardara del maligno (Jn. 17:14-16). Dentro de este malvado sistema mundial, somos vulnerables a ser absorbidos por el mal en una u otra ocasión, pero el amor a Dios es lo que nos alejará de lo malo y dirigirá nuestro punto de vista hacia las prioridades celestiales.

¿Rechaza usted al mundo? ¿Rechaza las falsas religiones, las ideologías extrañas, el vivir impío y las metas vanas? En lugar de ello, ¿ama a Dios, a Su verdad, a Su reino y todo lo que El ama? Esto no nace naturalmente en ningún hombre o mujer, porque la tendencia humana es amar las tinieblas antes que la luz, para enmascarar las mismas obras de las tinieblas (Juan 3:19-20). Los incrédulos son de su padre el diablo, y anhelan hacer los deseos de él (Jn. 8:44). El hecho de que usted rechace al mundo con sus deseos diabólicos, es una indicación de su nueva vida en Cristo, y puesto que esta nueva vida es para siempre, instálese en ella con un sentimiento absoluto de seguridad.

### ¿Aguarda ansiosamente el retorno de Cristo?

Más adelante en 1ª Juan, llegamos a la quinta prueba para certificar si una persona es salva: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (3:22-23). Si usted es un verdadero cristiano tendrá esta esperanza en su corazón, y su esperanza estará enfocada en el retorno de Cristo, y purificará su vida.

¿Ama usted a Cristo de una forma tal que desea ardientemente verle cara a cara y ser hecho como Él? La Escritura nos

dice que esa es la bendita esperanza y el supremo gozo del cristiano. Romanos 8 declara que toda la creación gime en anticipación a la gloriosa manifestación de los hijos de Dios. En 1ª Juan 3, leemos que esto involucra tres cosas: Cristo aparece, nosotros le veremos, e instantáneamente seremos hechos como Él.

«Mas nuestra ciudadanía está en los cielos», dijo Pablo, «de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya, en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas» (Fil. 3:20-21). ¿Está usted esperando este acontecimiento? ¿Desprecia el pecado en su naturaleza caída, y desea ser como Cristo? Pablo dice, «Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1ª Co. 15:49). ¿Se estremece su corazón al leer estas palabras?

Una esperanza tal tiene un poder ético, pues dice Juan que purifica el corazón de aquel que la posee. Pablo decía algo similar a Tito: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para ofrecer salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tit. 2:11-13).

Esta es una esperanza sensata y práctica que lleva a una vida de iguales características. No es una anticipación cualquiera, que nos permite vivir de forma irresponsable con nuestros deberes como seres humanos. Tener una mente tan llena de los temas celestiales, que no nos permita ser buenos cristianos sobre esta tierra, es toda una contradicción. La esperanza de su semejanza a Cristo, le hará actuar más como Él, y querrá alcanzar a los demás con el evangelio y cumplir la comisión que Dios le dio.

Desear fervientemente el regreso de nuestro Señor Jesucristo, constituye una evidencia de que usted es salvo; una indicación de la nueva naturaleza que posee, la cual desea ser

librada de un cuerpo de pecado, y convertirse en un cuerpo de gloria. Si tiene este santo anhelo, entonces ha pasado una prueba importante que indica la realidad de su salvación eterna.

### **¿Es consciente de la disminución del patrón de pecado en su vida?**

Los deseos santos tienen como consecuencia, un patrón decreciente de pecado en su vida. La Primera Epístola de Juan, capítulo 3:4-10, dice lo siguiente:

«Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él se manifestó para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no continúa pecando; todo aquel que continúa pecando, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que practica la justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no practica justicia, no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano».

Los patrones de pecado son característicos de las personas que no han sido regeneradas. No importa que una persona asegure que es cristiana; si continúa en una vida de pecado, se trata de una afirmación, pero no de una realidad. Cuando alguien se convierte en un cristiano, el patrón de pecado de su vida se rompe, y un nuevo patrón entra en su vida. Esa persona comienza a tener deseos santos. ¿Significa esto que ya no hay pecado en su vida? No, porque su carne, que aún no está

redimida, permanece todavía allí, pero cuanto más sigue esos deseos santos espirituales, menos pecará.

El pecado como patrón de vida es incompatible con la salvación. Experimentar la salvación es ser salvo de algo, y ese algo es el pecado. Si una persona continúa en el pecado después de haber sido salva de él, esto significa que la salvación es inefectiva. Por lo tanto, Juan expone la obra de Cristo para demostrar cuán efectiva es.

Juan comienza por destacar que hay personas que practican el pecado e infringen también la ley (v. 4). Entonces, Cristo «se manifestó para quitar nuestros pecados» (v. 5). Si alguien dice que la obra de Cristo ha sido aplicada a su vida, y todavía continúa en el mismo patrón de pecado, está negando el propósito por el cual vino el Señor Jesucristo, que fue para quitar nuestros pecados. Continuar en el pecado no es consistente con la obra de Cristo en la cruz. Si una persona que es salva sigue pecando, es como si quisiera dar a entender que la muerte de Cristo —mientras que tiene eficacia en la eternidad— es inútil en el tiempo en que estamos sobre esta tierra. ¡Fuera con tal pensamiento! La muerte de Cristo no sólo sirve para quitar la pena por el pecado, sino también el patrón de pecado en la vida del creyente.

Juan continúa hablando sobre la obra de Cristo por medio de la unión del creyente con Él: «Todo aquel que permanece en él, no continúa pecando» (v. 6). Esto no puede significar que los verdaderos cristianos nunca pecan, porque el mismo Juan dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1:8). Los dos versículos siguientes del capítulo 3 explican más el tema: «Hijitos, nadie os engañe; el que practica la justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo» (vs. 7-8). La Primera Epístola de Juan es consistente en advertirnos en contra del *patrón* de pecado en nuestra vida.

Ahora bien, permitan mis lectores que aclare algo al llegar a este punto. A menudo recibo cartas de cristianos angustiados que dudan de su salvación, porque no pueden romper un hábito

de pecado. De lo que me hablan más frecuentemente es acerca de fumar, de la gula y la masturbación. Estas personas temen que si tienen que luchar durante tanto tiempo contra estas cosas, sea debido a que estén cerrados en un patrón de pecado que no pueden quebrantar. Sin embargo, Juan no está diciendo que la repetición de un pecado en particular, signifique que esa persona esté perdida. Antes bien, aclara su significado, diciendo que un verdadero creyente no puede practicar el continuo quebrantamiento de la ley (1ª Jn. 3:4). El término griego que se usa aquí (*anomia*) significa literalmente vivir como si no hubiera ley. Una persona que rechaza la autoridad de Dios, no tiene en cuenta ni le importa lo que Dios piensa sobre sus hábitos, y evidentemente no tiene nada de cristiano.

Sin embargo, un cristiano tiene una manera drásticamente distinta de relacionarse con Dios. Ya no es un esclavo del pecado, sino que se ha ofrecido a sí mismo como siervo del Señor (Ro. 6:14, 17-18). Un verdadero cristiano aún puede pecar, y hasta es posible que lo haga frecuentemente, pero *pecar frecuentemente* no es lo mismo que *practicar el pecado*. En 1ª Juan vemos que un verdadero creyente puede hacer lo primero, pero no lo segundo.

¿Por qué es así? Porque el verdadero creyente «permanece en él» (1ª Jn. 3:6). No sólo la muerte de Cristo quita nuestro pecado, sino que también Su vida en nosotros rompe el patrón del mismo. Ya no somos pecadores perpetuos en pensamiento, palabra y obra —como éramos antes de ser salvos—. Ahora tenemos la opción de hacer lo bueno. Si contrariamente a lo bueno que deseamos hacer en nuestro interior, nos encontramos pecando, nos sucede algo similar a lo que le sucedía al Apóstol Pablo en Romanos 7; ¡y todos sabemos la calidad de creyente que era el Apóstol! Sin embargo, por la presencia de Cristo en nuestro ser, nuestra lucha disminuirá a medida que pasa el tiempo. Siempre seremos sensibles a pecar, pero gracias a la vida de Cristo en nosotros, el patrón de pecado disminuirá cada vez más. Cristo vive en unión con nosotros para proveernos un nuevo patrón —el patrón de justicia.

El patrón del pecado señala una unión con el diablo, pues él peca desde el principio. El hijo de Dios apareció para este propósito, para destruir las obras del diablo (v. 8). El diablo es un pecador absoluto. Cada persona que está asociada con el diablo no es sino un pecador absoluto. Cristo vino para destruir las obras del diablo, rescatando a las personas que son esclavas del pecado. Esto significa que aquellos que realmente han sido rescatados, no continuarán en el estado del cual han sido quitados. Un patrón habitual de pecado en la vida de uno, indica que dicho rescate nunca ha tenido lugar. Afirmar lo contrario es denigrar a Cristo, implicando que Su muerte no ha llevado a cabo lo que Él fue enviado a hacer —destruir las obras del diablo, y rescatar a los hombres del pecado.

Además, «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no practica justicia, no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano» (vs. 9-10). El creyente ha nacido de nuevo por medio del Espíritu Santo. La simiente que el Señor planta en él da origen a la nueva naturaleza, que es un nuevo principio de vida y una nueva disposición. Así como una semilla plantada en la tierra produce una clase de vida particular, la simiente de Dios en nosotros da como consecuencia una vida recta, en la cual se deshace el patrón de pecado. No se preocupen mis lectores: esta simiente no puede morir, pues la Palabra de Dios nos dice que es imperecedera (1ª P. 1:23). Habiendo nacido del Espíritu de Dios, el creyente no puede pecar continuamente.

Juan nos da cuatro puntos de vista para analizar el pecado en nuestra vida: la obra que Cristo llevó a cabo en nuestra persona, Su continua vida en el creyente, Su destrucción de las obras del diablo, y la obra regeneradora del Espíritu. De cualquier lado que lo miremos, el patrón del pecado habitual está deshecho. ¿Qué significa esto a nivel personal? Una evidencia de sus deseos santos, es una disminución progresiva del patrón de pecado en su vida. Juan pone de manifiesto que

la diferencia entre los hijos de Dios y los hijos del diablo, es bastante obvia (v. 10). Si usted practica la justicia, es de Dios. Si no lo hace, no pertenece a Dios. Así de claro y sencillo. Si ve la victoria sobre el pecado en su vida, si tiene motivos justos, deseos justos, palabras y hechos justos, es porque la vida del Hijo de Dios está en usted. Tal vez aún no sea todo lo que debería ser, pero ciertamente tampoco es lo que solía ser antes. Puede entonces estar seguro de que tiene la vida eterna, así que ¡disfrútela!

### ¿Ama usted a otros cristianos?

En 1ª Juan 3:10, Juan menciona dos hechos obvios. Uno, como ya hemos visto, es que «todo aquel que no practica justicia, no es de Dios». El otro es que tampoco lo es «el que no ama a su hermano». Para ampliar este punto, vayamos nuevamente a una sección clave, que hemos dejado momentáneamente de lado en nuestro estudio progresivo de la epístola de Juan: «El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo» (2:9-10).

Si alguien dice que está en la luz —o ha visto la luz— está afirmando que es un cristiano. Si es así, nuestra vida ciertamente tendrá que mostrar alguno de los patrones de vida de Cristo. Amar a los hermanos es un patrón básico. Tener comunión con Cristo es experimentar y expresar el amor. Si usted afirma que es cristiano, pero ni siquiera le gustan los cristianos, su afirmación es falsa, y no está andando en la luz, sino en las tinieblas.

El amor hacia los demás hijos de Dios, surge al creyente de forma natural. Como escribió Pablo a los tesalonicenses, «Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros» (1ª Ts. 4:9). En el versículo 10, sigue animándoles a que abunden en ello más y más. Como cre-

yentes, no hemos amado tan completamente como deberíamos, pero en alguna medida lo hemos hecho, y no necesitamos que se nos enseñe a amar, porque es instintivo, implícito, e inherente de nuestra nueva naturaleza. Como hemos aprendido en Romanos 5:5: «... y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado».

El Señor Jesucristo fue aún más lejos, cuando dijo, «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros» (Jn. 13:35). Esta capacidad de amarnos fervientemente los unos a los otros de corazón (1ª P. 1:22), es un hecho básico para nuestra vida cristiana. Este es un amor que va más allá de un mero sentimiento, pues comprende una responsabilidad frente al deber, un servicio sacrificado y una preocupación y sensibilidad por las necesidades de los demás. Esta prueba es sumamente importante: ¿Ama a los demás creyentes? Si afirma ser cristiano, pero no tiene amor en su corazón por aquellos que son sus hermanos, ni tiene deseos de ayudarles en sus necesidades, entonces el Apóstol Juan le dirige estas palabras: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en la muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (1ª Jn. 3:14-15).

¿Le importan a usted los demás hermanos en la fe, se preocupa por ellos, o se comporta de un modo indiferente? ¿Tiene deseos de averiguar cuáles son sus necesidades, y suplirlas? Aquellos que son indiferentes están muertos espiritualmente, y su desamor es continuo. En esta era presente, tan sofisticada, esta actitud no se manifiesta tanto en una hostilidad abierta, como en un comportamiento egoísta en todos los aspectos de la vida. Las personas que continuamente enfocan su atención en sí mismas y no se preocupan por lo que les ocurre a los demás, son de su padre el diablo, que según Juan 8:44, es «homicida desde el principio». Sin embargo, como creyentes, «hemos conocido el amor, en que él puso su

vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1ª Jn. 3:16).

Juan define el amor como un sentimiento que nos lleva a una actitud, la de hacer sacrificios por los demás, tal vez hasta el punto del martirio. ¿Cómo responde usted a las oportunidades que tiene de sacrificar su tiempo, su dinero y sus talentos? ¿Está contento de proveer de su dinero, tiempo, oración y ayuda manual a una persona o un ministerio que tenga necesidades, o simplemente prestarle su oído para escuchar sus problemas?

¿Qué piensa del privilegio de disfrutar de la comunión con los demás hijos de Dios? ¿Desea estar en compañía de los hermanos, compartir sus problemas, discutir las cosas de Dios, estudiar la Palabra y orar con ellos? ¿Siente deseos de utilizar los recursos que Dios le ha dado en beneficio de alguien más en la familia cristiana? Esta es una evidencia del amor, como Juan lo explica en los versículos 17 y 18: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él».

Notad el resultado de este enfoque tan práctico del amor: «Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios, y él conoce todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, tenemos confianza ante Dios (vs. 19-21). La seguridad de que usted es un cristiano –que su fe es absolutamente real– vendrá por medio de su amor. La palabra griega que se traduce por «confianza» es (*peithō*), y significa pacificar, tranquilizar, suavizar o persuadir. Usted puede suavizarse o persuadirse a sí mismo de que es un verdadero cristiano, si en la presencia de Dios está, de manera honesta, consciente de tener amor en su vida.

Ahora bien, su amor no será perfecto, pero lo importante es que está presente. Deje que este hecho afiance su seguridad, pues Juan nos advirtió que nuestro corazón puede tratar de

incriminarnos o despertar en nosotros la duda. La carne caída tiene la capacidad de jugarle tretas a su mente. Satanás, el acusador de los hermanos, quiere explotar esta tendencia. Aunque su corazón le reprenda con respecto a alguna cosa en particular, si tiene el amor de Dios en su vida, puede gozar de una completa seguridad. Tal vez usted dude de su salvación, pero Dios nunca duda, porque Él es más grande que su corazón, y sabe todas las cosas.

Tal vez en estos momentos algún lector esté pasando por un período de dudas que afecten la convicción de su seguridad personal. Haga lo que dijo Juan, y vuelva al amor de su vida. Examínese para ver si ama a los demás hermanos. Analice sus obras de bondad y sacrificio. Si existe esta pauta de conducta en su vida, tranquilícese, pues no importa cuál sea la acusación que su conciencia le presente; usted puede estar seguro de su salvación. Una conciencia condenadora puede robarle su seguridad, porque sólo se enfoca en el fracaso. Sin embargo, Dios es más grande que su conciencia, y ve la fe que usted ha depositado en Cristo.

El Apóstol Pedro, después de negar a Cristo tres veces, pasó momentos verdaderamente dramáticos, pues su corazón le acusaba constantemente. El Señor Jesús se acercó personalmente para confortarle y darle seguridad. Por tres veces le preguntó gentilmente acerca de su devoción por Él, hasta que Pedro, desesperado, le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo» (Jn. 21:17).

Nosotros también podemos apelar al amor que Dios ve en nuestro corazón. Este amor no es perfecto, pero como ya he dicho, lo importante es que está presente, y se expresará a través de nuestras obras de bondad y sacrificio por los demás. El Señor Jesús le dijo a Pedro, que revelara su amor cuidando de la iglesia. Para el cristiano es natural hacer bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gá. 6:10). Su amor por los hermanos es una marca inequívoca de su fe cristiana, y una sólida base para su seguridad. No permita que su corazón le condene, cuando Dios no lo hace.

### ¿Ha experimentado en su vida la oración contestada?

En 1ª de Juan 3:22, descubrimos otro motivo para afianzar nuestra seguridad: «... y lo que le pidamos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él». Usted puede saber que es un creyente, si Dios da respuesta a sus oraciones. El requisito para que esto ocurra es el de guardar sus mandamientos, y la única manera de poder lograrlo es perteneciendo a Dios. Como dice Juan en el versículo 24: «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él».

En un pasaje similar, Juan dice: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios. Y esta es la confianza que tenemos ante él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (5:13-15). Dios siempre responde las oraciones que están de acuerdo a Su voluntad. Los creyentes obedientes saben cuál es Su voluntad, porque está declarada en Su Palabra, y confeccionan sus oraciones de acuerdo con ella. Las respuestas que resultan de estas oraciones traen confianza y seguridad.

Dios está más dispuesto a responder a las oraciones de Sus hijos, de lo que están ellos de pedir. Creo que el Señor sentirá cierto desencanto, pues Él podría hacer por nosotros mucho más de lo que le pedimos que haga. ¡Pensad en las bendiciones que nos estamos perdiendo!

Hay muchas personas que oran a Dios, pero no saben por qué están orando, ni tampoco cuál es Su voluntad. Dios no está obligado a responder a tales oraciones. Del libro de los Salmos aprendemos que Él ni siquiera oye a los tales (ver Salmo 66:18). Sin embargo, los creyentes que experimentamos las respuestas de Dios a nuestras oraciones, sabemos que tenemos vida eterna. Una de las muchas buenas razones para orar fiel y fervientemente, es disfrutar de la seguridad que trae la oración contestada.

Algunos cristianos luchan con esta seguridad de la salvación, porque han tenido una vida de oración pobre y escasa. ¡Qué tragedia! Si usted se encuentra en esta situación, arrégla la inmediatamente. No debe perderse la bendición y el bienestar que trae la oración contestada. Cuando recuerdo los años que han pasado, me doy cuenta de que una de las bases más importantes para mi seguridad, ha sido ver que Dios ha contestado muchas de mis oraciones. Estas respuestas constituyen la evidencia de que Él me oye, lo cual me demuestra que Dios está en mí y yo en Él.

¿Ha tenido la hermosa experiencia de recibir respuesta a sus oraciones? ¿Es para usted un patrón de vida? Si es así, puede estar seguro de que tiene vida eterna. ¿Ha orado por una persona que no era creyente y la ha visto luego venir a Cristo? ¿Ha orado por alguien que padecía en medio de una prueba y vio cómo Dios cambiaba la situación, de manera que produjera gozo y alegría? ¿Ha buscado a Dios para solucionar un vacío en su vida y le ha visto llenarlo con Su sabiduría? ¿Ha orado pidiendo perdón para tener una conciencia limpia, y lo ha recibido? ¿Le ha pedido a Dios que le capacite para presentar Su verdad a una persona o a un grupo de personas, y ha experimentado Su gracia para hacerlo con toda claridad? ¿Ha buscado el poder de Dios para proclamar el Evangelio y lo ha recibido? ¿Le ha pedido a Dios que le ayude a llevar a alguien al Salvador, y Él lo ha hecho? ¿Ha buscado contentamiento en medio de circunstancias desfavorables, y como resultado ha recibido la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento? ¿Le ha pedido al Señor que le ayude a conocerle mejor, y como respuesta ha tenido momentos de intimidad gloriosos, después de haber pasado por algunas lecciones verdaderamente difíciles? Todas estas son indicaciones de que usted pertenece a Dios y de que Él está en usted.

## ¿Ha experimentado usted el ministerio del Espíritu Santo?

En 1ª de Juan 4:13, se desarrolla el tema de pertenecer a Dios: «En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.» Lo primero que el Espíritu ha hecho, ha sido dar testimonio de que el Padre ha enviado al Hijo para ser el Salvador del mundo (v. 14). Si hemos confesado que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, y le hemos dedicado nuestra vida, ha sido por obra del Espíritu. Si no hubiera sido por el Espíritu Santo, no habríamos conocido quién es el Señor Jesucristo y no le confesaríamos como Salvador y Señor. ¿Ha experimentado el lector este ministerio del Espíritu Santo? Si es así, es una evidencia de que es un verdadero hijo de Dios.

Otra de las obras del Espíritu, es la de iluminar nuestro entendimiento con respecto a las Escrituras. Juan, hablando del Espíritu, dijo: «Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él» (2:27). Pablo explicó: «... el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios» «... Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha otorgado gratuitamente» (1ª Co. 2:12). Al leer la Palabra de Dios ¿se da cuenta de que el Espíritu ilumina su significado? ¿Entiende lo que dice?

¡A veces lo entiende tan bien que se siente incómodo por las implicaciones que su contenido acarrea! No hablo de los pasajes oscuros con los que a veces hemos de luchar, sino invitando a mis lectores a considerar el efecto que tiene la Palabra de Dios sobre ellos. Hágase esta pregunta: *¿Me convence la Palabra del pecado que hay en mí? ¿Me hace regocijar cuando estoy adorando a Dios y procurando el avance de Su Reino?* Estas son señales de la obra iluminadora del Espíritu en su vida.

Miremos otros ministerios del Espíritu. ¿Qué piensa de la comunión con Dios? ¿Es el Espíritu que le guía a exclamar «¡Abbá, Padre!» (Gá. 4:6), como una señal de su intimidad y comunión con Dios? ¿Y qué piensa de la alabanza? ¿Quién le impulsa a cantar con significado y devoción? En Efesios 5:19, Pablo explica que la plenitud del Espíritu nos guía a hablar entre nosotros «con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones». ¿Y qué pensáis acerca del fruto del Espíritu, al cual Pablo describe como «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio»? (Gá. 5:22-23). Estas actitudes son gracias espirituales. ¿Están presentes en la vida de mis lectores?

¿Ha ministrado alguna vez espiritualmente, ayudando a alguien, dando algo a alguna persona necesitada, o hablándole a un incrédulo acerca de Cristo? Estas son evidencias del Espíritu de Dios. ¿Experimenta en la actualidad el ministerio del Espíritu en su vida? En Romanos 8:16, Pablo explica que «El Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.» Ahora bien, no espere que Él le susurre a su oído algo así: «¡Tú eres un cristiano, créeme, eres un cristiano!» No oiremos una voz audible, nada esotérico o místico, pero sí algo muy concreto. Él nos da Su testimonio, manifestando la evidencia de Su presencia en nuestra vida –iluminándonos los pasajes de la Escritura, acercándonos a la comunión con Dios por medio de la oración y la alabanza, produciendo fruto espiritual de gracia en nuestra vida, y capacitándonos para ministrar de forma efectiva a los demás.

Si el Espíritu está presente en su vida, es una evidencia de que usted mora en Dios y Él en usted (1ª Jn. 4:13). Por lo tanto, puede permanecer confiado. No permita que su corazón le condene, oscurezca su existencia y le diga que no es un auténtico creyente. Reconozca la obra del Espíritu en su propia vida. No existe ninguna razón para dudar y ser un cristiano inestable.

### ¿Puede usted discernir entre la verdad y el error espiritual?

Hasta aquí hemos visto nueve pruebas, para determinar la presencia de la fe salvadora en nuestra vida. Es en la novena, que Juan usa realmente la palabra *prueba*: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus proceden de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, procede de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no procede de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, el cual habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo» (1ª Jn. 4:1-3).

Cada falso sistema religioso, viola esta prueba. Sus adeptos y seguidores, tratan de falsear la verdad bíblica acerca de quién es Jesucristo y la obra que Él ha llevado a cabo. Él es Salvador y Señor, que vino en carne humana «el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25). ¿Puede usted distinguir cuando alguien está presentando alguna falsa enseñanza sobre la persona y obra de Cristo? Esta es la piedra fundamental y la línea divisoria de la fe cristiana.

Los falsos maestros «son del mundo; por eso hablan como del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1ª Jn. 4: 5-6). Con estas palabras, Juan está diciendo que en lo que se relaciona con la gloriosa persona y obra de Cristo, un verdadero creyente oír la verdad y no se desviará hacia el error. Supongamos que alguien le dice: «Yo creía en Jesucristo, pero ahora he visto la luz: Cristo fue realmente un ser angélico —o una emanación de Dios, un espíritu divino sin el elemento humano, o sólo un hombre sin nada divino». Cualquiera de estas herejías únicamente reflejan un corazón no regenerado.

A partir del momento de su salvación, hay una cosa que debe tener bien clara: quién es el Señor Jesucristo y qué hizo Él a su favor. Si no ha entendido bien estas cosas, no puede ser salvo. El Espíritu Santo nos las enseña con claridad, para que no hayan dudas al respecto en nuestra mente. Esta prueba no es de carácter moral o experimental, sino doctrinal. Los verdaderos creyentes distinguen la verdad del error, porque el Espíritu de Verdad mora en ellos. «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él» (1ª Jn. 5:1). He aquí la misma prueba doctrinal. El que ha nacido de nuevo, cree lo que es correcto acerca del Señor Jesucristo y Su obra. Es bueno ser un creyente, pero hay veces en las que puede ser útil mostrarse algo escéptico. Como dice Juan, «... no creáis a todo espíritu» (4:1). Por el bien de su vida y de su salud espiritual, no crea todo lo que oye, ve y lee. Antes bien, como dice la Escritura, pruebe los espíritus para ver si son de Dios. Esto requiere la habilidad de pensar bíblicamente. El texto griego implica la aplicación de un examen continuo y severo, de cualquier doctrina o persona a la cual se vea expuesto. ¿Por qué molestarse a hacer un análisis tal? «Porque muchos falsos profetas han salido al mundo» (1ª Jn. 4:1).

La conquista de la ciudad de Troya es una de las más famosas historias de la antigüedad. Los soldados griegos habían sitiado la ciudad durante diez años, pero eran incapaces de conquistarla. En medio de la desesperación, Ulises, un brillante estratega, mandó construir un enorme caballo de madera, y una vez terminado, dijo que lo dejaran fuera de los muros de la ciudad, como un supuesto presente para los inconquistables troyanos. Los griegos entonces simularían partir en una aparente derrota. Los orgullosos y curiosos troyanos, llevaron al caballo dentro de la ciudad. Durante la noche los soldados griegos que se escondían dentro del caballo, salieron sigilosamente y abrieron los portones de la muralla para permitir a los demás soldados entrar en la inconquistable

ciudad. Los soldados mataron a los habitantes, saquearon la ciudad y la quemaron. Desde entonces, el caballo de Troya ha sido un símbolo de la infiltración y el engaño. A través de la historia, la iglesia ha aceptado en su seno muchos caballos troyanos llenos de falsos profetas.

Satanás ha usado efectivamente varios enemigos disfrazados como regalos, para alejar a la gente de la verdad de Dios, y llevarla dentro de la doctrina destructiva del error. La iglesia de hoy está en un estado particularmente severo de confusión, a causa de su doctrina débil, su pensamiento relativista, su metodología mundana, su interpretación inexacta de las Escrituras, su falta de una estricta disciplina interna, y su inmadurez espiritual. Lo que se necesita es el discernimiento espiritual —la habilidad indispensable para separar la verdad divina del error (1ª Ts. 5:21).

Tal vez usted esté ejerciendo un claro discernimiento en los asuntos de la vida diaria. Acostumbra a leer las etiquetas de los diferentes productos alimenticios, porque quiere conservar una buena salud. Antes de hacer una inversión financiera, lee cuidadosamente los informes respectivos en las revistas especializadas. Si necesita someterse a una intervención quirúrgica, selecciona cuidadosamente el doctor que tiene más habilidad en realizar ese tipo de cirugía. Quizás sea usted una persona altamente analítica en asuntos políticos y puede también valorar asuntos domésticos y ajenos; o tal vez sea experto en valorar estrategias ofensivas y defensivas. Todo esto está muy bien, pero ¿puede usted discernir entre la verdad divina y el error?

Para hacerlo, Juan dice que hay que pasar dos pruebas: la confesión del divino Señor (1ª Jn. 4:2-3), y la consagración a la divina Palabra (vs. 4-6). Si estudia las sectas, detectará que en ellas existe cierto patrón. La Ciencia Cristiana, los Testigos de Jehová, el Mormonismo, y otras sectas por el estilo, atacan la persona de Cristo, y entonces postulan un sustituto o un libro en adición a la Biblia, tales como *Science and Health with Key to the Scriptures*, *the Book of Mormon*, o *The Pearl of Great*

*Price*. Los verdaderos creyentes no deben creer estas mentiras. Los cristianos auténticos tienen un maestro de la verdad en la persona del Espíritu Santo (1ª Jn. 2:27).

Recientemente he escuchado un programa radial donde un hombre propagaba una religión que nunca había oído antes. No me llevó mucho tiempo descubrir que su director no estaba representando la verdad. Me puse inmediatamente en guardia, por la forma en que éste torció una declaración bíblica al principio de su mensaje. Seguí escuchando hasta que terminó, momento en que entonces declaró la existencia de un gran profeta, que según él, era el instrumento de Dios para traer la gran verdad a toda la humanidad. Lo que dijo no armonizaba en absoluto con la enseñanza de la Escritura. Me di cuenta de que era un error, porque el Espíritu de Dios me había convencido de la salvación que es por gracia y por medio de la fe en Cristo y en la veracidad de las Escrituras. Enseguida supe que no necesitaba ningún profeta de los tiempos modernos para que me ofreciera esa verdad.

Usted no tiene que ser un graduado del seminario o un experto en sectas para distinguir la verdad del error. Si no permite que le muevan de las verdades básicas de la persona divina de Cristo, de Su obra y Su Palabra, es porque en realidad tiene una auténtica fe salvadora.

### **¿Ha sufrido usted el rechazo de los demás a causa de su fe?**

Esta prueba número once, y la última en su serie, es bastante dolorosa: «Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece» (1ª Jn. 1:13). Caín odiaba a Abel y le mató. ¿Por qué lo hizo? «Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.» (v. 12). ¿Ha experimentado usted animosidad, hostilidad, rechazo, amargura, alienación, ostracismo, prejuicios, o una despiadada persecución por defender aquello que es justo y correcto? En caso afirmativo, es una señal de que usted

pertenece a Alguien que sufrió de la misma forma y por la misma razón.

El hecho es que para los que son del mundo, usted y yo como cristianos «hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos» (1ª Co. 4:13). En realidad somos una amenaza para lo que ellos creen. Estas personas piensan que solamente vale la pena afanarse por este mundo y las cosas que hay en él. En 1ª Pedro 4:4, leemos lo siguiente: «En lo cual se extrañan de que vosotros no corráis con ellos hacia el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan». Sin embargo, la Escritura dice: «... y en nada intimidados por los que se oponen, lo cual para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto viene de Dios» (Fil. 1:28). Cuando sufra por causa de su fe, no debe decir, «¿soy realmente un cristiano? Las cosas van tan mal; me pregunto si a Dios le importa» Antes bien, si el mundo le persigue, diga lo siguiente: «¿No es maravilloso? ¡Estas adversidades que sufro ponen más en evidencia quién soy yo!

Nunca olvidaré una noche hace ya muchos años, cuando fui llamado al despacho de la iglesia para atender una emergencia. Cuando llegué, me encontré con uno de nuestros ancianos luchando con una chica que obviamente estaba endemoniada, y tenía una fuerza sobrenatural. Levantó una mesa muy pesada sobre su cabeza. Nosotros dos éramos incapaces de sujetarla. De su boca salían voces que no eran de ella. La primera cosa que estas voces dijeron cuando yo llegué fue: «¡Él no, sáquenle de aquí, sáquenle de aquí! ¡No le queremos aquí!» Me alentó saber que los demonios sabían que no estaba de su lado.

Aquella noche recibí una confirmación muy positiva sobre mi condición de cristiano. Cuando el mundo y el espíritu de Satanás que está detrás de él, le persigan, recibirá la confirmación de que ellos le odian porque usted es justo delante de Dios. Ahora bien, si alguien le odia por ser una persona desagradable, ¡en eso no hay mérito alguno! «Mas si haciendo

lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios» (1ª P. 2:20). De esta manera Dios nos aprueba y recibimos la seguridad de nuestra salvación.

El Apóstol Juan nos da todas estas pruebas por las que él mismo pasó, para que basándonos en la Escritura, tengamos confianza. Repasemos su inventario espiritual: ¿Disfruta usted de la comunión con Dios y con el Señor Jesucristo? ¿Es sensible a la presencia del pecado en su vida? ¿Obedece las Escrituras? ¿Rechaza este mundo malo? ¿Ama a Cristo y anhela fervientemente Su retorno? ¿Es testigo de una disminución del patrón de pecado en su vida? ¿Ama a los demás cristianos? ¿Recibe respuestas a sus oraciones? ¿Experimenta el ministerio del Espíritu Santo? ¿Es capaz de discernir entre la verdad y el error espiritual? ¿Ha sufrido por causa de su fe en Cristo?

Si ha pasado estas pruebas, puede tener plena confianza ante Dios. Después de todo, Juan afirma que él escribió estas cosas para que sepamos que tenemos vida eterna, y para que sigamos creyendo en el nombre del Hijo de Dios (1ª Jn. 5:13). No hay razón para que, como miles de cristianos, viva su experiencia espiritual de forma miserable. Por favor, no sea usted uno de ellos.

# TERCERA PARTE

## ¿ES ALGO QUE PUEDO SENTIR?

¿Cómo puede experimentar  
la seguridad de  
una salvación segura?

# 6

## Tratando con la duda

**E**n la introducción, hemos visto que una de las razones por las cuales la gente carece de la seguridad de su salvación es porque, efectivamente, muchas personas no son salvas, y por tanto no tienen ninguna base escritural para su seguridad. Uno de los motivos que llevó al apóstol Juan a escribir su primera carta, fue el de ayudar a los que estaban en esta posición, a que se dieran cuenta de ello, e hicieran algo para arreglarla. Avancemos ahora un paso más. ¿Por qué hay tantos *crístianos* que carecen de esta seguridad? ¿Y los miles que están viviendo una vida espiritual realmente miserable? Hay ocho razones básicas para que exista este problema.

### Una predicación demasiado fuerte

Algunas personas carecen de seguridad, porque están en una iglesia donde se predica de forma muy drástica sobre las

normas de santidad de Dios. Esta clase de predicación, fuerza a la gente a ver su propia pecaminosidad y a reconocer que la santidad de Dios, les exhorta a vivir en un nivel de vida más elevado.

No obstante, esta clase de predicación es tanto bíblica como necesaria. Antes de seguir desarrollando este tema, me gustaría hacer énfasis en este punto. Lamentablemente, estos casos son muy raros. Las iglesias en mi país y en todo el mundo, están llenas de gente orgullosa y presuntuosa que no se siente particularmente insegura por pensar que algo no va bien en su vida. Muchos predicadores piensan que su deber es hacer que todo el mundo se sienta bien, y no enseñan a sus congregaciones la manera de efectuar un examen individual y adquirir la seguridad de que su salvación es auténtica. Sin embargo, aquellos que predicán como deben, descubrirán que a pesar de ello, su congregación está plagada por las dudas. ¿Es esto malo? No, el púlpito es llamado con justicia, el creador de los corazones ansiosos. ¿De qué otro modo podrían inquietarse aquellos que tienen una seguridad falsa?

Sin embargo, una predicación consistente con las normas de la perfecta justicia de Dios, puede también inquietar a algunos cristianos —particularmente a aquellos que sucumben con frecuencia y facilidad ante la tentación—. ¿Recuerdan mis lectores al joven cuya carta he citado al principio de este libro? Este hombre se sentía como «un montón de estiércol sobre el blanco suelo de mármol de Cristo». Estaba dolorosamente apercibido de su pecaminosidad, por haber cometido el pecado que no quería cometer y no haber llevado a cabo el bien que deseaba. Sin embargo, sus palabras no suenan tanto como las de un incrédulo, sino más bien como las de Pablo en Romanos 7. Se supone que desde el púlpito se ha de crear algo de ansiedad, pero también debería darse consuelo y seguridad a los hermanos que desean exaltar a Cristo y asemejarse cada vez más a Él. La buena predicación bíblica mantiene este equilibrio.

## La culpa

Hay otros cristianos que tienen falta de seguridad, y esto se debe a su dificultad en aceptar el concepto de perdón. A menudo estos hermanos están bajo la tiranía de sus emociones, y piensan que son demasiado malos para ser perdonados. Hay muchas razones para que esto ocurra. Primero, la conciencia de estas personas parece oponerse al perdón y además, hace énfasis en la convicción y la culpa. No sabe nada de la gracia y la misericordia de Dios. También la santidad y la justicia hablan en contra del perdón. Estas personas enfocan su atención en el pecado y sienten que no pueden excusarlo de ninguna manera.

Querido lector, tenga en cuenta que Satanás es el acusador de los hermanos. Él hará todo lo posible para oscurecer el amor, la gracia y la buena predisposición de Dios hacia el pecador. Leamos lo que escribió William Bridge al respecto:

Aquel que no tiene la seguridad del amor de Dios, es porque conversa demasiado con Satanás... (y dice para sí): «El diablo siempre está persiguiéndome y tentándome para que sospeche del amor de Cristo, y lo hace para poder tener dominio de mi mente, pues él sabe muy bien que cuanto más sospecho del amor de Cristo, más abrazaré el amor de Satanás.»

Esta falta de seguridad en cuanto al amor de Dios y el interés personal en el Señor Jesucristo, es una puerta abierta para muchos pecados y miserias. Las dudas con respecto a la salvación, son las primeras que suelen aparecer. Después de dudar de forma continuada durante un período de tiempo, la mente se sume en un tremendo caos y finalmente llega a la siguiente conclusión: «Ahora sé que el Señor Jesucristo no me ama. Antes tenía dudas, pero ahora sé que Él no me ama.»

Después de haber llegado a esta conclusión, va todavía más lejos: «Si Cristo no me ama ahora, nunca me amará;

y si no tengo interés en Cristo después de toda la predicación que he escuchado, es porque nunca lo tendré. Por lo tanto, durante toda mi vida no haré otra cosa que seguir agravando mi condenación» (*A Lifting Up for the Douncast*, Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1984 reprint, pp. 129-30).

Entretanto, Thomas Brooks nos lleva de vuelta a la Escritura:

Manasés es salvo. ¡Oh, almas desesperadas, los brazos de misericordia están abiertos para recibir a Manasés, un monstruo, un diablo encarnado, que hizo que Isaías, el profeta del Evangelio, fuera aserrado por la mitad con una sierra ...! Él se apartó del Señor para cometer idolatría, e hizo pasar a sus hijos por el fuego, adoró a todo el ejército de los cielos, edificó los lugares altos que Ezequías había derribado, levantó altares a Baal, hizo que corrieran ríos de sangre inocente por las calles de Jerusalén, y varias perversidades más (ver 2º R. 21:2-8). El alma de María Magdalena estaba llena de demonios, y Cristo los echó fuera y cambió su corazón... ¿Por qué entonces decís que no hay esperanza para vosotros?, ¡oh almas desesperadas!

Pablo estaba lleno de odio hacia Cristo y los Suyos, y también lleno de blasfemia e impiedad, y aun así, fue un vaso escogido por Dios y lleno de las gracias y los dones del Espíritu... ¿Por qué entonces decís que no hay ayuda para vosotros, ¡oh almas desesperadas! El apóstol nos habla de algunos villanos que fueron injustos, fornicarios, idólatras, afeminados, abusadores de la humanidad, ladrones, codiciosos, borrachos, extorsionadores, y aun así, estos monstruos de la humanidad, por medio de la bondad y la gracia de Dios, fueron lavados de su culpa y de la contaminación de sus pecados, justificados por la justicia de Cristo, santificados por el Espíritu Santo, y engalanados y adornados con las preciosas gracias de Cristo...

¿Por qué, entonces, oh almas desesperadas, teméis que vuestro estado indigno de la misericordia de Dios, pueda detener el torrente de Su bondad, como si debierais perecer eternamente por falta de una gota de gracia y misericordia?» (*Heaven on Earth: A Treatise on Christian Assurance*, Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1982 reprint, pp. 93-94).

Si usted permite que Satanás aplaste su cabeza, usando indebidamente los santos requisitos de Dios para hacerle sentir culpable y separado de Su amor, entonces ciertamente tendrá muchas dudas.

### La ignorancia

Mucha gente carece de seguridad, porque no entiende que la salvación es una operación completamente divina y soberana. La seguridad está construida sobre la realidad histórica de la obra que el Señor Jesucristo llevó a cabo. No es un sentimiento sin razón, y hasta que no comprenda la *verdad objetiva* del evangelio, el creyente nunca tendrá un *sentimiento subjetivo* de dicha seguridad.

Todo cristiano debe darse cuenta de que Dios sabía de antemano que era un pecador, y que por ese motivo envió a Su Hijo Jesucristo al mundo, para pagar completamente el precio por todos sus pecados –pasados, presentes y futuros–. Por Su poder omnipotente, Dios aseguró para siempre la salvación que fue ofrecida por el Señor Jesucristo.

Esta salvación es irreversible. Como dice Pablo: «Porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables» (Ro. 11:29).

«Venid luego», dice Isaías de parte de Dios, «y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como *blanca* lana». Cuando Dios le

perdona, ese perdón es completo. Él mismo dijo: «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Is. 43:25). ¿Le resultan estas palabras buenas noticias? Lo que usted no puede olvidar, ¡Dios no lo puede recordar! H. A. Ironside dijo: «Es posible que usted nunca pueda olvidar los años en que vagó en el pecado y las muchas iniquidades de las cuales ha sido culpable, pero al saber que Dios nunca volverá a presentar delante de usted esos pecados, podrá obtener una paz total. Él los ha borrado del libro de Sus recuerdos, y lo ha hecho en justicia, pues la cuenta está totalmente pagada. La deuda ya ha sido saldada.» (*Full Assurance: A Series of Messages for Anxious Souls*, New York: Loizeaux Bros., 1937, p. 23).

Cuando Israel se estaba preparando para salir de Egipto, la última plaga, la muerte de los primogénitos, estaba a punto de caer sobre aquella tierra. Dios había instruido a Su pueblo para que sacrificara un cordero y rociara su sangre en el dintel de sus casas. El ángel de la muerte pasaría de largo, y perdonaría la vida de los primogénitos que habitaran dentro de las casas rociadas con la sangre. Dentro de su hogar, algunos podrían estar preocupados por los pecados que habían cometido, pero su seguridad no dependía de lo que ellos pensaban, ni tampoco de sus sentimientos, sino de aquella sangre.

De igual forma sucede hoy día. No podemos ver la sangre del Calvario derramada por nuestra redención, pero Dios sí la ve. Él no mira al creyente para condenarle, diciendo: «Escucha, tú has mentido, no has procedido con bondad, o has actuado como un hipócrita.» Su seguridad ante el juicio divino, no depende de vivir una vida perfecta, sino de estar escudado por la sangre de Cristo.

Ahora bien, hay un elemento en la verdad del Evangelio, que deseo mencionar específicamente, porque juega un papel muy importante en el asunto de la seguridad de la salvación: la resurrección del Señor Jesucristo. La resurrección prueba que el Señor Jesús consumó en la cruz una salvación que es eternamente segura. No podía haber habido nada mejor que

atestiguara la verdad de Sus afirmaciones. El Señor aseguró que Él era Dios, y para probarlo se levantó de entre los muertos. Dijo que había venido para llevar a cabo la obra de la salvación, y Dios le resucitó para probar que Su obra fue cumplida en su totalidad y a Su completa satisfacción.

En aquella cruz, el Señor Jesucristo llevó los pecados de toda la humanidad en Su cuerpo. Después, Dios le resucitó de entre los muertos y le sentó a Su diestra en los lugares celestiales (Ef. 1:20). Un nuevo creyente dijo unas palabras que tienen mucha sabiduría: «Si alguien hubo de ser alejado del cielo por culpa de mis pecados, éste tuvo que ser el Señor Jesús, pues Él los tomó todos sobre Sí mismo y se hizo responsable por ellos. Pero Él está ahora en los cielos, y ya no se irá más de allí, de modo que ahora sé que estoy seguro» (Ironside). Para aquellos que confían en Cristo, el asunto de la culpa del pecado está arreglado. El Señor «nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos, pero que ahora ha sido manifestada mediante la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual abolió la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio» (2ª Ti. 1:9-10).

La seguridad es una parte inseparable de la fe que salva. Como dice el Apóstol Juan: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios» (1ª Jn. 5:13). La fe cristiana es una fe segura. Como declara triunfalmente un famoso himno: «Cuán firme fundamento, oh santos del Señor, está puesto para vuestra fe en Su excelente Palabra».

### La incertidumbre

Algunos cristianos no tienen seguridad, porque no pueden precisar el momento exacto de su salvación. No logran recordar

aquel instante en que creyeron. Algunos no pueden creer que haya habido un tiempo en el cual no hayan creído. Por no poder precisar ese momento, dudan si la salvación realmente ha tenido lugar. Si usted no supiera la fecha exacta de su nacimiento físico, ¿no por ello dudaría de estar vivo! Se ha hecho demasiado énfasis en aislar ese preciso momento por medio de alguna fórmula, ya sea orando, firmando una tarjeta, levantando la mano, o pasando adelante después de la invitación.

Muchos cristianos, especialmente aquellos que nacieron y se criaron en un ambiente cristiano, no pueden identificar el momento exacto en el cual fueron salvos. Yo mismo no puedo hacerlo. No sé cuándo he pasado de muerte a vida, pero sí sé que lo hice. Cuando era niño, hubo veces en que oré de forma especial. Recuerdo en concreto una vez que oraba con mi padre en los escalones de una iglesia en Indiana, en los días en que él se encargaba de tener unas reuniones de avivamiento. Su mensaje me convenció, porque durante esa semana había hecho algunas cosas malas —como llenar de desperdicios uno de los salones de la escuela dominical. Me viene a la memoria que cuando contaba 14 años, asistí a un campamento y arrojé una ramita de pino al fuego, simbolizando el deseo de entregar mi vida a Dios para que se consumiera en las cosas santas. Cuando estaba en la escuela secundaria, sufrí un terrible accidente de coche, el cual dio paso a la intervención que Dios quería tener en mi vida, pero no puedo decir con seguridad si ese fue el momento de mi salvación.

Para que mi salvación sea algo real, no tengo que precisar un acontecimiento pasado. Lo que necesito es considerar el patrón presente de mi vida. Algunas personas tienen una falsa seguridad, porque si bien recuerdan un acontecimiento pasado, sin embargo su vida no sigue un patrón de justicia. Así que no se preocupe si no puede ubicar el momento específico en el cual haya aceptado a Cristo. En lugar de ello, enfoque su atención en su estilo de vida presente y en sus actitudes.

## La tentación

Otra razón por la cual muchos creyentes carecen de seguridad, es porque tienen conciencia de los intentos que hace su carne no redimida por salir a flote, por lo cual se preguntan si en realidad tienen una nueva naturaleza. Como cristianos que moramos en este mundo caído, somos nuevas criaturas encerradas en una carne no redimida. En efecto, «nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo». Cuando el Señor regrese, «también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Ro. 8:23, 21).

Sin embargo, hasta que venga el día de la liberación, ocasionalmente nos acercaremos a Romanos 7, la batalla entre la carne y el espíritu, haciendo lo que no queremos hacer, y no haciendo aquello que deseamos. Si el pecado ejerce presión en cualquier punto de su vida, su seguridad empezará a tambalearse. Entonces se preguntará: *¿me habré arrepentido lo suficiente? ¿Lamento de veras mi pecado? ¿Tengo suficiente fe?*

Es fácil leer Romanos 7 de una forma poco equilibrada. Si el lector enfoca su atención sólo en las partes en que dice: «Porque yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien», se convertirá en una persona muy introspectiva. La actitud de enfocar su atención en la carne, desviará su perspectiva y le llevará a ser demasiado negativo en lo que respecta a su condición espiritual. Mas si se enfoca sólo en las partes que dicen: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios» y «porque el querer el bien lo tengo a mi alcance», no sabrá tratar adecuadamente con la realidad de la carne.

Es necesario mantener un equilibrio. He aquí una sugerencia que seguramente le será de ayuda:

Pruébese a sí mismo de esta manera. Cuando vivía en el pecado se encontraba cómodo con ese estilo de vida. ¿Desea ahora verse liberado de él? Una vez tuvo confianza

en su propia bondad. ¿Se juzga ahora como un pecador ante Dios? Antes procuraba esconderse de Dios y se rebelaba contra Su autoridad. ¿Le busca ahora arrepentido, deseando conocerle, y rendir su vida a Él? Si honestamente puede decir «sí» a estas preguntas, es porque usted ya se ha arrepentido... Y recuerde, lo que cuenta no es la cantidad de arrepentimiento que tenga, sino el hecho de que se ha vuelto de su «yo» a Dios. Esta actitud es la que le coloca en el lugar donde Su gracia se hace efectiva por medio de Cristo Jesús.

Hablando en términos estrictos, ninguno de nosotros se ha arrepentido lo suficiente. Nadie se ha dado cuenta de la enormidad de su pecado, ni ve su culpa como Dios la ve, pero cuando nos juzgamos a nosotros mismos y confiamos en el Salvador que Él ha provisto, somos salvos por Sus méritos. Como recipientes de Su amor y bondad, el arrepentimiento se irá profundizando y continuará día a día, a medida que aprendemos más de Su infinita dignidad y nuestra propia indignidad (Ironsides, p. 89).

¿Puede ver los impulsos de la nueva naturaleza en su vida? Si es así, esta es una evidencia de su salvación. Si la voluntad de Dios ha venido a ser su más grande gozo, y la sumisión a Su señorío es su mayor deleite, usted es ciertamente un hijo de Dios —no importa con cuánta frecuencia sienta la presión del pecado.

### Las pruebas

Algunos cristianos se vuelven espiritualmente inestables porque no pueden ver la mano de Dios en todas sus pruebas. Dicen cosas así: «¿Cómo puede Dios amarme y permitir que me venga esto? ¿Cómo puede Él llevarse a mi marido —o a mi esposa, o hijo? ¿Cómo no oye mi oración y me libera? ¿Dónde está Dios cuando le necesito?» Los creyentes que razonan de

esta manera, no sólo se sumergen a sí mismos en la duda, sino que además pierden lo que es realmente la base más fuerte para su seguridad —la fe probada.

¿Recordáis Romanos 5:1-5? «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio del cual hemos obtenido también entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado». Hemos de regocijarnos en nuestras pruebas, porque ellas producen en nosotros esperanza y seguridad. «Hermanos míos», dice Santiago, «tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Stg. 1:2-4). Las pruebas de la vida no deben hacerle dudar, pues son demostraciones divinas del amor y el poder de Dios a su favor. Él es quien se ocupa de sacarle enriquecido a través de ellas.

En todas las contingencias que debe soportar en esta vida, recuerde siempre esto: «Porque Dios no es injusto para olvidarse de vuestra obra y del trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas» (He. 6:10-12). Enfrentese a sus dificultades siendo diligente y paciente. Como recompensa obtendrá la esperanza y una completa seguridad.

Las pruebas son el crisol en el cual se forma la seguridad. ¿Recordáis la gran declaración de Pablo, que dice que nada

puede separarnos del amor de Dios? Observad el contexto de esta seguridad: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día; somos considerados como ovejas de matadero» (Ro. 8:35-36). Pablo había experimentado todo eso y mucho más –mirad su autobiografía en 2ª Corintios 11– pero aún así, estaba seguro de su relación con Dios. ¿Qué es lo que le convence de su salvación? Ojalá sea la Palabra de Dios y su fe probada.

### La carnalidad

Una de las formas más importantes en que el Espíritu Santo ministra a los creyentes, es dándoles la seguridad de su salvación. Un creyente que no está viviendo por medio del poder del Espíritu, se pierde este importante ministerio. Miremos otra vez el pasaje de Romanos 8:15: «Pues no habéis recibido espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!» Este término «Abbá», es el equivalente a nuestro «Papá». Hemos sido adoptados en la familia de Dios y tenemos una íntima relación con Él. ¿Cómo sabemos que esto es verdad? Porque «El Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» (vs. 16-17).

En Roma era muy común adoptar niños, y cada adopción tenía que ser verificada por siete testigos. Este requisito era para asegurarse de que alguien estaría presente para confirmar la legitimidad del heredero en relación a su herencia.

¿Cómo el Espíritu le da testimonio de que usted es un hijo de Dios? De diferentes maneras, algunas de las cuales ya hemos visto en el capítulo anterior. La primera, es iluminando

la Escritura para que usted pueda entenderla. En 1ª Corintios 2:9-10, Pablo dice: «Antes bien, como está escrito: cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios.» A medida que estudie estas promesas en la Palabra de Dios, el Espíritu hará que sean reales en su vida.

La segunda forma en que El Espíritu da testimonio de que usted es un hijo de Dios, es por medio de la salvación. Como habrá notado anteriormente, el Apóstol Juan escribió: «En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testimoniamos que el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios» (1ª Jn. 4:13-15).

Otra manera en que el Espíritu nos da testimonio de que somos hijos de Dios, es acercándonos a la comunión con Él. «Y por cuanto sois hijos», dice Pablo, «Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abbá, Padre!» (Gá. 4:6). El Espíritu produce en nosotros la oración, la alabanza, y la adoración –un clamor que se eleva a Dios, nuestro Padre Celestial.

Hay aún otra forma en que el Espíritu nos da el testimonio de que somos hijos de Dios, y es por el fruto espiritual que produce en nosotros: «... amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio» (Gá. 5:22-23). La carne ciertamente no produce estas cosas. Conoce la concupiscencia, pero no el verdadero amor; la alegría momentánea, pero no el verdadero gozo. Conoce un momento de calma, pero no una profunda paz interior. El fruto del Espíritu es una clara e importante evidencia de que usted pertenece a Dios. Esta es la obra de Su gran poder en su corazón, a través del evangelismo y otros ministerios cristianos (ver Hch. 1:8).

Finalmente, para concluir este tema, miremos lo que dice

Thomas Brooks: «El Espíritu es el gran revelador de los secretos del Padre, Él está en el seno del Padre, sabe cada nombre de los que están escritos en el libro de la vida; está familiarizado con las obras de Dios hacia los pobres pecadores; es el gran Consolador y el único que sella nuestras almas para el día de la redención. *Si usted contrista con una vida de pecado, a Aquel que puede darle el gozo celestial, ¿quién se lo dará?*» (*Heaven on Earth*, p. 152, letras cursivas añadidas). Si usted anda en la carne y contrista o apaga al Espíritu, se produce una interrupción en Su ministerio, y en consecuencia su vida se ve privada de seguridad.

### La desobediencia

Tal vez la desobediencia es la razón más obvia por la cual el creyente carece de la seguridad de su salvación, porque esta seguridad es una recompensa a la obediencia. El autor de Hebreos destaca esta importante conexión: «acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo los corazones purificados de mala conciencia, y los cuerpos lavados con agua pura» (He. 10:22). Bien se ha dicho que los altos niveles de seguridad, no pueden ser disfrutados por aquellos que persisten en permanecer en los bajos niveles de obediencia. Vivir en pecado es vivir en la duda.

Veamos el testimonio de Charles Spurgeon:

Cuando peco y deseo sobreponerme a ese pecado, el diablo viene a mí y me susurra, «¿Cómo puedes ser una persona perdonada y aceptada ante Dios si aún sigues pecando de esta manera?» Si le escucho, entonces caeré en el desánimo, y si continúo en ese estado, pasaré a la desesperación y cometeré pecados con más frecuencia que antes. Pero en esos momentos, Dios en Su gracia, le dice a mi alma: «Tú has pecado, pero acaso, ¿no vino Cristo a salvar a los pecadores? Tú no eres salvo por ser religioso, pues Cristo murió por los impíos». Luego oigo a mi fe, que

me dice: «Aunque has pecado, tienes un abogado con el Padre, al Señor Jesucristo, el Justo, y a pesar de que eres culpable, has sido salvo por la gracia y aún puedes ser contado entre los Hijos de Dios.» Luego siento que mis lágrimas comienzan a fluir y me digo: «¿Cómo podría pecar contra mi Dios que ha sido tan bueno conmigo? Ahora voy a vencer ese pecado.» Entonces, con la convicción de que soy un hijo de Dios, adquiero fuerzas para luchar contra el pecado.

He aquí una forma práctica de tratar con el pecado: Elimine un pecado mayor en su vida y podrá solucionar el resto con facilidad. Cuando en la guerra matan al general, las tropas se dispersan. Pensad lo que ocurrió cuando David mató a Goliat. Por los medios disponibles de la gracia que usted tiene como creyente, elimine aquellos pecados que sabe que son más familiares y que tienen más fuerza en su vida, y muy pronto los otros también desaparecerán. Cuando vuelva a caer en algún pecado, dispóngase rápidamente a conquistarlo y apercíbase de que Satanás tratará de hacerle dudar de su salvación. Descanse en la gracia salvadora de Dios, y se sentirá fortalecido para la batalla.

### Un ejercicio práctico

Si a usted le falta seguridad –si está plagado de dudas, si ha perdido su gozo, si se ha convertido en una persona inútil en el servicio cristiano, si está vacío en la adoración, frío en la alabanza, sin fervor en la oración, y vulnerable a las falsas enseñanzas y a los falsos maestros–, sepa que hay una cura: obedecer la Palabra de Dios en el poder del Espíritu Santo.

Ahora dé un paso adelante, aplicando una vieja técnica que le ayudará a pensar, basándose en lo que enseña la Palabra de Dios sobre la seguridad. Es un proceso de preguntas y respuestas conocido como catecismo –la palabra griega

*katacheō*, significa «hacerse eco». De modo que debe hacerse eco de la verdad de Dios, a medida que lenta y cuidadosamente lee lo que voy a exponer en voz alta (adaptado parcialmente de Puritan William Guthrie's *The Christian's Great Interest*, Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1982, pp. 193-96).

Pregunta: *¿Cuál es el deber esencial que una persona tiene en este mundo?*

Consumar una relación de salvación con el Señor Jesucristo, que significa reconocer Su obra en la cruz y Su resurrección de entre los muertos como la expiación satisfactoria por el pecado, y luego, andar de acuerdo con esa relación.

Pregunta: *¿Tienen todos los miembros de la iglesia una relación de salvación con el Señor Jesucristo?*

No, sólo aquellos que han sido verdaderamente salvos.

Pregunta: *¿Cómo puedo estar seguro de que tengo esa relación de salvación?*

Porque el Señor habrá hecho en su alma Su soberana voluntad, la de llamarle por medio de una obra de convicción y humillación, para que pueda descubrir su pecado y su miseria. Habiendo sido conmovido tan profundamente y viéndose amenazado por esa verdad, habrá deseado ardientemente recibir al Salvador.

Pregunta: *¿Cómo puedo saber si he descubierto y admitido suficientemente mi pecado?*

Teniendo la salvación en su corazón por encima de cualquier otro propósito en su vida. Esto hará que Cristo, su Redentor, sea muy precioso para su alma. Además, le hará temer al pecado, producirá en usted el arrepentimiento y le hará ser salvo en los términos de Dios.

Pregunta: *¿De qué otra manera se puede discernir una relación de salvación con Cristo?*

Es un afecto fuerte y seguro que vamos sintiendo hacia

Cristo, a medida que Él se nos revela progresivamente en el Evangelio. Un amor tal es consecuencia de una fe salvadora.

Pregunta: *¿Hay otras marcas que evidencian una relación con Cristo?*

Usted es verdaderamente salvo, cuando ha sido transformado en una nueva persona, cambiada y renovada por la gracia de Dios. Esto se evidencia por un deseo de eliminar el pecado y gobernar su vida en obediencia a las justas demandas de Dios.

Pregunta: *¿Qué ocurre si el pecado prevalece sobre mí?*

Cada pecado merece un castigo eterno, pero si confiesa regularmente sus pecados con un arrepentimiento sincero ante Dios –acudiendo a Cristo para recibir el perdón por todas las iniquidades conocidas y desconocidas– Él le dará Su misericordia y le perdonará, porque usted está en la gracia, y su salvación es segura ahora y por la eternidad.

Pregunta: *¿Qué ocurre si mis pecados son serios y se repiten constantemente?*

Cualquiera sea el pecado, el Señor Jesucristo ha pagado el precio por él o ellos, de manera que si usted se vuelve a Él sincera y fervientemente con fe y arrepentimiento, nunca entrará en la condenación. Más aún, Su provisión llena de gracia para aquellos que creen, incluye el poder para vencer al pecado y vivir rectamente.

Pregunta: *¿Es la fe el único requisito para la salvación?*

Sí, es la única base sobre la cual Dios ofrece paz y perdón a la humanidad. Sin embargo, la fe –si es genuina– no estará sola en el alma, sino que siempre irá acompañada por un verdadero arrepentimiento y un ferviente deseo de conformarse a la voluntad y a los caminos de Dios.

Pregunta: *¿Cómo puedo estar seguro de que he arreglado mi destino eterno con el Señor?*

Expresé con su boca a Dios lo que el Espíritu Santo a través de las Escrituras, le ha guiado a creer en su corazón.

*Pregunta: ¿Cuáles son los resultados de una relación con el Señor Jesucristo?*

La unión y la comunión con Dios en esta vida y la bendita comunión con Él en la gloria eterna.

*Pregunta: ¿Cómo puedo llegar a tener la total seguridad de que poseo una relación tal?*

Afirmando las promesas de Dios como están reveladas en las Escrituras, por el testimonio interno del Espíritu, y manifestando un fruto real y justo, nacido del amor por Cristo y un deseo de darle a Él el honor y la gloria.

# 7

## Añadiendo virtud sobre virtud

**E**n el verano de 1980, disfruté de mi «año sabático»; tres meses de vacaciones de mi labor en Grace Church. Cuando salí de esa iglesia, tuve el presentimiento de que tal vez no volvería más.

Había estado ministrando a esa congregación durante once años. Haciendo comparaciones, ese es un período de tiempo muy largo: ¡He oído que la mayoría de los pastores están en una iglesia un promedio de dos años! Recuerdo que en aquel momento pensé que le había enseñado a mi congregación todo lo que sabía, y que tenía miedo de aburrirles una y otra vez con los mismos temas.

Sin embargo, durante mi período de vacaciones, el Señor me hizo volver a considerar mis prioridades y reafirmó Su llamado a mi ministerio en Grace Church. Aquel verano sentí un aire renovador. Volví dispuesto a trabajar en la obra con un vigor restaurado y nuevas emociones.

¿Qué ocurrió? el Señor me enseñó la importancia de ser

usado para recordar a los creyentes las verdades que ya conocían. Sentí una nueva dedicación y perspectiva en mi ministerio, basadas en mi lectura de la Segunda Epístola de Pedro. Realmente me emocioné al darme cuenta de que el Señor había llamado a Pedro, para hacer lo mismo para lo cual me había llamado a mí.

He aquí lo que Pedro dijo a su iglesia: «Por esto, no descuidaré el recordaros siempre estas cosas, aunque las sepáis, y estéis afianzados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el estimularos con este recuerdo; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas» (2ª P. 1:12-15). He estado en mi iglesia durante veinte años. Si me es posible, estaré allí aún por un período de tiempo más largo, reforzando la verdad, así como lo hizo Pedro.

Dios llama a muchos individuos a esta tarea, y existe para ello una buena razón: es increíblemente fácil olvidar la verdad espiritual. Eso es lo que sumió en un gran caos a la nación de Israel. Al principio de la historia, Dios le dijo a Su pueblo que temía que una vez entraran en la Tierra Prometida, se olvidaran de Él (Dt. 8:14), y eso fue exactamente lo que ocurrió.

### **El recuerdo**

El recuerdo es un aspecto vital del ministerio cristiano. Como primer ejemplo, podemos citar la celebración de la comunión en la Mesa del Señor. Celebramos la Santa Cena, para recordar o tener memoria del Señor Jesucristo y Su sacrificio a nuestro favor. Es un desafío para combatir la indiferencia que acarrea la familiaridad con estas reuniones.

Dios ha dotado al cerebro humano, con la capacidad de reforzar la verdad espiritual. Cuando nos alimentamos continuamente con la Palabra de Dios, respondemos con una

actitud espiritual casi de forma involuntaria. Al hacerlo, nuestro cerebro se convierte en nuestro amigo. Ahora bien, si nos alimentamos de cosas impuras, este mismo cerebro puede convertirse en nuestro enemigo.

Thomas Fuller, un ministro del Señor del siglo pasado, escribió de forma vehemente sobre esta realidad. Tal vez mis lectores puedan relacionarse personalmente con esta lucha: «Hace casi veinte años, oí una broma profana que aún recuerdo. ¿Cuántos pasajes píos aprendidos en fechas posteriores, he olvidado completamente? Es como si mi alma fuera un pozo sucio, donde los peces mueren pronto y las ranas viven mucho tiempo. Señor, quita esta broma profana de mi memoria. No dejes ni una sola letra de su recuerdo, de modo que mi carne corrupta no vuelva a rememorarla. Y además, escribe alguna meditación pía en su lugar y concédeme el ser cuidadoso en el futuro, y no volver a admitir aquello que encuentro tan difícil de expulsar» (Autor desconocido). Esta es una buena oración. La Escritura nos advierte que guardemos nuestros corazones y nuestras mentes (Pr. 4:23-27), porque es muy fácil recordar lo malo y olvidar lo bueno.

Por esta razón, el Señor llamó a Pedro para que les recordara a los creyentes las cosas importantes de Su Palabra, y aún hoy día sigue llamando a Sus siervos para el mismo propósito. Pedro dijo, «Por esto, no descuidaré el recordaros siempre *estas cosas*» (2ª P. 1:12). ¿Qué cosas? ¿Qué es tan importante, que nosotros debemos recordar? ¿De qué habla Pedro en los versículos 1-11? En dicho pasaje leemos lo siguiente:

«Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y

excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en orden al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que carece de estas cosas, tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo».

Pedro estaba muy preocupado, porque quería que sus lectores disfrutaran de la seguridad de su salvación. Por este motivo, comenzó su segunda carta con este discurso sobre la salvación. Es crucial entender bien este aspecto, si queremos tratar adecuadamente con los falsos maestros, en contra de los cuales Pedro les advirtió a aquellos creyentes en el resto de la carta.

Los expertos nos dicen que tal vez las víctimas más explotadas por las sectas, son los cristianos inseguros, que dudan de su salvación. Los falsos maestros tienen formas de hacerlos sentir miserables y confundidos, pero a aquellos que están confiados en su salvación —en las riquezas espirituales que Cristo les ha dado, y asegurados en su verdadero conocimiento del Salvador— estos falsos maestros no tienen nada que ofrecerles.

En 2ª Pedro 1:1, Pedro menciona cuál es la fuente de la salvación: «la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo».

En el versículo 2, especifica la substancia de nuestra salvación, la cual se predica con una gracia multiplicada. En los versículos 3 y 4, el apóstol describe la suficiencia de nuestra salvación: tenemos «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad». En los versículos 5-11, Pedro proclama la certeza de nuestra salvación, la cual es el resultado de poner en buen uso todos los recursos espirituales que tenemos, añadiendo virtud sobre virtud.

### Diligencia

La virtud comienza la lista en el versículo 5, indicando que hemos de aplicar toda nuestra diligencia. Ahora bien, esto puede parecer un poco raro después de leer el contenido de los versículos 3 y 4, que hablan acerca de las buenas cosas que Dios ya ha hecho por nosotros. Tal vez el lector espera que la próxima declaración sea algo así, «Permita que la vida continúe y deje actuar a Dios. Relájese y espere que Él lo haga todo». Pero no es así. Pedro dice que hay que poner el máximo esfuerzo de nuestra parte, para equiparnos adecuadamente (del griego *epichoregein*) con una serie de virtudes. William Barclay lo explica de esta manera:

Este verbo griego viene del nombre *choregos*, que literalmente quiere decir, *el líder de un coro*. Tal vez el don más grande que Grecia y especialmente Atenas, ha dado al mundo, fueron las grandes obras de hombres como Aeschylus, Sófocles y Eurípides. Aún hoy, Grecia ostenta este arte como una de sus más ricas posesiones. Todas las obras clásicas griegas necesitaban estar acompañadas por grandes coros, por lo cual su puesta en escena resultaba muy cara.

En los días de oro de Atenas, había ciudadanos con talentos adecuados, que voluntariamente escogían ese deber, cargando ellos con los gastos de escoger, mantener, preparar y equipar esos coros. En los grandes festivales

religiosos se ponían en escena estas obras, en las que la participación del coro era importantísima. Por ejemplo, en la ciudad de Dionisia se produjeron tres tragedias, cinco comedias y cinco ditirambos. A los hombres que tomaban a su cargo esta ocupación y la sostenían de su propio bolsillo por amor a su ciudad, se les llamaba *choregoi*...

Esta palabra tiene en sí el sentido de la abundancia. No significa equipar de una forma miserable, sino derramar en abundancia todo lo que sea necesario para llevar a cabo la tarea de forma adecuada. *Epichoregein* no sólo significa equipar un coro, sino ser responsable de cualquier clase de equipamiento. Puede también significar el hecho de equipar un ejército, con todas las provisiones necesarias. Y da a entender el hecho de equipar el alma con todas las virtudes necesarias para la vida (*The Letters of James and Peter*, rev. ed., Philadelphia: Westminster, 1976, pp. 298-99).

Volvamos al versículo 5: «vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe». Necesita venir diligentemente al Señor en aquella fe que le hizo creer en Cristo, contando con la obra que Él ha hecho a su favor, y además, hacer todo lo posible *de su parte*. Esta actitud es lo que le llevará a tener la seguridad de su salvación durante toda su vida.

¿Qué necesita entonces buscar un creyente, para experimentar la seguridad de su salvación? En los versículos 5-7, Pedro lo deja bien claro: virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor.

## Virtud

Empecemos con la virtud, o como se traduce en algunas versiones inglesas, la «excelencia», o más específicamente, la excelencia moral. El término griego *arete*, también se traduce como «virtud». En los tiempos de la Grecia clásica, se hacía

referencia a este vocablo para señalar la habilidad dada por Dios para llevar a cabo hechos heroicos. Se refiere a aquella cualidad en la vida de una persona, que hace que la misma sea excelente. También puede referirse a un objeto. Se dice que un cuchillo es *arete* cuando corta bien. Un caballo era *arete*, si además de ser fuerte, corría muy rápido. Un cantante era *arete*, si cantaba bien.

Este término no se refiere nunca a una virtud encerrada o puesta en un vacío. No es una actitud, sino una acción. Algunos han sugerido que puede significar una energía moral. Los expertos en el léxico, temen que alguien piense que la palabra tiene un significado estático, cuando en realidad no es así. Esta energía moral nos da el poder para llevar a cabo obras de excelencia.

Permita el lector que le haga una sencilla pregunta: ¿Quién es nuestro modelo para esta clase de excelencia? El Señor Jesucristo. Pablo describe la búsqueda de la excelencia por parte del creyente, como prosiguiendo «hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fi. 3:14). La excelencia espiritual consiste en procurar la semejanza a Cristo. Nunca se dé por vencido en este propósito. Como dijo Pablo a los tesalonicenses: que «así abundéis más y más» (1ª Ts. 4:1).

## Conocimiento

La virtud no puede darse en un vacío. En su corazón debe haber conocimiento. El término griego *gnosis* se refiere al interior, al discernimiento y a la verdad bien entendida. En primer lugar, debemos entender cómo conducimos adecuadamente antes de que podamos hacer algún progreso en ello. La virtud depende del *gnosis*, el conocimiento de un carácter y una calidad más elevados.

Es alarmante darse cuenta de que nuestra cultura tiene más interés en la emoción, que en el conocimiento y el pensamiento.

controla sus deseos, antes de permitir que éstos le controlen a usted.

¿Cómo se logra esto? He aquí algunas sugerencias prácticas que me han ayudado a través de los años:

#### 1. *Empiece por poco*

Empiece con su habitación u oficina. Límpiela, y continúe manteniéndola limpia. Cuando haya algo fuera de lugar, acostúmbrese a ponerlo en el sitio donde pertenece. Luego extienda esa disciplina de orden y limpieza al resto de su casa.

#### 2. *Sea puntual*

Es posible que esto no suene muy espiritual, pero es realmente importante. Como dijo Benjamín Franklin en *Poor Richard's Almanac*, (El pobre almanaque de Richard), «¿Amáis la vida? Entonces no perdáis el tiempo, pues la vida está hecha de él» (junio 1746). Este no es solamente un bonito sentimiento, sino un principio escritural (ver Ec. 8:6; Ef. 5:15-16). Si tiene que estar en alguna parte a cierta hora, esté allí puntualmente. Desarrolle la habilidad de disciplinar sus deseos, actividades y demandas, de modo que pueda llegar a la hora indicada.

#### 3. *Haga el trabajo más duro en primer término*

Haciéndolo así, evitará que el trabajo más fatigoso quede sin hacer.

#### 4. *Organice su vida*

Planee sus actividades, y no se limite a reaccionar repentinamente frente a las circunstancias. Use un calendario y haga diariamente una lista de las cosas que necesita llevar a cabo. Si usted no controla su tiempo, todas las demás cosas acabarán por controlarle.

#### 5. *Acepte la corrección*

La corrección le ayudará a ser más disciplinado, enseñándole aquello que debe evitar. No rehúya a las críticas, sino

acéptelas de buen grado. Es posible que no se tape los oídos, pero hay maneras más sofisticadas de huir de las críticas. ¿Interrumpe, rojo de ira, a la persona que le está criticando, o comienza a señalar sus faltas? Esa persona, por ser humana, puede tener muchos fallos, pero usted está hablando fuera de lugar. Dé a su interlocutor un poco de crédito por haber sido lo suficientemente valiente como para hablarle a usted directamente, cuando hubiera sido mucho más fácil no hacerlo. Escuche pacientemente, con calma y con una expresión razonable y placentera en su rostro —no mire hacia otro lado, ni manifieste otras señales de frustración—. No hable hasta que la persona haya terminado, y cuando lo haga, agradezca a su interlocutor por haber tenido el suficiente interés en usted como para hablarle. Discúlpese si la ocasión es adecuada, y tome en serio lo que se le ha dicho de corazón.

#### 6. *Practique la autonegación*

Aprenda a decir «no» a sus sentimientos, haciendo aquello que sabe que está correcto, aun cuando no sienta deseos de hacerlo. De vez en cuando niéguese aun cosas que son correctas, para recordar que su cuerpo no es el jefe. La próxima vez que quiera un gran helado, pida en su lugar un té frío, o un agua mineral, ¡aunque sea una persona delgada! Es posible que esto le parezca algo tonto, pero he experimentado que el hecho de cultivar la disciplina en el terreno físico, abre el camino para poder hacerlo luego en el terreno espiritual.

#### 7. *Adquiera responsabilidad*

Cuando surja la oportunidad de hacer algo y tenga un talento especial en dicha especialidad, ofrézcase como voluntario para hacerlo. Cultive su responsabilidad para organizar su propia vida.

La virtud debe ir acompañada del conocimiento o discernimiento espiritual, y éste, del dominio propio. Las falsas enseñanzas pervierten la progresión lógica y moral. Los falsos

maestros afirman que su verdad y conocimiento secreto, les libera de la necesidad del dominio propio. Sin embargo, el apóstol Pedro nos enseña que cualquier teología que separe la fe de la conducta, es una herejía. El dominio propio es una de las grandes virtudes cristianas.

## Paciencia

También la paciencia es una importante virtud cristiana, y es consecuencia del dominio propio. El término griego que se usa en 2ª Pedro 1:6, *hupomone* se refiere a la paciencia, resistencia o perseverancia, cuando se hace lo que está correcto, sin caer en la tentación ni darse por vencido en medio de las dificultades. Michael Green comenta lo siguiente: «El cristiano maduro no se da por vencido. Su cristianismo es como la luz permanente y quemante de una estrella, y no como el haz de luz efímero y fugaz de un meteoro» (*The Second General Epistle of Peter and the General Epistle of Jude*, Grand Rapids: Eerdmans, 1968, p. 69).

Los expertos en el léxico dicen que la palabra *hupomone*, es un término algo difícil de precisar o traducir con exactitud. Realmente no existe un equivalente exacto en inglés, y tal vez tampoco lo haya en la lengua castellana. No es una palabra muy común en el griego clásico, pero se usa frecuentemente en la Escritura, para describir los problemas y dificultades que vienen paulatinamente sobre una persona contra su voluntad, haciendo que la vida sea extremadamente difícil y penosa. Hasta lleva en sí mismo el pensamiento de la muerte. En los libros apócrifos de Macabeos, se refiere al poder permanente espiritual que capacita a los hombres a morir por su fe en Dios, como lo hicieron en la Revolución Macabea, conmemorada cada año en la celebración de Hanukkah.

William Barclay notó que *hupomone*

Se traduce frecuentemente como paciencia, pero esa palabra es demasiado pasiva. Cicerón define al término

*patientia*, su equivalente en latín, como: «El sufrimiento diario voluntario de las cosas difíciles, por causa del honor y la utilidad». Dídimo de Alejandría, escribe sobre la tentación de Job: «No es que el hombre justo deba existir sin sentimientos, aunque debe llevar pacientemente las cosas que le afligen; pero la verdadera virtud se manifiesta cuando un hombre siente profundamente las cosas contra las que lucha, pero sin embargo desprecia las penas y dolores por amor a Dios».

*Hupomone* no se refiere simplemente al hecho de aceptar y soportar; sino que involucra una mirada hacia adelante en medio de la acción.

Hebreos 12:2, nos dice: «... el cual por el gozo puesto delante de él soportó la cruz, menospreciando el oprobio, y está sentado a la diestra del trono de Dios». He aquí el verdadero significado de *hupomone*, la auténtica firmeza cristiana. Es la aceptación valerosa de todo aquello que la vida pueda acarrear, y la disposición para cambiar el acontecimiento más negativo, en un paso más que nos guíe hacia arriba (p. 303).

## Piedad

Esta admirable perseverancia, va acompañada de la piedad (2ª P. 1:6). En 1ª Timoteo 6:6, Pablo nos dice que «gran fuente de ganancia es la piedad acompañada de contentamiento». La palabra «piedad» (del griego *eusebeia*), se usa a menudo en las Epístolas Pastorales, y se refiere a la reverencia o a la misma piedad. Me gusta pensar acerca de ella como la semejanza a Dios. Hay verdaderamente una gran ganancia en reflejar la naturaleza de Dios, y estar contento con la forma en que el Señor ha dispuesto las cosas en nuestro camino.

*Eusebeia* nos habla de una conciencia práctica de Dios en cada área de la vida. Se acostumbraba a traducir este vocablo como «verdadera religión». Josefo, el historiador judío del

primer siglo, lo contrastaba con la palabra que se usaba para el término idolatría. *Eusebeia* le da a Dios su justo lugar, adorándole como Él se lo merece. La idolatría hace exactamente lo opuesto.

Me siento muy triste por el estado de idolatría en el que está sumido mi país, los Estados Unidos de Norteamérica. Al ir viajando durante mi período de vacaciones por varias iglesias, he visto muy poco de lo que bíblicamente podría considerar como una adoración verdadera. He sido testigo de una gran cantidad de rituales, programas y rutinas eclesiológicas, pero puedo afirmar que la auténtica reverencia a Dios, es algo muy escaso. Cuando predicaba mis mensajes sobre la gloria de Dios y la verdadera adoración, la gente me decía, «Nunca antes hemos oído algo así». Esto me entristeció tanto, que me dispuse a escribir un libro entero sobre el tema de la adoración (*The Ultimate priority*) Chicago: Moody, 1983).

Ahora bien, mi iglesia no es inmune a este problema. Recuerdo que alguien me habló del temor que tenía de que Grace Church, una iglesia grande, se convirtiera en una especie de negocio con toda clase de políticas y programas. Si en realidad lo somos, que Dios nos ayude, porque terminaremos tan muertos como la iglesia de Sardis (Ap. 3:1).

El punto crucial de la adoración, es mucho más que la actividad formal de una iglesia, y es personal antes de ser público. El creyente no ha de amar y adorar a Dios por medio de un hermoso templo y una excelente música de órgano, sino con una vida de reverencia y de devoción a Su santa voluntad. Hemos de decir con David: «A Jehová he puesto siempre delante de mí» (Sal. 16:8).

Los falsos maestros son irreverentes, irreligiosos e impíos, pero los verdaderos cristianos buscan una conciencia práctica de Dios en cada detalle de sus vidas. Cualquiera sea la iglesia a la cual pertenezca, recuerde poner al Señor siempre delante suyo y adorarle como Él se lo merece.

## Amor

En 2ª Pedro 1:7, vemos que la piedad lleva a las virtudes que Pedro describe como afecto fraternal y amor. El amor a Dios nos guía al amor hacia los demás –los dos grandes mandamientos según el Señor Jesús (ver Mateo 22:36-40), tal vez porque constituyen la suma de los Diez Mandamientos–. El apóstol Juan habla claramente sobre la conexión que hay entre ambos: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1ª Jn. 4:20). ¡No existe concepto más práctico acerca del amor cristiano!

Sin embargo, siempre encontrará gente que espiritualiza el amor dentro de un término carente de verdadero significado. Tal vez ha oído decir a alguien: «Yo amo a fulano de tal en el Señor». La traducción es la siguiente: «Esa persona me exaspera, pero como es un creyente, tengo que amarlo.» Ese no es un amor como el de Cristo. Amar a alguien en el Señor, es amarle como el Señor Jesús ama a esa persona –de forma genuina y sacrificada.

Durante mi período de vacaciones, he aprendido mucho sobre el amor sacrificado. Mi esposa y yo seleccionamos el siguiente versículo, como lema familiar al comenzar nuestro viaje: «... en cuanto al honor, dando la preferencia los unos a los otros» (Ro. 12:10). Con cuatro niños en una furgoneta durante noventa días, ¡era necesario vivir bajo la guía de un versículo como éste!

El amor es práctico. El «amor fraternal» (2ª P. 1:7), es una traducción de la palabra griega *philadelphia*. Pienso que la mejor traducción de la misma es «amistad». Hemos de ser afectuosos los unos con los otros. Uno de mis más grandes temores, es que la gente venga a Grace Church y se siente en los bancos, sin desarrollar ninguna relación humana. Hay algunas personas que acuden solamente a escuchar al predicador y porque les gusta la música. Luego se marchan y siguen su camino. En una iglesia grande es fácil que esto

sucedan, pero no hemos de comportarnos así, sino que es necesario añadir amistades a nuestra fe, y estar continuamente involucrados en el discipulado cristiano.

Por alguna razón, muchas personas creen que hay un gran misterio que rodea al discipulado —como si fuera algún programa secreto—. Sin embargo, el discipulado no es nada más que una amistad con una perspectiva espiritual. La conversación entre los discípulos no será acerca del estado del tiempo, sino que Dios ocupará el tema central. Ahora bien, como buenos creyentes, también debemos observar la forma en que nuestros amigos cristianos manejan los asuntos de la vida diaria. Construya una amistad, reúnanse por las casas o empiece una reunión de estudio bíblico, pero no se limite a un pequeño grupo, dejando fuera a todos los demás.

Cuando estaba en Delaware, durante mi período de vacaciones, hablé con un pastor que asistía a una de las conferencias anuales para pastores que teníamos en nuestra iglesia. Le pregunté qué era para él lo más importante de aquella conferencia. Su respuesta fue: «El amor de los hermanos, de los unos por los otros. Me conmoví hasta las lágrimas cuando les oí adorar a Dios en medio de un amor genuino». «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros» (Jn. 13:35).

Hay tres palabras griegas para el amor. *Eros* es el amor que toma. Una persona que exhibe su *eros*, ama a alguien por lo que puede conseguir de él. Es el típico amor del mundo —sexual y conspicuo, con una inclinación hacia la autogratificación—. *Phileō* es el amor de dar y tomar. En otras palabras, yo le amo por lo que puedo tomar de usted, y por lo que puedo darle. Es el típico dar y recibir de la amistad.

*Agape* es el amor que da. No hay nada que se pueda tomar de él, es un amor que no tiene nada de egoísta y busca el bien más elevado para la otra persona, no importa a qué costo. Ese amor ha sido demostrado por el sacrificio del Señor Jesús en la cruz a nuestro favor. Esta es la clase de amor al cual llevan las virtudes de 2ª Pedro 1.

¿A qué se parece este amor? Un recorrido por el Nuevo Testamento en busca de la expresión *los unos por los otros*, nos da una buena imagen. Hemos de:

- confesar nuestros pecados los unos a los otros (Stg. 5:16).
- perdonarnos los unos a los otros (Col. 3:13).
- llevar los unos las cargas de los otros (Gá. 6:2).
- reprendernos los unos a los otros (Tit. 1:13).
- consolarnos los unos a los otros (1ª Ts. 4:18).
- animarnos los unos a los otros a hacer lo bueno (He. 10:24-25).
- edificarnos los unos a los otros (Ro. 14:19).
- amonestarnos los unos a los otros (Ro. 14:15).
- someternos los unos a los otros (Ef. 5:21).
- instruirnos los unos a los otros (Col. 3:16).
- ser hospitalarios los unos con los otros (1ª P. 4:9-10).
- soportarnos los unos a los otros (Col. 3:12-13).
- orar los unos por los otros (Stg. 5:16).
- servirnos los unos a los otros (Gá. 5:13).

Todas estas expresiones de *los unos a los otros*, indican claramente las responsabilidades que tenemos como creyentes los unos para con los otros a lo largo de toda nuestra vida.

Cuando estudio la vida de nuestro Señor Jesucristo, veo en Él a alguien que estaba dedicado a la gente. Nuestro Señor se preocupaba por las personas, era sensible, les amaba e intervenía personalmente en la vida de los demás. El Señor Jesús trajo gozo a una boda, asistió a los borrachos que necesitaban ayuda, hasta el punto de que la gente falsamente empezó a acusarle de reunirse con ellos. Iba al encuentro de los débiles y de la gente poco importante, que nadie reconocía, y les hacía saber que para Él eran eternamente importantes. Él acudió junto a la gente perversa y hostil, revelando un amor que hizo posible dicho acercamiento.

Nosotros como iglesia debemos ser una comunidad amante, que comparta el amor los unos con los otros. A menudo

pensamos que si ocupamos nuestro lugar en el banco de la iglesia, ya hemos cumplido con nuestro deber espiritual. ¡Que Dios nos ayude si esa es nuestra perspectiva de lo que debe ser la iglesia! La iglesia de Cristo ha de caracterizarse por el amor de los unos para con los otros.

### Llevando fruto

Si la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la paciencia, la piedad, el afecto fraternal y el amor, «están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en orden al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (2ª P. 1:8). Si desea disfrutar de la seguridad de su salvación en toda su riqueza, procure diligentemente todas estas virtudes. ¿Por qué? Porque producen una vida cristiana fructífera, y esta clase de vida es un verdadero indicativo de la auténtica salvación. La abundancia del fruto del Espíritu, es el criterio que usó el Señor Jesús para hacer la distinción entre los verdaderos y los falsos (Mt. 7:15-20).

La palabra que se traduce por «ociosos», se usa en el discurso acerca de la fe que está muerta, en Santiago 2. Si añade la virtud a su vida, no estará muerto en lo que se refiere a su efectividad.

«Sin fruto», se refiere a la falta de productividad. Se usa también en Judas 12, para hablar de los apóstatas y los falsos maestros, quienes son como árboles sin fruto, y en Mateo 13:22, para señalar a aquella persona que tiene su corazón cubierto por malezas. Estos individuos rehúsan abandonar su mundanalidad y, por tanto, la simiente del Evangelio de Dios, no puede echar raíces en ellos. Cuando el creyente no está viviendo una vida virtuosa, ya no puede distinguirse de un apóstata o un mundano que simplemente siente simpatía por la iglesia.

«En orden al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo», significa que Pedro se estaba refiriendo a los verdaderos

cristianos, quienes poseen el verdadero conocimiento, el cual es totalmente opuesto al falso. A causa de este gran privilegio, usted como creyente tiene la capacidad de vivir una vida virtuosa (ver 2ª P. 1:3; Ef. 1:3). Cuando viva de esta manera, tendrá la completa seguridad de su salvación.

### Cuídese de la amnesia espiritual

En 2ª Pedro 1:9, el apóstol describe lo que ocurre cuando el creyente no vive una vida virtuosa. «Pero el que carece de estas cosas, tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.» El creyente ciego, no puede ver claramente, porque tiene miopía espiritual.

El participio griego modificador que se usa aquí, nos da la palabra *myopia*. Miopía es una condición del ojo en la cual los rayos paralelos se enfocan en la parte frontal de la retina. Los individuos que la padecen, enfocan las cosas en frente de ellos, pero cuanto más lejos miran, peor es su visión, porque las cosas distantes están fuera de foco.

Los creyentes que no llevan fruto, van espiritualmente a ciegas, porque su perspectiva está muy limitada. Enfocan su atención en las cosas de la tierra –las fantasías y las modas pasajeras de la época–. Cuando intentan mirar hacia la eternidad, ésta permanece fuera de foco, de manera que no pueden percibirla, y son víctimas de la miopía espiritual.

La palabra griega que se traduce por «purificación», es el origen de nuestro término *catharsis* –el cual es a menudo una alusión a una depuración interna o una limpieza profunda–. Estas personas han olvidado que fueron salvas de su vieja y pecaminosa manera de vivir, porque no ven en sus vidas un aumento de las virtudes espirituales.

Permitan mis lectores que lo ponga de una forma directa: Donde hay un aumento de la virtud moral, existe una evidencia de la salvación y una sólida base para la seguridad. Donde *no* hay un aumento de la virtud moral, *tampoco* habrá ninguna

evidencia de la salvación, ni base alguna para la seguridad de la misma. La seguridad está directamente relacionada con lo que ocurre en su vida.

Tenga cuidado: un fallo en seguir diligentemente la virtud espiritual, le producirá una amnesia espiritual y acortará la visión de su condición espiritual. Usted puede asociar alguna experiencia o actividad externa con el momento de su salvación, pero eso no bastará para hacerle sentir seguro. Richard Bauckham, autor del comentario bíblico *Word Biblical Commentary*, dijo lo siguiente: «El conocimiento de Jesucristo (v. 8), que se recibe en la conversión, viene como iluminación a aquellos que están ciegos en su ignorancia pagana (2ª Co. 4:4), pero los cristianos que no tienen las implicaciones morales de este conocimiento, vuelven a ser nuevamente ciegos» (vol. 50, *Jude, 2ª Peter*, (Waco, Texas: Word 1983, p. 189). Esta clase de olvido lleva a una repetición de los antiguos pecados.

### Crecer espiritualmente

¿Cómo evitar esta suerte? Pedro responde a la pregunta de esta manera: «Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás» (2ª P. 2:10). Este versículo se parece bastante al versículo 5, que dice que seamos más diligentes, es decir, que apliquemos toda diligencia. El resultado requerirá un esfuerzo aún mayor.

Ahora bien, usted no necesita recordarle a Dios que esté seguro acerca de Su llamamiento y Su elección en lo que respecta a su persona. Él está bien seguro acerca de Sus escogidos, pues ha escrito nuestros nombres en el Libro de la Vida del Cordero antes de la fundación del mundo. El problema aquí no es Dios, sino *usted*. Cuando al llevar fruto, usted manifiesta la realidad de su salvación, nunca caerá de la confianza, para ir a parar en las garras de la duda.

No hay nada peor que tener miedo al infierno, pensando que en realidad no se es salvo. Yo realmente disfruto de la vida. Amo a mi esposa, a mi familia y a mis amigos. Disfruto de mi iglesia y de los hombres y mujeres que son parte de la comunión de los santos. Soy una persona muy feliz, pero si en algún momento tuviese dudas acerca de mi salvación, no podría disfrutar de un solo día de mi existencia, porque viviría en el temor. Como consecuencia de tener confianza en el futuro, me siento libre para disfrutar de cada día de mi vida, como un don de Dios. Usted puede hacer lo mismo.

En términos más sencillos, la manera de estar seguro de su salvación, es crecer espiritualmente, cosa que podrá hacer cuando «practique», como dijo Pedro, la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la paciencia, la piedad y el amor. Si lo hace así, evitará caer en la duda, la desesperación, la depresión, la pena y el miedo, y siempre tendrá confianza y gozará de una seguridad total. Entonces estará seguro de su llamamiento y elección porque verá los frutos espirituales en su vida.

### Disfrute de una gran recompensa espiritual

Esta sí que es una gran bendición, en realidad más grande de lo que pueda pensar en un primer momento. Pedro lo dice en 2ª Pedro 2:11: «Porque de esta manera os será otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.» Este versículo requiere un estudio muy cuidadoso.

Al aconsejarnos que sigamos la virtud, Pedro no sólo quiere decir que podemos disfrutar de la seguridad aquí en este mundo, sino que además recibiremos una recompensa eterna en la vida venidera, lo cual es la meta de nuestra peregrinación espiritual. Algunas personas piensan que podemos venir a Cristo y creer en Él en un momento de la vida, y luego vivir como nos plazca. Hay quienes también dicen que está bien seguir la virtud moral, pero que si alguien no lo hace, igualmente entrará al cielo.

Si es usted un verdadero cristiano, pero no procura con diligencia seguir la virtud moral, vivirá en la duda y la desesperación, preocupándose acerca de su condición espiritual. Por el hecho de no ver un aumento de la santidad en su vida, se preguntará si es realmente salvo. En el futuro, usted entrará al reino de Dios, pero se dará cuenta de que no ha alcanzado el grado que hubiera podido, de haber procurado la excelencia moral y la vida santa.

Un adolescente judío de nombre Marvin, ayudaba a su familia a llevar un restaurante en un barrio judío de Filadelfia. Este chico conoció a Cristo como el Mesías prometido, y como resultado sufrió una intensa persecución. Cansado de sufrir, a los dieciocho años se alistó en los Marines para escapar de la presión y el ridículo. La dama que le llevó al Señor, antes de que se fuera le dijo estas palabras: «Marvin, tú eres un verdadero cristiano... Un día cuando tu vida terrenal termine, irás al Cielo por lo que el Mesías ha hecho a tu favor. Ahora bien, si no encaras tu vida cristiana con valor, y al llegar allí te encuentras que hay un gran desfile con una banda musical al frente, estarás ubicado tan atrás que ni siquiera podrás oír el sonido de la música.» (Marvin J. Rosenthal, *Jewish and Twice Born: A Testimonial*, Orlando, Fla.: Zion's Hope, n.d., pp. 10-11). Marvin captó el mensaje, y tomó a tiempo la decisión de dedicar su vida para alcanzar a su gente con la verdad del Mesías. No quiso perderse la abundante recompensa de aquel día que habría de venir (2ª P. 1:11).

Hemos de vivir nuestras vidas a la luz de la eternidad, acumulando tesoros en los cielos, buscando las virtudes que equivalen al oro, plata y piedras preciosas, y no las cosas más bajas como madera, heno y hojarasca. Esta es una verdad cristiana básica. Aquellos que han buscado la santidad de forma diligente y fiel, recibirán una recompensa superabundante. Si cree que este no es un motivo adecuado para hacer lo bueno, recuerde que los creyentes pondremos nuestras recompensas o coronas ante el trono de Dios, como un acto de homenaje. (Ver Apocalipsis 4:10; 2ª Timoteo 4:7-8.)

Todos los cristianos llevan algún fruto, pero obviamente hay una elección involucrada en ello. Algunos cristianos deciden hacer un esfuerzo menor en seguir la virtud espiritual, mientras que otros hacen un esfuerzo mayor. Dios «nos ofrece todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1ª Ti. 6:17), juntamente con «las riquezas de la gloria de su herencia en los santos» (Ef. 1:18), y «las sobreabundantes riquezas de su gracia en su benignidad para con nosotros en Cristo Jesús» (2:7). Pedro enfatiza la verdad equilibrada, que nos enseña que hay distintos grados de recompensa que Dios nos da, basándose en nuestro diligente propósito de seguir la santidad. Dicho más sencillamente, una siembra abundante da como consecuencia una cosecha abundante. Las recompensas de la gracia en la eternidad, corresponden a la obra de la gracia en el tiempo presente.

En la salvación, la entrada al reino de Dios ya está solucionada, pero no la forma de esta entrada.

Observe su vida. Si no ve en ella la virtud moral, es porque no tiene ninguna evidencia para verificar su salvación. Si puede verla, entonces tendrá una razón valedera para estar seguro del llamamiento y la elección de Dios para con usted (2ª P. 1:10).

### **Deléitese en las bendiciones que le proporciona la seguridad**

Pongamos este aspecto de forma práctica, considerando las bendiciones de dicha seguridad:

#### *Hace que ame y alabe a Dios*

Si usted sabe que es salvo, alabará a Dios por ello. Si no tiene esa seguridad, ¿cómo puede estar lleno de una amante alabanza y gratitud?

#### *Añade gozo a todos sus deberes y pruebas terrenales*

Si sabe que es salvo, podrá sobreponerse a lo que le

sobrevenga, pues está seguro de que todo obrará para bien, según la promesa de Dios. Cualquier dificultad es más fácil de soportar, si se sabe que es temporal.

*Hace que tenga un santo celo en obedecer y servir al Señor*

La duda acarrea apatía, la seguridad, ánimo y deseos de trabajar. La duda desanima al siervo, la seguridad le llena de valor.

*Le da la victoria en la tentación*

Si sabe que pertenece a Dios, puede estar seguro de que «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis resistir, sino que proveerá también juntamente con la tentación la vía de escape, para que podáis soportar» (1ª Co. 10:13). ¡Qué maravilloso es saber que puede vencer cualquier tentación que venga en su camino —no importa cuán fuerte sea—! Aunque tropiece, tendrá la certeza de que la adversidad no podrá cambiar su destino eterno. Por otra parte, si no está seguro de su salvación, se desanimará y deprimirá frente a las tentaciones que le sobrevengan. Se preguntará además, si puede ser capaz de manejarlas adecuadamente o si serán más fuertes que usted, y acabarán mandándole al infierno, si es que cae víctima de ellas.

*Esta seguridad le hace estar satisfecho, aunque tenga muy pocas cosas en este mundo*

Si está seguro de su salvación, sabe que tiene una rica herencia en los cielos, pero en tanto viva en esta tierra, cuenta con la promesa de que Dios, «proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4:19). Ahora bien, si no está seguro de haber sido salvo, y teme que esta vida sea todo cuanto tiene para disfrutar, se desesperará por cada cosa que este mundo le ofrezca, y cuando las cosas no vayan como usted las planeó, se sentirá decepcionado y arruinado.

*La seguridad de la salvación quita el temor a la muerte*

Si usted está consciente de ser un cristiano, podrá enfrentarse a la muerte, sabiendo que al dejar esta vida entrará en la presencia del Señor Jesucristo. Si no está seguro de su salvación, tendrá miedo de morir, y aún mucho más que una persona que nunca haya oído hablar de Cristo, porque tiene conocimiento acerca de los terrores del infierno.

Dios dice que usted puede estar absolutamente seguro de su llamamiento y elección. No necesita tropezar, para después caer en la duda y la desesperación. Todo lo que tiene que hacer es seguir diligentemente la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la paciencia, la piedad, el afecto fraternal y el amor. Como resultado, disfrutará de todos los beneficios que aporta la seguridad, y experimentará la rica recompensa celestial en la gloria de Dios.

# 8

## Ganando la victoria

**D**urante los últimos años, en nuestra iglesia hemos sido grandemente bendecidos, al dar la bienvenida a muchos nuevos cristianos. Este hecho me ha llevado a dar una serie de mensajes sobre el Libro de los Romanos, relacionados con la salvación y la relación del creyente con Cristo. Mi meta era la de proveer una sólida base bíblica para los nuevos miembros en la familia de la fe —y refrescar la memoria de los demás cristianos—. Me gustaría compartir con mis lectores uno de los temas cumbres de dicho estudio.

Los siguientes versículos del capítulo 8 de Romanos, me han dado una gran seguridad a través de los años: «Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, vais a morir; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (vs. 12,13). La frase clave es «si por el Espíritu», que en otras versiones también se traduce como «si por medio del Espíritu». El Espíritu de Dios, es el único medio que tenemos

para progresar espiritualmente y obtener la victoria, y nada nos da una mayor seguridad y unos resultados más evidentes.

### Primero las malas noticias

Como cristianos a menudo necesitamos recibir un poco de ánimo, porque estamos comprometidos en una dura lucha con nosotros mismos. Este es el punto crucial que Pablo trata en Romanos 7, hablando de sí mismo como ejemplo. La porción que leeremos a continuación, es una muestra de la experiencia por la que tuvo que pasar el apóstol en dicha batalla interior:

«Porque no comprendo mi proceder; pues no pongo por obra lo que quiero, sino que lo que aborrezco, eso es lo que hago.» «Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que pongo por obra.» «Encuentro, pues, esta ley: Que, queriendo yo hacer el bien, el mal está presente en mí.» «... pero veo otra ley en mis miembros, que hace guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí!; ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?» (vs. 15, 19, 21, 23-24).

¿Qué es lo que sucede aquí? Como creyentes, hemos sido hechos nuevas criaturas en Cristo. Su justicia no sólo nos es imputada judicialmente, sino que también se nos garantiza por la presencia del Espíritu Santo que mora dentro de nosotros. Los cristianos poseemos una nueva vida. Hemos sido hechos participantes de la misma vida de Dios. Ahora tenemos deseos santos, anhelando aquello que es justo, piadoso, virtuoso, puro y amable. Todo eso florece dentro de nosotros y luego colisiona con nuestra carne humana no redimida –aquella parte en nuestro ser que retiene la conexión con este mundo caído e imperfecto–. Este conflicto a veces nos hace ser testigos de luchas exasperantes que se desarrollan en nuestro interior.

¿Han notado mis lectores que al entender la verdad revelada de Dios, se percibe primeramente un patrón de malas noticias, para luego descubrir las buenas? No podemos aceptar las buenas nuevas de salvación, hasta no haber tratado adecuadamente con las malas noticias acerca del pecado. De igual manera, si no luchamos por eliminar el pecado residual en nuestras vidas, no nos será posible experimentar la victoria en Cristo. Como hemos visto, algunos creyentes se confunden de tal manera por las malas noticias de su lucha interior (que por otra parte es propia de todo cristiano), que empiezan a dudar también de su salvación. Necesitan recibir pronto las buenas noticias: ¡Los creyentes *podemos* ganar la batalla!

En Romanos 8, Pablo nos habla de que por medio del Espíritu, podemos vencer el poder debilitante de la carne no redimida. Aparte de la ayuda del Espíritu Santo, no podemos obtener la victoria sobre la carne. El leopardo no cambia sus manchas. Si hemos de realizar alguna conquista sobre la carne, no podrá ser por nuestras propias fuerzas. El Espíritu Santo es el único que puede hacer esta obra en nosotros.

La pregunta que todo cristiano cuidadoso necesita hacerse es la siguiente, *¿Cómo hago para permitir que el Espíritu de Dios tome control de mi persona, de forma que pueda experimentar la victoria en mi vida espiritual?* En los versículos 12-13, se responde esta pregunta, desarrollando un patrón para la victoria. El texto comienza proveyendo un entendimiento muy básico en relación a esta verdad.

### No tengamos una mentalidad de víctima

En el versículo 12, Pablo declara, «Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne». Sepamos que no estamos bajo ninguna obligación de vivir conforme a la carne. Dicho más sencillamente, usted *no tiene* por qué pecar. No hay nada dentro suyo que sea tan dominante, poderoso y soberano, que le obligue a someterse. «No os ha

sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis resistir, sino que *proveerá también juntamente con la tentación la vía de escape*, para que podáis soportar» (1ª Co. 10:13). Siempre hay una manera de evitar que el pecado reine sobre nosotros.

Antes de ser cristiano, usted vivía conforme a la carne, aceptando esta forma de vida. Estaba motivado, guiado y dominado por un complejo de deseos pecaminosos, que son los que halagan a la carne. Pero ahora este no es su caso. Pablo explica el cambio que tuvo lugar en nuestra vida, de la siguiente manera: «Porque los que son conforme a la carne, ponen su mente en las cosas de la carne; pero los que son conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mentalidad de la carne es muerte, pero la mentalidad del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Ro. 8:5-8). Esta es la definición que hace Pablo de un incrédulo, pero luego dice esto: «Mas vosotros no vivís según la carne» (v. 9). Usted ya no está más en la carne. Es simplemente una declaración basada en un hecho.

Ahora usted tiene un contexto para apoyar la declaración de Pablo en el versículo 12, la cual podría parafrasearse de la siguiente manera: «Así que hermanos, no estáis bajo la obligación de vivir nunca más de esta manera, ¿no es así?» ¡Qué ridículo! ¡Qué contradictorio para los «hermanos», como el apóstol nos llama aquí, que tenemos los privilegios de la justificación y la santificación –habiendo sido liberados del pecado, de la muerte y del dominio de la carne– pensar que estamos bajo alguna clase de obligación para hacer lo que es incorrecto!

Si usted peca, no es por culpa de Dios, sino por culpa suya –es su propia elección–. En un sentido, ni siquiera es culpa del pecado, porque como creyente, usted ya no está bajo ninguna obligación de hacer lo que él le dice.

Este concepto es muy importante, porque evita que nos veamos a nosotros mismos como víctimas. En tanto siga pensando que se ve invadido por un poder al que no puede vencer, nunca se dará cuenta de la victoria espiritual que puede obtener en su vida. No importa cuál pueda ser el problema: alcohol, drogas, o perversión sexual –usted no tiene que darse por vencido–. Nada le debe a la carne, absolutamente nada.

Seguramente pasará por algunos períodos en que experimentará un comportamiento carnal. En 1ª Corintios, Pablo habla acerca de ello, pero el punto importante que el apóstol quiere destacar, es que un cristiano que actúe de forma carnal, está actuando como un incrédulo. En Filipenses capítulo 3, Pablo dice que él aún no lo había logrado, que no era el que debía de ser, pero que proseguía hacia el blanco. No tengo que convencerle de que usted no es perfecto, pero es esencial que comprenda que cuando peca, es porque deliberadamente no escoge la vía de escape que Dios le ofrece. Usted no tiene un enemigo inconquistable. Permita que este concepto le cause una impresión indeleble, puesto que si cree que el pecado es un enemigo inconquistable, nunca podrá tener la victoria sobre él.

La victoria está a su alcance, por medio de una realidad positiva: el Espíritu Santo que mora en su interior, y una realidad negativa: el hecho de que no tiene ninguna obligación de vivir de la forma que solía hacerlo antes, ni tampoco de andar por los caminos del mundo.

También hay algo positivo dentro de lo negativo: usted no está bajo la obligación de cometer pecado, pero sí está obligado a hacer lo que es correcto. En Romanos 8:13, Pablo lo pone de la siguiente manera: «... porque si vivís conforme a la carne, vais a morir; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis». Estas son declaraciones que constituyen verdaderos axiomas –verdades autoevidentes que no necesitan pruebas–. El incrédulo está destinado a la muerte eterna, pero el creyente, a la vida eterna en la presencia del Señor.

Notad cómo Pablo define sus términos. El incrédulo es

alguien que vive de acuerdo a la carne. El creyente es alguien que, por medio del Espíritu, aniquila las obras del cuerpo carnal. Si usted es una persona que está matando las obras de la carne en el poder del Espíritu, puede estar tranquilo, pues esta es una clara evidencia de la salvación.

Vivir de acuerdo a la carne sería algo muy tonto, porque esta es la forma en que viven los incrédulos, y usted ya no es más uno de ellos. Ahora tiene una nueva inclinación, y también una nueva dirección, la cual se caracteriza por mortificar las obras de la carne por medio del poder del Espíritu. Si usted es un verdadero cristiano, podrá experimentar esta verdad absoluta todos los días de su vida.

### **Mate al enemigo**

Miremos los hechos de frente: Todos nosotros podríamos hacer un esfuerzo mayor para aniquilar las obras de la carne. La pregunta crucial que todo creyente necesita hacerse es la siguiente: «¿Cómo hago para matar el pecado en mi vida?» He aquí algunos pasos prácticos para establecer un patrón de victoria en su vida, y experimentar la seguridad que resulta como consecuencia de ello.

### **No disfrace al pecado que hay en su vida**

Antes bien, reconozca la presencia del pecado en su carne. Creo que la razón más común por la cual el pecado derrota a los cristianos, es que un pecado en particular les engaña de tal manera, que no evalúan honestamente su realidad. No están tratando este asunto de manera adecuada. Es fácil justificar su pecado como una rareza o capricho de su personalidad, o bien un producto de su medio ambiente. Si disfraza sus pecados habituales, tratándolos como idiosincrasias, predilecciones prenatales, o cualquier otra excusa, no lo verá a la luz de lo que son en realidad.

El primer paso para obtener la victoria en esta guerra es

identificar al enemigo. Si usted no sabe cuál es el blanco al que le está disparando, ¿cómo puede estar seguro de que dará en el blanco? ¿Cómo puede eliminar de su vida lo que ni siquiera ha identificado como algo que necesita ser eliminado? El pecado no sólo es malo, sino que además es engañoso, y créame que siempre está allí, al asecho.

Tal vez a usted no le conmocione el hecho de que el pecado esté presente en su vida. Sin embargo, debería darse cuenta de que el pecado tiene la tendencia a ocultarse y acomodarse tranquilamente en su persona, de modo que parezca algo ordinario y normal.

David sabía muy bien estas cosas, por eso oró de esta forma: «¿Quién podrá descubrir sus propios errores? Absuélveme de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de la insolencia; que no se enseñoree de mí» (Sal. 19:12-13). Para tratar adecuadamente con el pecado, se necesita hacer un trabajo de búsqueda y destrucción. Esto es, sin duda, lo que pensaba David cuando dijo: «Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Sal. 139: 23-24).

Lo que califico como una falacia en nuestra psicoterapia moderna, es que en lugar de hacer que el hombre trate con la realidad presente de su condición espiritual, le lleva al pasado y culpa a alguien más por sus problemas. Usted debe tratar con los pecados que están debilitando su vida. Búsquelos, y verá cómo se manifiestan en ira y palabras ociosas, malos pensamientos, exceso de críticas, vanidad, presunción, falta de entendimiento, impaciencia, oraciones débiles, pensamientos y deseos inmorales, y aun pecados abiertos y manifiestos.

Por dos veces el profeta Hageo nos dirige palabras de advertencia: «Meditad bien sobre vuestros caminos» (Hg. 1:5, 7). Escudríñese bien a sí mismo. El autor de 1º Reyes dice en el capítulo 8:38, que debemos conocer la plaga que hay en nuestro propio corazón. Comience examinando su propia vida, para ver lo que en realidad hay allí.

### ***Sea consistente al tratar con su pecado***

Este es el segundo paso para ganar la victoria en su vida espiritual. «Pronto está mi corazón, oh Dios», dice el salmista, «mi corazón está dispuesto» (Sal. 57:7). Esto habla de una devoción total a Dios en cada área de la vida. Si usted tiene esta clase de actitud, no estará satisfecho con limpiar su pecado en un área de su vida y dejarlo intacto en otra. El cristiano consagrado sabe que el pecado invade rápidamente toda la vida de una persona. Es la simiente de mayor crecimiento en el mundo.

Veamos lo que dice el Salmo 119:6: «Entonces no sería yo avergonzado, cuando considerase todos tus mandamientos». Él sabía que su vida no estaría en una posición correcta, hasta que no mostrara el debido respeto a cada mandamiento de Dios. No permita la presencia de ningún pecado en su vida. A medida que vienen a la luz, tome muy seriamente cada uno de sus pecados, y trate con ellos bíblicamente.

### ***Use la Palabra de Dios para envenenar sus pecados***

La manera correcta de matar al pecado en su vida, es alimentándose con la Escritura, la cual es altamente eficaz para matar la simiente del pecado. He aquí por qué: Como hemos visto en el capítulo anterior, aquello que domina su pensamiento, dominará también su conducta. Si se alimenta con una buena dieta basada en la gloriosa verdad de Dios, y medita sobre cada porción leída, obtendrá como resultado una vida santa.

Nuestro pasaje en Romanos 8, nos dice que a medida que vivimos por el Espíritu, exponemos a muerte al pecado que hay en nuestras vidas (v. 13). Otro pasaje relacionado con el mismo tema, dice lo siguiente: «Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay libertinaje; antes bien, sed llenos del Espíritu» (Ef. 5:18). Un pasaje paralelo a éste, iguala el hecho de ser llenos del Espíritu, con permitir que la Palabra de Dios more ricamente dentro de nuestro ser (Col. 3:16). La vida victoriosa y llena del Espíritu, requiere que nos entreguemos totalmente

a la Palabra de Dios. Satúrese de ella. Óigala en las predicaciones y enseñanzas. Apréndala en su casa, y medite en ella de día y de noche. Esto fue lo que precedió las grandes victorias de Josué (Jos. 1:8), y lo que también necesitamos usted y yo.

### ***Use la oración para exponer sus pecados ocultos***

Pídale a Dios que le ayude a ser honesto con Él. Comience orando así: «Señor, yo deseo que me reveles mis pecados, que quites el polvo que los cubre. Quiero que me los muestres así como son». Esta es una parte muy importante en nuestra comunicación con Dios y es el corazón de la verdadera confesión. Usted puede confesar algunos pecados aquí o allá, pero mientras no ore diciendo: «Dios, muéstrame todos los pecados de mi vida, y que sean para mí tan detestables como lo son para Ti, de modo que nunca los repita», a sus oraciones les faltará el espíritu de arrepentimiento.

Una forma de probar mi corazón al orar, es ver si después de decir: «Señor, por favor, perdóname por este pecado», estoy dispuesto a añadir: «P.D. Y Señor, que nunca más lo vuelva a hacer.» Esta forma de confesión me mantiene en una actitud honesta delante de Dios. Pedir perdón por algo que tengo toda la intención de repetir, me hace sentir un hipócrita. Las oraciones honestas son una eficaz prevención contra el pecado, pues exponen los pecados secretos y debilitan aquellos que son más rebeldes. Por medio de la oración, recibimos fuerzas para seguir adelante con nuestra comunión con el Dios Santo y aniquilar así los pecados de nuestra vida.

### ***Siga adelante sin detenerse***

Una vez que ha dejado ese lugar privado donde ha tenido comunión con el Señor en oración, pidiendo perdón por sus pecados y ha meditado en Su Palabra, dé un paso adelante en la dirección correcta, haciendo lo bueno.

Una buena descripción de la vida cristiana es, como dijo Pedro, andar «en la obediencia a la verdad» (1ª P. 1:22). Si desea comprometerse en una auténtica batalla con el pecado,

establezca una disciplina día a día, momento a momento, y paso a paso, sobre el camino de la obediencia a la Palabra de Dios. Al principio le parecerá difícil, y el progreso tal vez sea lento, pero si persiste en ello, la obediencia se convertirá en una conducta habitual. Simplemente pise firme sobre la senda que Dios le ha establecido en Su Palabra. Haciéndolo, se estará preparando y entrenando para obtener la santidad.

#### ***Haga un inventario personal***

Empiece el proceso de preparación, considerando algunas preguntas básicas:

1. *¿Cómo está mi celo por las cosas de Dios?*  
¿Tiene usted un corazón frío para con el Señor? ¿Acaso el pecado le ha hecho indiferente a los momentos de comunión con Él? ¿Tiene poco o nada de interés en Su presencia o en que los demás conozcan Su Palabra? ¿Puede identificarse con lo que dijo el salmista?: «Ríos de agua descendieron de mis ojos, por los que no guardan tu ley» (Sal. 119:136). ¿Contiende honestamente por la fe y defiende la verdad? ¿Se deleita en la adoración, o dice con los judíos infieles de los días de Malaquías, «¡Oh, qué fastidio es esto!» (Mal. 1:13). ¿Disfruta cantando alabanzas al Señor?
2. *¿Ama usted la Palabra de Dios?*  
¿Se encuentra atraído por ella? ¿Tiene un fuerte deseo de descubrir lo que significa –aun en aquellas áreas difíciles?
3. *¿Qué piensa acerca de la oración?*  
¿Se da cuenta del privilegio que significa poder orar? ¿Está ansioso no sólo por confesar sus pecados delante de Dios y obtener el perdón, sino además por hacerse un riguroso autoexamen? ¿Desea honestamente que el Espíritu Santo le exponga cada área contaminada que hay en su vida, para que pueda ser eliminada?

4. *¿Cómo ve al pecado en general?* ¿Es usted sensible al pecado que hay en la iglesia y en el mundo? ¿Se duele su corazón dondequiera que lo vea?

La victoria espiritual no es una meta escurridiza. Reconozca que como creyente, ya no está dominado por el pecado. El Espíritu de Dios ha dado otro rumbo a su existencia, y le ha provisto de los medios para que aniquile el pecado residual en su vida. Explote esos medios, de modo que pueda tener una vida llena de virtud, gozo, paz, y utilidad para Dios. Si trata de forma adecuada y consistente con el pecado, experimentará el efecto de la justicia, al cual Isaías 32:17 define como una seguridad eterna.

# 9

## Perseverando en todo

**U**n hombre que había sido profundamente conmovido por la muerte de un amigo, habló al ministro que tenía a su cargo el mensaje al pie de la tumba. Este hombre expresó su deseo de convertirse a Cristo, pero añadió lo siguiente: «Me temo que no seré capaz de seguir adelante en el futuro. Trabajo con un grupo de gente muy grosera, que son cualquier cosa menos religiosos. No creo que ninguno de ellos sea cristiano, y sé que no les gustará que yo me convierta a Cristo».

El ministro se agachó para tomar una de las flores que crecía al pie de la tumba, y le dijo: «Mire bien esta flor. Creció entre el barro y la suciedad, y sin embargo, fíjese qué limpia y bonita es. Esto se debe a que Dios la conserva así. ¡Y Él también puede conservarle limpio a usted!»

Aunque vayamos por los terrenos enlodados de este mundo, tenemos una de las consolaciones más grandes que Dios da a Sus hijos, y es que a pesar de la suciedad presente, podemos

seguir oliendo como las mismas rosas. El nombre teológico que recibe esta animadora realidad, es el de la *perseverancia de los santos*.

### La felicidad nos da la resistencia necesaria

Hace algún tiempo, cuando estaba predicando una serie de mensajes sobre el libro de Santiago, me llamó poderosamente la atención el siguiente versículo: «Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman» (1:12). Más tarde Santiago reitera el mismo pensamiento: «Ved como tenemos por dichosos a los que sufren» (5:11). La gente que soporta exitosamente las pruebas, es realmente feliz. Una de las razones principales es el sentido de seguridad que la perseverancia trae a los fieles.

Santiago no está diciendo que la felicidad viene con la liberación de las pruebas, sino con la victoria sobre ellas —un punto similar al que Pablo trata en el capítulo anterior en relación a la victoria—. Hay una gran diferencia entre ambas cosas. No se trata del gozo superficial de la persona que nunca ha experimentado un conflicto, sino del gozo exuberante de aquel que ha participado en la batalla y ha ganado.

Santiago no se está refiriendo a la tentación. Si este fuera el caso, habría dicho que es feliz el hombre que la resiste, y no el que la soporta. Las tres ideas claves del versículo 12, son la paciencia, la prueba, y el ser probado. Las mismas ideas aparecen en el pasaje de Santiago 1:2-3: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia». La paciencia es el tema de los versículos 2-12.

Esta paciencia significa perseverar a través de la dificultad, e involucra una supervivencia pasiva o aun dolorosa, enfocándose en la victoria final. La persona que pasa las pruebas y sale de ellas victoriosa, nunca se da por vencida en su fe,

ni abandona a Dios. Una persona así revela ser genuina, y todos los cristianos genuinos recibirán la corona de la vida.

### La perseverancia como una prueba

Algunas personas vienen a la iglesia, profesan tener fe en Cristo, y se bautizan, pero cuando se enfrentan a las dificultades, desaparecen y no vuelven más. Tal vez han sufrido la muerte de un familiar, la ruptura de una relación, o han tenido alguna lucha, y las circunstancias les han abrumado de tal manera, que han optado por echarle la culpa a Dios e irse, convencidos de que el cristianismo no funciona.

El hecho de perseverar a través de las dificultades, es una prueba de la fe viva. Santiago identifica a aquellos que perseveran, como a personas que aman a Dios (v. 12). El amor a Dios es una consecuencia natural de la salvación. Juan dice: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1ª Jn. 4:19). El cristianismo es una relación de amor entre Dios y Sus hijos. La salvación no es una transacción en la que Dios nos garantiza la vida eterna, no importa cuál sea nuestra actitud hacia Él. Aquellos que son verdaderamente salvos, tienen un amor profundo y continuo hacia Dios.

Antes, Juan había explicado lo siguiente: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1ª Jn. 2:15). La gente amará a Dios o al mundo, pero no puede amar a ambos. Los incrédulos que profesan a Cristo y se apartan de la verdad, están demostrando que en realidad aman al mundo. El verdadero amor se manifiesta precisamente en medio de las pruebas. En 1ª Juan 2:19, leemos: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros». Si usted verdaderamente ama a Dios y a Sus hijos, estará en comunión con ellos bajo cualquier circunstancia.

Veamos lo que nos dice 1ª Pedro 1:6-8: «En lo cual vosotros

os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas tentaciones, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, aunque se prueba con fuego, se halle que resulta en alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso». Para certificar que es genuina, Dios prueba nuestra fe como Él lo cree conveniente, de modo que cuando el Señor Jesús regrese, pueda mantenerse firme ante Él.

Ser un cristiano es mucho más que haber creído una vez en la verdad. Un verdadero creyente tiene un continuo amor hacia Dios, que sostiene firme aún en las pruebas más difíciles. Como hemos visto previamente, el amor hacia Dios se manifiesta a través de la obediencia a Su Palabra (1ª Jn. 2:5-6; 5:1-3).

Como creyentes, podemos pasar por épocas de luchas y a veces estar llenos de dudas, pero nuestra fe nunca será destruida. A pesar de nuestras pruebas, debemos mantener una estrecha comunión con el Señor, porque le amamos. Esta clase de perseverancia es la que resulta en una verdadera bendición.

Uno de los propósitos de las pruebas, es exponer la calidad de nuestra fe. La frase de Santiago 1:12: «porque cuando haya resistido la prueba», puede también traducirse, «cuando sea aprobado después de la prueba». Cuando las pruebas vienen a su vida en la forma de soledad, la muerte de un ser querido o una pérdida financiera, es porque Dios está poniéndole en medio del fuego, para que se queme la escoria y su fe verdadera salga triunfante. Aquellos que permanecen firmes y mantienen su confianza en Dios a través de las dificultades, muestran que su fe está viva.

La perseverancia de los santos es un tema muy importante dentro de la Teología Reformada del Protestantismo. Este punto, como ya he señalado en la introducción de este libro, está en contraste con la enseñanza que niega que en esta vida los creyentes pueden estar seguros de su salvación. La Biblia enseña que los santos nunca abandonarán su fe, y que siempre

perseverarán creyendo y esperando en Dios en medio de cada dificultad, hasta que sean glorificados. Los verdaderos creyentes no creen por un poco de tiempo y después dejan de hacerlo.

### Dios está obrando a nuestro favor

La Santísima Trinidad nos preserva para siempre, de modo que ningún cristiano que cree en el Señor se perderá. La Escritura basa la seguridad eterna del creyente sobre la promesa y el poder de Dios, las oraciones de Cristo y la presencia del Espíritu Santo. Como mis lectores podrán recordar, este es el tema del primer capítulo de este libro. En este capítulo final, me gustaría insistir en dicho tema. Aquí hay versículos, a los cuales el lector puede acudir cuando sea tentado a dudar de la voluntad o habilidad de Dios para preservar a Su pueblo de la apostasía, y llevarles a todos –incluido usted– al cielo:

• *Salmo 31:24* –«Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón.»

• *Salmo 37:23, 28* –«Por Jehová son afianzados los pasos del hombre, y él aprueba su camino.» «Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados.»

• *Salmo 97:10* –«Jehová ama a los que aborrecen el mal; Él guarda las almas de sus santos; de manos de los impíos los libra.»

• *Salmo 121: 4-7* –«He aquí, no dormiré ni se adormecerá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardián; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te hará daño de día, ni la luna, de noche. Jehová te guardará de todo mal; Él guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre.»

• *Lucas 22:31-32* –«Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí que Satanás ha solicitado poder para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falle; y tú, cuando

te hayas vuelto, fortalece a tus hermanos.» Muy pronto después de que el Señor pronunciara estas palabras, Pedro cometió el pecado de negar tres veces su asociación con Cristo. Más tarde se arrepintió y fue restaurado por el mismo Señor, teniendo un provechoso servicio. Así tuvo lugar la restitución de Pedro, tal como el Señor había orado.

• *Juan 6:37, 39* –El Señor Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera.» «Y ésta es la voluntad del Padre, que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el último día.» La voluntad de Dios *será* hecha. Después de todo, «... los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables» (Ro. 11:29). Más tarde, el Señor Jesús dijo: «... y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Jn. 10:28-29). Es Dios quien provee la salvación, y Él también la preservará. Nadie más puede hacer eso –ni siquiera usted.

• *Juan 17:20-24* –El Señor Jesús oró por Sus discípulos en el presente y el futuro, para que entraran en la plenitud de la salvación, y esa es una oración que ciertamente Dios contestará.

• *Romanos 16:25-26* –Pablo ofreció alabanzas a Aquel que puede usar las Escrituras para establecernos en la obediencia a la fe.

• *Efesios 1:13-14* –En Él hemos sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa, «el cual es las arras de nuestra herencia con miras a la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.»

• *Filipenses 1:6* –«... el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». ¿Puede haber algún recordatorio que nos dé más ánimo en la lucha cristiana, que éste de la Epístola de Pablo a los Filipenses? Por lo tanto, asegúrese de la autenticidad de su salvación, no importa cuán incompleto o imperfecto pueda ser ahora.

• *1ª Tesalonicenses 5:23-24* –Pablo nos dice lo siguiente: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.» Pablo no estaba haciéndose eco de un mero sentimiento, sino de una realidad tan verdadera como lo es Dios.

• *2ª Timoteo 1:12* –Pablo dice: «Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.» Pablo consagraba todo lo que tenía y lo que era a Dios. Esta actitud le daba una gran confianza. Como muestra de ello, leamos lo que escribió en 2ª Timoteo 4:8: «Y el Señor me librerá de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

• *1ª Pedro 1:5* –Pedro declara definitivamente que los cristianos son guardados por el poder de Dios.

• *1ª Juan 2:1-2* –Juan dice lo siguiente: «Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis; y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados». Cristo intercede constantemente a nuestro favor como nuestro Redentor y Abogado, de modo que cualquier pecado que cometamos no alterará el estado de nuestra salvación.

• *Judas 1* –Judas describe majestuosamente a los creyentes como a los llamados, amados en el Padre, y guardados por el Señor Jesucristo. Judas concluye esta breve Epístola, diciendo: «Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, dominio y autoridad, ahora y por todos los siglos. Amén» (v. 24).

El panorama de las Escrituras nos da una total certeza, para que podamos estar completamente seguros de nuestra salvación.

## La ecuación humana

Crecí oyendo las frases «seguridad eterna» y «una vez salvo, salvo para siempre». Estas son descripciones exactas de lo que enseñan las Escrituras. La Biblia no dice: «una vez salvos, pero no sabréis por cuánto tiempo». Sin embargo, algunas personas llegan a la conclusión equivocada de que esta seguridad significa que si uno es salvo puede hacer lo que quiera, como si Dios estuviese obligado a pasar por alto cualquier cosa que hagamos. Los que tienen estas ideas, hacen énfasis en la soberanía de Dios y Su promesa inmutable en asegurarnos nuestra salvación, pero no hablan de la responsabilidad que tiene una persona que ha nacido de nuevo.

La perseverancia de los santos, es la respuesta humana a la obra de la predestinación de Dios. Usted revela que es guardado por Dios, si no abandona su fe en medio de una prueba.

La paradoja de la obra soberana de Dios y la responsabilidad de los creyentes, es bastante común en la Escritura. Los creyentes son salvos porque Dios les escogió antes de la creación (Ef. 1:4), pero no pueden ser salvos sin haber ejercitado la fe (Ro. 10:9-10). Están seguros gracias al pacto de fidelidad de parte de Dios, pero aún son responsables por perseverar en la fe.

El Espíritu nos da la seguridad eterna por medio de Su poder y capacita al verdadero creyente para que pueda soportar todas las pruebas. El teólogo Louis Berkhof, describe la perseverancia como «aquella operación continua del Espíritu Santo en el creyente, por medio de la cual la obra de la gracia divina que comienza en el corazón, continúa hasta que sea completa, es decir, hasta el fin». *Systematic Theology*, Grand Rapids: Eerdmans, 1941, p. 546). Concluimos entonces, que nuestra parte es soportarlo todo con paciencia.

Teniendo en mente este punto de vista teológico, podemos explicar una cantidad de versículos, que de otra manera llevarían al creyente no informado, a dudar de la seguridad de

su salvación. El Señor Jesús, hablando a Sus discípulos, les dijo lo siguiente: «Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo» (Mt. 10:22; 24:13). Ahora bien, a primera vista esto parece contradecir la verdad que afirma que Dios nos ha de mantener salvos, pero no es así. La marca de la verdadera justificación, es la perseverancia en la justicia hasta el fin.

La continuidad en la fe, es un tema que aparece de forma constante en el Nuevo Testamento. El Señor Jesús dijo repetidamente a aquellos que habían creído en Él: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (Jn. 8:31). Y Pablo añade lo siguiente: «Además, os voy a exponer, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también estáis firmes; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano» (1ª Co. 15:1-2). Si no se sostiene en la fe, usted está demostrando que la misma no es real.

Pablo habló aún más acerca de este principio, en su carta a los Colosenses: «Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él —*si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe*, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído» (Col. 1:21-23). Usted está seguro únicamente si persevera, pero como un auténtico creyente, *perseverará* porque está seguro. La perseverancia es el proceso por medio del cual se verifica la seguridad de nuestra salvación.

Sólo los fieles están en la fe. Este es el punto principal que el autor de la Epístola a los Hebreos quería que sus lectores asimularan: «Por tanto, debemos prestar mucha mayor atención a las cosas que hemos oído, no sea que marchemos a la deriva» (2:1). «Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin el principio de nuestra

seguridad» (3:14). «Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que pasó a través de los cielos, Jesús el Hijo de Dios, reten-gamos nuestra profesión» (4:14). «Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas» (6:11-12). «Pero nosotros no somos de los que retroceden para destrucción, sino de los que tienen fe para preservación del alma» (10:39).

Cuando un creyente profesante no soporta la dificultad ni persevera en medio de ella, ha fracasado en pasar la prueba de la fe auténtica (1ª Jn. 2:19). Si nuestra fe es genuina, ninguna prueba es tan grande que pueda alejar a nuestro Señor de nosotros (Ro. 8:38-39). La seguridad eterna es una gran verdad escritural. Ahora bien, como hemos visto, no podemos presentarla como algo que se puede tratar con descuido y negligencia, sin importar lo que digamos o hagamos. El autor de Hebreos declara con toda franqueza que sólo los que continúan viviendo vidas santas, entrarán en la presencia del Señor (12:14).

La tendencia contemporánea, llamada *easy believism* (la fe fácil), sostiene que todo lo que se necesita para ser cristiano es aceptar a Cristo como Salvador, pero no necesariamente como Señor. Sin embargo, la Escritura nos enseña que consentir y creer en los hechos del Evangelio, sin vivir una vida transformada y dedicada por entero a Cristo, es algo mucho menor que una fe que salva. (Trato más profundamente este tema en mi libro *The Gospel According to Jesus*, Grand Rapids: Zondervan, 1988.) Si una persona no ama ni obedece al Señor en medio de las pruebas de la vida, entonces no hay evidencia de que el tal sea un verdadero creyente. ¿Cuántas personas conocen mis lectores, que después de haber seguido a Cristo durante un tiempo, se alejaron de Él a consecuencia de los golpes y las dificultades que encontraron a su paso? (Ver Juan 6:66). A pesar de haber hecho una profesión de fe en el Señor Jesucristo, no pueden afirmar que le aman, porque sus vidas no están caracterizadas por una obediencia perseverante.

En contraste a ello, los verdaderos creyentes sí perseveran. Los autores de la *Westminster Confession of Faith* (La Confesión de fe de Westminster), hicieron una explicación maestra de esta verdad bíblica:

Aquellos a quienes Dios ha aceptado en Su Amado Hijo, llamados y santificados por Su Espíritu, no pueden caer del estado de gracia en el cual se encuentran; sino que ciertamente perseverarán hasta el fin, y serán salvos eternamente. Esta perseverancia de los santos no depende de su propia y libre voluntad, sino de la elección que emana del amor libre e inmutable de Dios el Padre, sobre la eficacia, los méritos y la intercesión del Señor Jesucristo, del Espíritu que mora en ellos, la simiente de Dios que está en su interior, y la naturaleza del pacto de la gracia, de la cual se desprende también la certeza e infalibilidad de esto mismo. Sin embargo, puede, a causa de las tentaciones por parte de Satanás o del mundo, prevalecer en ellos la corrupción y el abandono de los medios de preservación, cayendo en graves pecados y continuando en ellos durante un tiempo, privados en cierta medida de algunos de los medios de la gracia y el consuelo divino. Teniendo sus corazones endurecidos, sus conciencias lastimadas, hiriendo y escandalizando a otros, acarrear juicios temporales sobre ellos mismos (*The Creeds of Christendom*, vol. 3, Philip Schaff, ed., Grand Rapids: Baker, 1977, pp. 636-37).

Los cristianos pueden meterse en dificultades, pero nunca renegarán de su fe, porque Dios les ha capacitado para perseverar. Cuando lleguen las pruebas, mírelas como oportunidades para perseverar y así probar la autenticidad de su fe, y habiendo perseverado, podrá mirar atrás y decir: «Sí, yo sé que pertenezco al Señor.» Mire a la vida de esta manera, y no tendrá ninguna dificultad en estar seguro de su salvación.

Tal vez se pregunte —en especial si es un nuevo creyente— si para poder tener una seguridad absoluta basta *solamente* con

mirar atrás a una vida de fidelidad. ¿Y que sucederá luego en el fragor de las batallas de la vida? Descanse tranquilo: Nuestro Padre Celestial desea que a través de su peregrinaje por esta tierra, Sus hijos no tengan ninguna duda en cuanto a su seguridad eterna.

Usted necesita confiar en Su promesa que dice que Él le guardará. Cuando vino a Cristo por primera vez, ejerció la fe en la obra salvadora de Dios, del mismo modo ahora necesita ejercitarla en relación a Su obra preservadora. Así podrá decir con el Apóstol Pablo: «Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª Ti. 2:12).

### Al fin la corona

La recompensa para el creyente que no se colapsa ni abandona su fe en medio de las pruebas, es la vida eterna. Santiago nos brinda estas palabras de aliento: «Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman» (1:12). La «corona de la vida», es una aposición del genitivo en el texto griego, que significa que podría traducirse literalmente, «la corona que es la vida». La corona es la vida eterna, que Dios ha prometido a aquellos que le aman. Es la recompensa final del creyente.

Pablo, Pedro y Juan, escribieron sobre la misma realidad. Pablo sabía que pronto tendría que morir por Cristo. El conocimiento de esta verdad, le sirvió de consuelo durante sus últimos días: «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2ª Ti. 4:8). Cuando Cristo regrese a buscar a Su iglesia, todos los creyentes tendrán una vida de eterna justicia en su cuerpo y en su alma.

Pedro escribió: «Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1ª P. 5:4). Juan también registró esta promesa de los labios de Cristo a la iglesia que persevera hasta el fin: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Ap. 2:10). Aquel que persevera recibirá su corona.

Ahora quiero que mis lectores tengan en mente una importante distinción. La actitud de soportar las pruebas y los sufrimientos, no hace que nos «ganemos» la vida eterna. Dios prueba nuestra fe y amor, y son estos dos elementos de incalculable valor, los que reciben la recompensa de la vida eterna.

En el mundo de la antigua Grecia, la palabra traducida como «corona» (*stephanos*), a menudo se refería a la diadema que se ponía alrededor de la cabeza de un vencedor en un acontecimiento atlético, tales como los Juegos Olímpicos originales. En la arena espiritual, el Señor recompensará con la vida eterna a aquellos que con la perseverancia de un atleta victorioso, demuestren que son verdaderamente salvos.

Quizás el camino que hay delante de usted sea duro y difícil. Tal vez, como el hombre del cual hablé al principio de este capítulo, tenga miedo de no ser capaz de sostenerse. Como dijo aquel ministro del Señor, permítame que le diga que si es un auténtico hijo de Dios, Él hará posible que pueda sostenerse firmemente.

*Estas cosas os he escrito a vosotros  
que creéis en el nombre del Hijo de Dios,  
para que sepáis que tenéis vida eterna,  
y para que sigáis creyendo  
en el nombre del Hijo de Dios.*

1ª Juan 5:13

*Y el resultado de la justicia será la paz;  
y el producto de la rectitud,  
tranquilidad y seguridad para siempre.*

Jeremías 32:17

## Guía para el estudio personal y de grupo

**Antes de comenzar su estudio personal o en grupo sobre este libro, tómese tiempo para leer estos comentarios introductorios.**

Si está haciendo un estudio por su cuenta, tal vez quiera adaptar ciertas secciones (por ejemplo, las introductorias), y anotar por separado en una libreta, sus respuestas a todas las preguntas. Quizás encuentre que le resulta más provechoso o motivador, estudiar con otra persona con quien pueda compartir sus respuestas o puntos de vista.

Si dirige un grupo de estudio, es posible que quiera pedir a los miembros del mismo, que lean cada capítulo asignado y trabajen en las preguntas del estudio antes del día en que el grupo se reúna. Esto no siempre es fácil para los adultos que trabajan, así que anime a sus amigos y hermanos, llamándoles por teléfono durante la semana. Ayude a los miembros de su grupo a administrar su tiempo, diciéndoles cómo pueden cubrir unas pocas páginas cada día. Dígalos que aparten un tiempo cada semana o cada día, al que puedan dedicarse por completo al estudio. Ellos también pueden escribir sus respuestas a las preguntas en sus libretas.

Haga que cada sesión incluya los siguientes puntos:

**Tema del capítulo** –Un breve resumen del capítulo.

**Introducción** –Una actividad para ayudar a los miembros del grupo a estar más familiarizados con el tópico a tratar y a conocerse mejor los unos a los otros.

**Preguntas de descubrimiento para el grupo** –Una lista de preguntas para incentivar el descubrimiento individual o la participación del grupo.

**Preguntas de aplicación personal** –Una ayuda para aplicar el conocimiento ganado a través del estudio a la vida personal de cada miembro del grupo. (Nota: Estas preguntas

son importantes para que las respondan los miembros del grupo por sí mismos, aún si no desean discutir sus respuestas en la reunión.)

**Enfoque en la oración** –Sugerencias para aplicar lo que se ha aprendido a la oración personal.

**Tarea** –Actividades o preparación para completar antes de la próxima sesión.

He aquí algunas sugerencias que podrán ayudarle más efectivamente a llevar pequeños grupos de estudio:

**Ore** por cada miembro del grupo, pidiéndole al Señor que le ayude a crear una atmósfera abierta, donde todos se sientan libres para compartir sus puntos de vista y experiencias los unos con los otros y con usted.

**Anime** a los miembros del grupo a traer sus Biblias, así como sus textos a cada sesión. Este estudio está basado en la versión española Reina Valera de la Biblia de 1977, pero puede ser útil tener a mano otras versiones, para realizar estudios comparativos.\*

**Comience** con oración, pidiéndole al Espíritu Santo que abra los corazones y las mentes de los miembros del grupo, y les dé entendimiento, de modo que la verdad pueda ser aplicada correctamente.

**Involucre** a todos los miembros. En el proceso de aprender, asimilamos sólo el 10% de lo que oímos; el 29% de lo que vemos; el 65% de lo que oímos y vemos, pero el 90% de lo que oímos, vemos y hacemos.

**Promueva** un ambiente agradable y distendido. Arregle las sillas en un círculo o un semicírculo. Esto permite el contacto visual entre los miembros del grupo y les anima a conversar animadamente. Muéstrese distendido en su propia actitud y modales. Esté deseoso de abrirse y servir a los demás.

\* Nota: En el inglés, lengua original en la que fue escrito este libro, el autor ha usado la *New International Version* de la Biblia.

## CAPÍTULO 1

### Un trabajo colectivo

#### Tema del capítulo:

La Escritura afirma que a causa del decreto soberano del Padre, de la intercesión del Hijo y del sello del Espíritu, es imposible que un cristiano pierda su salvación.

#### Introducción:

1. Imagínese que está comprometido para casarse dentro de unos meses. Aunque su novia sabe que usted es un hombre íntegro, a menudo expresa dudas de que cumpla con la promesa que representa ese anillo en su dedo. ¿Cómo se sentiría?

2. Un niño pequeño estudia mucho para un concurso en su colegio. Le cuesta mucho estudiar, y a veces rehúsa disciplinarse a sí mismo para poder hacerlo mejor. Esto a su vez le desanima, hasta el punto de pensar que nunca podrá lograrlo. Su padre es el director del colegio y es amable, justo e inteligente. Él ha prometido repetidas veces ayudar a su hijo a hacer las cosas bien. Sin embargo, el niño no puede convencerse de ello. ¿Qué le diría usted?

#### Preguntas de descubrimiento para el grupo

1. Como consecuencia de lo que enseña la Biblia sobre la elección divina, ¿debería alguien restringirse de venir a Cristo? ¿Por qué o por qué no?

2. ¿Cuál es la voluntad de Dios con respecto a aquellos que creen en Cristo? (Juan 6:40).

3. Responda bíblicamente a la enseñanza de Juan 10, en cuanto a que los creyentes descansan seguros en las manos del Padre. ¿Es posible que éstos puedan caer de ese lugar?

4. ¿En qué forma el Señor Jesús liga al creyente con Dios?

5. ¿A quién se extiende la oración de protección del Señor Jesús en Juan 17?

6. Explique el significado de un sello en relación a una promesa que aún no ha sido cumplida en su totalidad.

7. ¿Qué dijo Agustín acerca de la seguridad de la salvación y por qué?

#### **Preguntas de aplicación personal**

1. ¿Tiende usted a aceptar sin dudar las promesas de la Escritura en cuanto a la seguridad eterna, o se inclina a pensar que son demasiado buenas para ser verdaderas –o dichas con ciertas condicionantes demasiado difíciles de cumplir–? El Señor Jesús nos instruye a ser íntegros, diciendo, «Sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; no, no» (Mat. 5:37). Podemos confiar que Su Palabra es así de directa, pues dice lo que significa y significa lo que dice.

2. ¿Se ha dado cuenta antes de que la Trinidad obra a su favor para asegurarle su salvación? O, para ser honesto, ¿ha sido su seguridad eterna algo más que un asunto derivado de su esfuerzo propio? Dese cuenta que cuestionar la seguridad eterna del creyente, es cuestionar la habilidad de nuestro Trino Dios para llevar a cabo lo que Él nos ordena que hagamos.

#### **Enfoque en la oración**

Adore a Dios por Su habilidad para salvarle del pecado, no sólo como un acto realizado una vez en el pasado, sino también como una realidad continua en el presente y para siempre.

#### **Tarea**

Los pasajes de la Escritura que se citan en este capítulo, son los textos claves para afirmar la realidad de la seguridad eterna. Familiarícese muy bien con cada uno de ellos. Subráyelos en el libro o anote cada uno de ellos en una tarjeta, y guárdelos en su mente y en su corazón.

## **CAPÍTULO 2**

### **Esos versículos problemáticos**

#### **Tema del capítulo:**

Son aquellos pasajes que parecen contradecir la doctrina de la seguridad eterna, tales como Gálatas 5, Hebreos 6, Juan 15, y Mateo 12, pero que al interpretarlos correctamente, se ve que no son contradictorios. Su intención es advertir a aquellos que no se han entregado a Cristo por la fe para que lo hagan, antes que sea demasiado tarde.

#### **Introducción:**

1. Suponga que usted es el presidente de un club cuyo propósito es servir a su comunidad. Sin embargo, usted nota que muchas de las personas que asisten a las reuniones, parecen más interesadas en hacer sociabilidad que en servir. ¿Cómo piensa que deberían dirigirse los dirigentes del club a estas personas?

2. Digamos que en ese mismo club, algunos de los miembros más diligentes –sus mejores ayudantes– leen las leyes del mismo y temen no ser dignos de la membresía, por el hecho de disfrutar de la sociabilidad con los demás. ¿De qué manera les daría seguridad?

#### **Preguntas de descubrimiento para el grupo**

1. ¿Cuál era el fondo religioso de aquellos a los que Pablo escribió en Galacia? ¿Cómo habían caído algunos de ellos del concepto de la gracia?

2. Explique cómo en la época de la Iglesia Primitiva, habría sido fácil para muchos incrédulos convertirse en parte de la vida de la iglesia.

3. Haga un resumen de la ilustración de Hannah Hunnard, de cómo un creyente puede aplicar incorrectamente las Escrituras que advierten a aquellos que aún no han creído.

4. ¿A qué grupo de gente se le dirige en las Escrituras la más severa advertencia?

5. Describa la actitud de falta de consagración de aquellos que se mencionan en Hebreos 6:4-5. ¿Cómo sabemos que no eran cristianos?

6. Si Hebreos 6, interpretándolo correctamente, significara que la salvación puede perderse, ¿qué enseñanza procedería lógicamente de esta doctrina? En lugar de ello, ¿qué enseña dicho pasaje?

7. ¿Qué produce siempre la fe salvadora? Respalde su respuesta con la Escritura. ¿Qué nos dice entonces en Juan 15, acerca de los pámpanos que fueron quemados?

8. ¿Cuál era el contexto del discurso del Señor Jesús acerca del pecado imperdonable? ¿Cómo se relaciona a la aplicación primaria del pasaje? ¿Cuál es su aplicación secundaria?

9. ¿Por qué una persona que rechaza la obra de convicción del Espíritu, no puede convertirse en un cristiano?

10. ¿Qué ocurre cuando las luces se apagan, en el sentido espiritual?

### **Preguntas de aplicación personal**

1. ¿Le ha perturbado alguno de los pasajes tratados en este capítulo? ¿Cómo los ve ahora? Comente los nuevos puntos de vista que ha adquirido sobre los mismos, después de haber leído este capítulo, y vuelva a leer las secciones que cubren aquellos versículos, para reforzar lo que ha aprendido.

2. ¿Cómo se ha sentido al interpretar un pasaje difícil de la Escritura? Mucha gente lee la Biblia de forma descuidada, y no se molesta en estudiarla de forma más profunda. Para evitar caer en este error, lea acerca de la «interpretación bíblica» o «hermenéutica» en un buen diccionario teológico evangélico o una enciclopedia de la Biblia. Asegúrese de saber lo que hace la próxima vez que se encuentre con un pasaje de la Escritura que le perturbe.

### **Enfoque en la oración**

Ore para que el Señor le dé la dirección y la habilidad necesarias para ser un intérprete mejor de las Santas Escrituras. Busque oportunidades para desarrollar y practicar su habilidad de trazar bien la Palabra de verdad (2ª Tim. 2:15). Pídale al Señor que le ayude a ver tales cosas, no como la tarea de un anciano o un pastor, sino como el privilegio de cada creyente.

### **Tarea**

Haga una fotocopia del artículo o artículos que ha interpretado correctamente al leer la Biblia. Consérvelo cerca de su Biblia, como una guía para estudiar más profundamente uno de los pasajes descritos en este capítulo. Antes de comenzar su estudio, tenga a mano los libros de referencia que el artículo recomiende.

## CAPÍTULO 3

---

### Los lazos que atan

#### Tema del capítulo:

Romanos 5:1-11 nos da seis evidencias, que demuestran que Dios termina la obra que ha comenzado con la salvación.

#### Introducción

1. Usted es un ingeniero que trata de ganar un contrato para hacer un edificio. Ya ha construido exitosamente varios edificios como éste, muchos de los cuales son mucho más elaborados que el que está construyendo. Sin embargo, su cliente está inseguro de su habilidad para terminar el edificio. ¿Cómo le convencería de lo contrario?

2. Un doctor ha salvado a un paciente de una muerte segura. Aunque las piernas de este hombre están ahora paralizadas, el médico está seguro de que podrá volver a caminar. El paciente está agradecido al médico por haberle salvado la vida, pero no puede creer en el pronóstico del doctor, de que podrá caminar otra vez. Suponga que usted es un enfermero o enfermera que ha estado presente en la conversación. ¿Cómo razonaría con el paciente para que pudiera creer en lo que dice el médico?

#### Preguntas de descubrimiento para el grupo

1. ¿Cuál es el contexto de la discusión de Pablo sobre la seguridad eterna en Romanos 5:1-11?
2. Explique cómo la fe continua y la fidelidad del Señor obran juntas.
3. ¿Cuáles son los aspectos objetivo y subjetivo de la paz con Dios?
4. ¿Por qué el concepto del acceso directo a Dios resultaba tan extraño para los lectores judíos de Pablo? ¿A qué estado es conducido el creyente ante Dios? (Ro. 5:2).
5. ¿Cuál es el resultado final de la salvación? ¿Qué ocurrirá

en la vida del creyente hasta que la esperanza sea consumada? (Ro. 5:2-5).

6. ¿Qué implica el hecho del amor de Dios antes de la salvación, sobre su amor después de la salvación? (Ro. 5:5-8).

7. Explique el razonamiento de Pablo sobre la expresión «mucho más» en Romanos 5:9-10. ¿Cómo se relaciona esto con la seguridad?

8. ¿Qué emoción es la apropiada como respuesta a ser reconciliados para siempre con Dios? (Ro. 5:11).

### **Preguntas de aplicación personal**

1. ¿Ha pensado alguna vez que podría perder su salvación? ¿Por qué? Lea Romanos 5:1-11 y repase este capítulo, notando cómo se dirige a cualquier cosa que hubiera sacudido su seguridad en el pasado.

2. ¿Tiende usted a ser inconsistente en creer a Dios para las cosas más grandes (salvación), y no para las menores (comida, ropa, protección)? Note cómo razonó el Señor Jesús en algunos asuntos similares, en Su Sermón del Monte (Mt. 6:25-34).

### **Enfoque en la oración**

Pida a Dios le ayude a ser consistente bíblica y lógicamente en lo que piensa y dice. No consienta en creer que Dios es grande para salvarle, pero no para mantenerle salvo.

### **Tarea**

Para ayudarle a establecer una mentalidad bíblica sobre la seguridad de la salvación, haga un bosquejo con títulos que reflejen las verdades de Romanos 5:1-11: la paz del creyente con Dios, permanencia en la gracia, esperanza de gloria, posesión del amor divino, certeza de la liberación y gozo en Dios. Con encabezamientos, escriba lo que dice la Escritura en otros pasajes sobre esos tópicos. Escriba lo que le venga a la mente en primer lugar, y luego consulte con una concordancia para completar su bosquejo. Conserve esta hoja a mano en su Biblia y úsela para confrontar cualquier clase de temor que le acose.

## **CAPÍTULO 4**

### **La gloria inevitable**

#### **Tema del capítulo:**

Romanos 8:28-30 declara que nuestra salvación es tan segura, que podemos hablar de nuestra futura glorificación como si ya hubiera ocurrido.

#### **Introducción**

Usted está a punto de casarse con alguien cuya familia y la suya propia hace tiempo estuvieron enemistadas. Aunque aún faltan dos meses para la boda, su futuro suegro y suegra ya han comenzado a llamarle hijo o hija. ¿Cómo le hace sentir esto?

#### **Preguntas de descubrimiento para el grupo**

1. ¿Qué significa que Dios es soberano?
2. ¿De qué depende nuestra seguridad? (He. 6:17-18).
3. ¿Sobre qué aspecto piensa mucha gente que se predica la salvación?
4. ¿En qué manera seremos conformados a la imagen de Cristo? ¿Cuál es el significado de la palabra «imagen» en Romanos 8:29?
5. ¿Qué sugiere alguna gente acerca de la presciencia de Dios? ¿Qué problemas surgirían entonces de esta forma de pensar?
6. ¿De dónde viene la fe que Dios conoce de antemano?
7. ¿Cómo se relaciona el conocimiento previo que Dios tiene sobre todas las cosas, con Su amor para con nosotros?
8. ¿Cómo llegó a nosotros a tiempo, el llamado de Dios desde la eternidad?
9. ¿Qué significa ser justificado?
10. ¿Cómo puede Romanos 8:30, describir a todos los creyentes como si ya estuvieran glorificados?

### Preguntas de aplicación personal

1. Romanos 8:30 dice que aquellos a quienes Dios justificó, también glorificó. Podemos confiar definitivamente en Dios para nuestra seguridad eterna. ¿Tiene usted la misma clase de confianza en Dios, para las cosas temporales de la vida diaria? ¿En qué manera está mostrando una falta de confianza en Dios? ¿Tiende usted a preocuparse? ¿Qué le está diciendo en realidad a Dios cuando no confía totalmente en Él? Cultive el hábito de confiar en Dios en cada aspecto de su vida. Puesto que Él puede garantizarle su glorificación futura, ciertamente tiene cuidado de usted en sus circunstancias presentes.

2. Uno de los propósitos de Dios en la salvación, es crear una humanidad eternamente redimida, que glorifique a Cristo para siempre. ¿Por qué es Cristo digno de tal honor? ¿Cuán a menudo enfoca su atención en glorificarle?

### Enfoque en la oración

Haga una lista de cosas por las que pueda alabar a Cristo, y luego elévelas a Él en oración. Agradézcale especialmente que su salvación es un hecho consumado, y pídale que le ayude a vivir creyendo en este hecho y experimentando la seguridad de forma continua.

### Tarea

Estudie (no lea solamente), el pasaje de Romanos 8:31-39. Note especialmente la lógica de los versículos 31-34 y el tono triunfante de los versículos 35-39, como una base bíblica para la seguridad.

## CAPÍTULO 5

### Once pruebas de un experto apostólico

#### Tema del capítulo:

El libro de 1ª Juan, presenta una serie de pruebas prácticas para determinar la presencia de una fe salvadora. Pasar estas pruebas, significa tener las puertas abiertas para recibir la seguridad de la salvación.

#### Introducción

1. ¿Según Jonathan Edwards, ¿cuál es la prueba suprema de la verdadera conversión? ¿Cómo se relaciona esto con la seguridad?
2. ¿Cuáles son algunas de las señales de haber experimentado la comunión con Dios y con Cristo?
3. ¿Cómo considera el creyente la presencia del pecado en su vida?
4. ¿Cómo se relaciona la obediencia con la seguridad? ¿Cuál es la primera motivación del creyente para ser obediente?
5. ¿Cómo se siente un verdadero cristiano hacia el sistema mundial y por qué?
6. Explique la perspectiva que el creyente tiene del cielo y cómo se relaciona esto con su vida aquí en la tierra.
7. Explique la diferencia entre pecar frecuentemente y practicar el pecado. ¿Cuál es su implicación con respecto a la seguridad?
8. ¿Qué virtud en su vida podría suavizar a un corazón censorador?
9. ¿Cómo puede la oración contestada traer seguridad al creyente?
10. ¿Cómo ministra el Espíritu Santo al creyente?

11. ¿Cómo considera el creyente todo lo que ve, oye y lee?  
¿Por qué?

12. ¿Para qué sirve el sufrimiento y qué efecto tiene?

### **Preguntas de aplicación personal**

¿Tiene usted la tendencia a basar su salvación sobre un evento pasado, antes que en el curso presente de su vida? Si es así, piense en cómo explicar su testimonio de una forma bíblica, de manera que esté preparado para la próxima vez que alguien le pregunte cómo se convirtió a Cristo.

### **Enfoque en la oración**

Pídale al Señor que le ayude a evaluar objetivamente su vida cristiana a la luz de las pruebas de 1ª Juan.

### **Tarea**

Aún cuando esté seguro del resultado, pase las once pruebas que se presentan en este capítulo, pues es un ejercicio bíblico saludable (2ª Co. 13:5). Escriba sus respuestas de forma resumida. Úselas para animarse, cuando tenga luchas con las dudas acerca de su salvación. Sin embargo, si ha fallado en alguna de las pruebas, tome el asunto muy seriamente. Trate ese punto adecuadamente (2ª Co. 6:2).

## **CAPÍTULO 6**

### **Tratando con la duda**

#### **Tema del capítulo:**

Cuando no tenga la certeza absoluta de ir al cielo, piense que le será de ayuda conocer las diferentes razones que le han llevado a dudar de su salvación.

#### **Introducción**

Recuerde los días en que iba al colegio, e imagínese hablando con un amigo que piensa que sus padres ya no le aman. Cuando ha estado jugando con él en su casa, ha visto a sus padres varias veces, y sabe que son unas personas muy cariñosas. ¿Sobre qué cosa podría usted decirle a su amigo que enfoque su atención, para ayudarlo a entender sus pensamientos y sentimientos tan negativos?

#### **Preguntas de descubrimiento para el grupo**

1. ¿De qué manera puede la predicación demasiado fuerte hacer tambalear la seguridad de la salvación del que la escucha? Discuta los pros y los contras.

2. ¿De qué forma utiliza Satanás la culpa, para promover la duda?

3. ¿Por qué la ignorancia sobre la soberanía de Dios en la salvación, mina la seguridad del creyente?

4. ¿Qué papel juega la resurrección de Cristo en la seguridad eterna?

5. ¿Debería depender su seguridad, de que usted recordara el momento exacto de su salvación? Explique la respuesta.

6. ¿Cómo puede entenderse Romanos 7 de una forma desequilibrada?

7. ¿En qué sentido las pruebas realmente fortalecen la seguridad de la salvación, en lugar de debilitarla?

8. ¿Cómo es posible producir una interrupción en el ministerio del Espíritu Santo sobre la seguridad?

9. ¿Cuál es la recompensa de la seguridad?

10. Llene los espacios: Los altos niveles de ..... no pueden ser disfrutados por aquellos que persisten en los bajos niveles de .....

11. ¿Cuál es la forma práctica de tratar con el pecado?

### **Preguntas de aplicación personal**

1. Recuerde la última vez que se sintió inseguro acerca de su estado eterno. ¿Estaba ese sentimiento asociado con una predicación fuerte pero desequilibrada, con la culpa, la ignorancia del aspecto divino de la salvación, la tentación, ciertas pruebas, la carnalidad o la desobediencia? Aísle cualquiera de estas áreas que le perturben y mírelas a la luz de la Escritura, para protegerse de futuros episodios de inseguridad.

2. ¿Tienen las pruebas la tendencia a desequilibrarle emocionalmente? ¿Son uno de los factores que más le perturban en su seguridad? Si es así, piense cuidadosamente si las pruebas en general le ponen de mal ánimo, o si son solamente algunas clases de pruebas, a las que responde con falta de seguridad. Tal vez descubra que casi siempre tiene dificultad de responder de una forma piadosa hacia las presiones financieras, interpersonales, o de otras clases. Recuerde que «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis resistir, sino que proveerá también juntamente con la tentación la vía de escape, para que podáis soportar» (1ª Co. 10:13).

### **Enfoque en la oración**

En lugar de permitir que lo sobrepujen los sentimientos de inseguridad y duda sobre su salvación, pídale al Señor que le ayude a pensar clara y bíblicamente acerca del origen de esos sentimientos.

### **Tarea**

Para reemplazar sus sentimientos con hechos, lea el catecismo o la declaración sobre la seguridad, que está al final del capítulo. Una vez que haya acabado de leerlo en voz alta, escriba sólo las preguntas. Responda a estas preguntas en sus propias palabras, citando tantos textos de la Escritura que recuerde, para respaldar sus respuestas.

## CAPÍTULO 7

### Añadiendo virtud sobre virtud

#### Tema del capítulo:

Para disfrutar de la seguridad de su salvación aquí y de una gran recompensa espiritual en el cielo, 2ª Pedro 1, instruye al creyente para seguir diligentemente las virtudes que producen una vida cristiana fructífera.

#### Introducción

1. ¿Cómo se sentiría si provee de comida, ropa y hogar, a un grupo de personas marginadas, quienes al principio reciben con alegría todo lo que usted les ha ofrecido, pero luego no lo quieren usar?
2. ¿Cómo se corresponde el mandamiento de 2ª Pedro 1:5 de aplicar toda diligencia, con todo lo que Dios ya ha hecho por nosotros, como leemos en los versículos 3-4?
3. ¿Por qué la virtud es más una acción que una actitud?
4. ¿Cuál es el peligro de vivir dejándose llevar por las emociones, antes que por el conocimiento y el pensamiento correcto?
5. Mencione algunas formas prácticas de ayuda, para desarrollar el dominio propio.
6. Explique la idea que hay detrás de la palabra griega que se traduce como «perseverancia» en 2ª Pedro 1:6.
7. ¿Cómo se relaciona la piedad con la adoración?
8. Explique la conexión que hay entre el amor y la amistad, y luego aplíquelo al concepto del discipulado.
9. ¿Cuál es la principal evidencia de la verdadera salvación? (2ª Pedro 1:8; Mt. 7:15-20).
10. Explique el fenómeno de la amnesia espiritual y su antídoto (2ª P. 1:9-10).
11. ¿Cómo se relaciona la obediencia presente, con la futura recompensa espiritual?

### **Preguntas de aplicación personal**

1. ¿Tiene usted la tendencia de tratar de forma superficial la mayoría de aspectos de su vida, o procura diligentemente seguir la virtud? Después de pensarlo cuidadosamente, mire el ejemplo del Apóstol Pablo, quien escribió: «Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fil. 3:13-15).

2. ¿Qué clase de fruto está usted llevando en su vida cristiana? Enfoque su respuesta en lo que Dios considera como el verdadero fruto espiritual, como está revelado en 2º Pedro 1: diligencia, virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor.

### **Enfoque en la oración**

Pídale al Señor que le ayude a hacer lo máximo en esta vida sobre la tierra (Stg. 4:14), de modo que al final de la misma, Él le pueda decirle, «Bien, siervo bueno y fiel» (Mt. 25:21). No considere esta actitud como un hecho consumado, sino como algo en lo que tiene que perseverar y buscar día a día.

### **Tarea**

Compare las virtudes que se mencionan en 2ª Pedro 1:5-7, con el fruto del Espíritu que aparece en Gálatas 5:22-23, para entender más claramente lo que Dios quiere ver en su vida. Haga una evaluación de cómo está manifestando cada una de estas cualidades de su carácter espiritual. Tal vez quiera pedirle ayuda a un amigo o un miembro de su familia, de manera que pueda ser más objetivo. Haga una lista de las áreas en las que se reconoce más débil; luego busque cada una de ellas en las Escrituras como si fuera un tema, poniendo como meta principal el hecho de conocer y luego hacer la voluntad de Dios de la forma más perfecta.

## **CAPÍTULO 8**

### **Ganando la victoria**

#### **Tema del capítulo:**

1. Si se le pidiera que llevara a cabo una gran tarea, ¿se esmeraría aunque sintiera que iba a fracasar? ¿Qué clase de actitud le motivaría a hacer lo mejor para llevar a cabo dicha tarea?

2. Imagínese esta situación: Usted ha vivido en una zona de guerra durante toda su vida, y ha estado comprometido en una batalla que terminó en el fracaso. Entonces alista en sus tropas a un poderoso conquistador, que siempre ha tenido éxito en derrotar a su enemigo. ¿Cómo esperaría dicho conquistador, que usted considerara sus habilidades y las instrucciones que tuviera para usted?

#### **Preguntas para descubrimiento del grupo**

1. Explique el patrón de las malas noticias y luego de las buenas, en la verdad revelada de Dios, relacionada con la salvación y la santificación. ¿Cómo afecta este patrón a la seguridad de la salvación de algunos creyentes?

2. ¿Por qué una mentalidad de víctima está muerta al crecimiento espiritual?

3. ¿De qué maneras es engañoso el pecado?

4. Explique el concepto de ser consistente en tratar con el pecado.

5. Describa el papel que tienen la Palabra y la oración en exponer y aniquilar el pecado.

6. ¿Qué transición tiene lugar cuando usted trata con el pecado en su vida, al moverse de un área privada a una pública?

7. Mencione algunas preguntas prácticas para hacerse a sí mismo, con el propósito de descubrir su efectividad en ganar la victoria sobre el pecado.

### **Preguntas de aplicación personal**

1. ¿Le molesta darse cuenta de que la vida cristiana no es tan fácil como pensó al principio? Consuélese pensando en que para recibir las buenas nuevas de la salvación, tiene que haber manejado efectivamente las malas noticias en relación con el pecado. También ahora que es creyente, el Espíritu de Dios le ayudará a tratar con efectividad todo pecado en su vida.

2. ¿Tiene usted la tendencia de poner excusas ante el pecado que hay en su vida, o a ser agresivo para erradicarlo de la misma? Si responde al primer caso, lea nuevamente y piense en el contenido de la sección del capítulo que trata sobre cómo evitar tener una mentalidad de víctima. Si su respuesta es la segunda, refuerce ese buen hábito, reconsiderando la sección que trata sobre el engaño del pecado. Tan bueno como tratar efectivamente con los pecados que hay en su vida, es también el progreso en el crecimiento espiritual, para procurar estar siempre consciente de aquellos pecados que le perturban, pero que no reconoce.

### **Enfoque en la oración**

Haga que la oración de David sea la suya: «Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Sal. 139:23).

Seguramente, Dios responderá a esa oración, puesto que está de acuerdo con Su voluntad (ver 1ª Jn. 5:14). Cuando Él lo haga, pídale que le ayude a mantener el equilibrio entre arrepentirse cuando sea necesario, pero no culparse ni entristecerse en exceso (ver. 2ª Co. 7:9-10).

## **CAPÍTULO 9**

### **Perseverando en todo**

#### **Tema del capítulo:**

Sin ninguna duda, Dios capacita a todos los verdaderos creyentes a permanecer fieles a Cristo, a soportar cualquier dificultad, y a recibir la vida eterna.

#### **Introducción**

1. Suponga que está corriendo una carrera o participando en algún otro concurso de resistencia. ¿Qué le motiva a perseverar cuando empieza a cansarse o a sentir sus miembros doloridos?

2. Digamos que usted es un supervisor, que está instruyendo a un empleado que tiene miedo de no ser capaz de llevar a cabo la tarea que usted le ha asignado. Usted está seguro de que él puede hacerlo. ¿Cómo trataría de convencerle? ¿Qué actitud querría usted que él adoptara?

#### **Preguntas de descubrimiento para el grupo**

1. ¿Qué nos trae felicidad en relación con las pruebas, y por qué?

2. ¿Cómo se relaciona la doctrina de la perseverancia de los santos, con la seguridad eterna?

3. ¿Qué dice el Antiguo Testamento sobre cómo Dios hace perseverar a Su pueblo? ¿Cómo se refuerza esta doctrina en el Nuevo Testamento?

4. ¿Cómo se relaciona la perseverancia de los santos, con la obra de la predestinación del Señor? Explique los problemas que se derivan de no mantener un correcto equilibrio entre estas dos verdades bíblicas.

5. ¿Cuál es la recompensa a la perseverancia?

### **Preguntas de aplicación personal**

1. Si usted toma a Dios en Su Palabra, cuando Él promete ayudarle en medio de cualquier circunstancia que le sobrevenga en su vida, entonces no tiene que preocuparse por las cosas grandes o pequeñas que le acontezcan. Después de echar una mirada honesta a su vida, ¿tendría usted o aquellos que le rodean, que reconocer su hábito de preocuparse? Si es así, la próxima vez que esté preocupado, deténgase un momento para pensar que cualquiera que sea el motivo de su turbación, es una oportunidad para ver a Dios obrando en su vida. Cultive ese hábito como una forma de negarse a dejar que la preocupación socabe su vida.

2. Piense acerca de lo que le ha hecho sentir feliz en las últimas semanas. ¿Es su respuesta a una prueba, y el resultado final de la misma una de las cosas que le viene a la mente? Si no es así, considere la próxima prueba que venga a su vida, no como algo a lo cual temer, sino como un factor que puede producir una gran bendición y afianzar su seguridad personal.

### **Enfoque en la oración**

Siempre que experimente temor o ansiedad con respecto a una nueva prueba, pídale al Señor que traiga a su mente lo que ha aprendido en este capítulo. Al meditar en estas verdades, desarrolle una actitud de confianza en la habilidad que Dios tiene para capacitarle a perseverar.

### **Tarea**

Lea detenidamente la referencia de las Escrituras que muestran a Dios obrando a su favor. Tome un calendario y haga un plan para memorizar aproximadamente un texto de la Escritura por semana, hasta que los haya memorizado todos. Cuando se enfrente a una dificultad, serán de incalculable valor, pues ellos harán que pueda reemplazar las emociones negativas por la confianza en Dios.

# Si eres salvo y estás seguro de ello...

**P**ero a veces te ves inmerso en sentimientos de inseguridad que minan en ti la certeza de que irás al cielo. ¿Existe alguna forma de vencer estas dudas?

*John MacArthur*, con todo su amor y pasión pastoral, responde a esta pregunta con un absoluto y afirmativo ¡¡Si!! Examina cuidadosamente todos los textos bíblicos que apoyan la seguridad de la salvación, pero sin ignorar otros pasajes que dan la impresión de lo contrario. A partir de aquí, explica en qué forma estas verdades se aplican a cada creyente en particular mediante once «tests» bíblicos que ayudan al lector a determinar si realmente ha tenido la experiencia de la salvación una vez para siempre. Concluye cómo se pueden compaginar los sentimientos con la fe a través de un enfoque positivo a la victoria en el Espíritu y la promesa divina de ayudarnos a perseverar.



EL Dr. John MacArthur, JR, es pastor de Grace Community Church en Sun Valle, California, USA y presidente del The Master's College & Seminary. Ampliamente conocido por el dinamismo de su predicación expositiva. Diariamente llega a miles de oyentes a través de «Grace You», un programa de radio transmitido en cadena, así como su ministerio en cassettes que distribuido más de ocho millones de unidades. Es autor de numerosos libros, algunos publicados por CLIE en español.



• CLASIFIQUESE: 0018 TEOLOGÍA •  
SOTERIOLOGÍA •  
• CTC 01-01-0018-08 • REF. 223870 •

ISBN 84-7645-787-1

